

Resumen del manual Obligatorio de Historia Medieval
Universidad Nacional del Sur, Departamento de Humanidades

Índice.

- S.III, 1 a la 7. Antigüedad
- S.IV, 7 a la 12

- S.V, 13 a la 17.
- S.VI, 17 a la 22 Antigüedad Tardía¹ (Alta Edad Media)
- S.VII 22 a la 28

- S.VIII 28 a la 33
- S.IX 33 a la 40 Alta Edad Media
- S.X 40 a la 49

- S.XI 49 a la 58
- S.XII 58 a la 65 Plena Edad Media
- S.XIII 65 a la 74

- S.XIV 74 a la 82 Baja Edad Media
- S.XV 82 a la 87

Siglo III, Periodo de crisis

La idea de crisis estuvo muy vinculada a la de decadencia, entendida como un proceso de degradación y corrupción de las formas que dotan de sentido y cohesión a una trama social compleja. En consecuencia, podemos decir que el siglo III se trató de un momento típico de reelaboración de la estructura vigente que dio origen a un orden con un sistema de valores diferentes: el Dominado (el emperador como amo al estilo oriental y los ciudadanos como súbditos).

El problema sucesorio no era algo excepcional en esencia. No obstante, la acción decisiva del ejército otorgó mayor variabilidad al proceso al prescindir de la autoridad senatorial para proclamar a un nuevo emperador, este problema está ejemplificado por una extensa lista de usurpadores, entre los años 235 y 284. **Los historiadores suelen escindir al período en dos momentos claramente diferenciados que marcaron la progresión de la inestabilidad política: El primero**, vinculado a la dinastía de los Severo, recibió el nombre de monarquía militar, como expresión del creciente poder del ejército en la configuración y sustento del Estado. El segundo, caracterizado como una época de anarquía, comprendió la guerra civil entre diversos comandantes de frontera, signada por la dispersión de la autoridad.

¹ Es una posición historiográfica, en la cronología tradicional se plantea el inicio de la Alta Edad Media: desde el siglo V d.C

En el último cuarto de la centuria, **los emperadores ilirios propiciaron un período de recuperación que se consolidó con el ascenso al trono de Valerio Diocles (Diocleciano), al que se le atribuye, sesgadamente, la providencia de haber salvado al Imperio con la imposición de un férreo control sobre los diversos aspectos de la vida política, económica, social y cultural.**

Lucio Septimio Severo (193-211) fue el primero de una extensa lista de emperadores de origen provincial, de rango ecuestre, que tomó el control de la administración imperial. Comprendió que la única forma de afirmar su dominio era asegurar el apoyo de las legiones a través de un flujo constante de recursos. Además, asoció al poder a sus hijos como una forma de resolver la cuestión sucesoria evitando el enfrentamiento de las legiones.

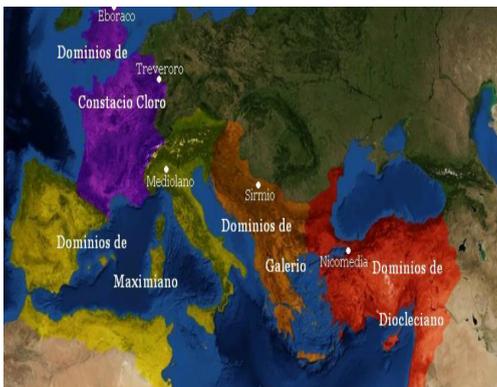
En el año 219, luego del sangriento y no menos turbulento gobierno de Caracalla, el arribo de Heliogábalo al trono imperial posibilitó la reconciliación de la dinastía gobernante con el Senado. Otra de las cuestiones que condiciona el desarrollo de la centuria fue la constante presión sobre los límites del Imperio. En Oriente, los godos se desplazaron hasta las fronteras septentrionales, donde se unieron a los pueblos de la región incursionando en Dacia, las provincias balcánicas y las ciudades griegas del mar Egeo, causando la muerte del emperador Decio en el año 251.

En el Imperio Persa, se agravó con el reemplazo de la dinastía arsácida por la sasánida en la hegemonía política de la región. El éxito militar de Sapor I alertó a los emperadores acerca de la peligrosidad del enemigo. **El propio emperador Valeriano fue capturado en batalla y humillado en una demostración, sin precedentes, de la pérdida de la capacidad militar romana.**

En el año 284 la situación no era diferente de las décadas precedentes. El emperador Caro murió en extrañas circunstancias mientras llevaba una campaña exitosa en Oriente. En los cambios operados por **Diocleciano** es posible identificar la existencia de un principio de racionalidad administrativa que tenía como fin último reforzar la posición del emperador y la estructura estatal. **La naturaleza del poder se modificó y con ella la relación del emperador con los ciudadanos, quienes adquirieron el estatus de súbditos. El emperador dejó de ser únicamente el princeps o el primer ciudadano para convertirse en el dominus o señor.**

Tetrarquía:

Además, **Diocleciano** estableció el sistema de corregencia —conocido como tetrarquía— que le permitió transferir su autoridad sobre la parte occidental del Imperio, sin poner en riesgo la integridad del Estado.



2 Augustos: Maximiano Augusto y Dioclesiano Augusto 2 Césares: Constancio y Galerio (herederos)

Además, estas reformas modificaron su círculo más íntimo, modificó el consejo imperial, y dividió las funciones militares y civiles para frenar figuras que pudieran atentar contra las reformas. En cuanto al gobierno de las provincias fue reconfigurado implantando una precisa separación entre las funciones civiles y militares.

Cuestiones sociales

La restauración del orden se dio en el marco de notables transformaciones políticas y económicas que impactaron en la estructura social. Los senadores en tanto actores individuales —y el Senado como institución— perdieron buena parte de su influencia política. Se trataba de una consecuencia lógica de las transformaciones en la administración y la defensa del Imperio. Los miembros del orden senatorial habían abandonado poco a poco el desempeño de funciones militares, convirtiéndose en un grupo incapaz de afrontar los desafíos externos.

El emperador Galieno comprendió la necesidad de proporcionar efectivos militares profesionalizados en la conducción de los ejércitos. En consecuencia, en el año 262 dictó un edicto excluyendo a los senadores de los comandos militares y los gobiernos de las provincias con destacamentos permanentes.

El orden decurional

El orden decurional cumplió un papel muy importante en las finanzas imperiales. Eran los encargados de remitir los impuestos recogidos en el ámbito de los municipios. Los métodos empleados para recolectar las contribuciones fiscales infligieron una fuerte presión, aunque no cabría exagerar el carácter coercitivo del sistema. **Sin lugar a dudas, para este grupo lo que antes era concebido como un privilegio, pasó a ser una pesada carga que siempre que pudieron, intentaron eludir (pagaban con su fortuna personal si no se cumplían las pautas fijadas de recaudación).**

También se ha señalado el fin de las relaciones esclavistas, pero asumir esa posición implica concebir que la principal fuente de extracción del excedente era la renta obtenida del trabajo esclavo. **Lo que sucedió en cambio fue que en esta sociedad el esclavo-mercancía ya no tenía objeto, puesto que el Estado redefinió los mecanismos que garantizaban su abastecimiento, bajo otras formas de explotación de la tierra.**

El estado se entromete en la vida de los ciudadanos

La intromisión no solo se produjo sobre las personas, sino principalmente sobre su actividad. En cada caso se establecieron parámetros acerca de cómo desarrollar el oficio, el tipo de herramientas que debían emplearse, con quién se debía comerciar y los tiempos de producción. El Estado se erigió como el principal destinatario de los servicios ofrecidos y como contrapartida otorgó excepciones impositivas, contratos y compensaciones por pérdidas eventuales.

Cambio cívico fundamental:

Fue la extensión de la ciudadanía romana al conjunto de los habitantes del Imperio. En el año 212, el emperador Caracalla concedió, por medio de la Constitución antoniana, el derecho de ciudadanía a toda la población libre. Se trataba de una unificación de los criterios jurídicos, que igualaba a los sujetos de derecho, marcando una diferencia entre los más ricos y los más pobres.

En la práctica, la Constitución antoniana derogaba el derecho de ciudadanía como salvaguarda jurídica. El privilegio estatutario que reportaba la ciudadanía dejó de ser el principio básico de diferenciación social.

La reelaboración de la estructura vigente afectó tanto al orden senatorial ecuestre como a las masas de hombres libres, libertos y esclavos que habitaban las ciudades y campos. En estas circunstancias muchos colonos abandonaron las tierras, las cuales pasaron a ser objeto de una reforma del sistema de producción. En la segunda mitad del siglo III los bagaudae —grupos insurgentes contra el orden impuesto en Galia e Hispania— constituyeron un desafío para las autoridades.

Es absolutamente cierto que el Imperio sobrevivió, pero lo hizo en el curso de la lucha que transformó una serie de instituciones y prácticas que habían sido fundamentales para el funcionamiento desde su instauración.

Cuestiones económicas

Los indicadores económicos fueron la manifestación más ostensible de la crisis del siglo III: interrupción parcial de los intercambios comerciales, desaceleración del crecimiento económico, abandono de la producción por parte de la población campesina, baja demográfica, depreciación de la moneda e incremento de los precios.

A lo largo de la centuria, y en particular con la llegada de los emperadores ilirios, se intentó imponer un principio de racionalidad que apuntaba a optimizar la gestión, normalizando procedimientos e institucionalizando funciones y responsabilidades. **El desequilibrio básico generado por la guerra fue superado solo cuando el sistema pudo adecuar las exigencias de la centralización gubernamental a la tributación obtenida.**

En base a evidencias arqueológicas, algunas provincias mostraron signos de progreso económico durante todo el período, incrementando y consolidando su posición en el comercio de manufacturas y productos agrícolas tales como cereales, aceites y vino. La zona más afectada por los desplazamientos poblacionales correspondió a las provincias de Hispania, Galia y Siria. **En todo caso, la guerra fue el elemento que generó las condiciones críticas de la economía y, al mismo tiempo, autorizó las reformas que consolidaron un nuevo tipo de Estado.**

Para poder costear los crecientes gastos oficiales, los emperadores apelaron a dos estrategias complementarias. **En primer lugar,** tomaron posesión de las rentas existentes, en particular de los ingresos percibidos en las ciudades en calidad de contribuciones locales. **En segundo lugar,** recurrieron a

la acuñación de moneda, rebajando la aleación empleada, lo que causó la pérdida del valor adquisitivo del dinero.

De Nerón en adelante se produjo una rebaja sistemática del contenido metálico noble de la moneda.

Devaluación constante.

Reformas monetarias:

Caracalla introdujo el **antoniano**, con una aleación fijada en un cincuenta por ciento de plata y un valor nominal de dos denarios. La pérdida del valor del antoniano afectó la equivalencia que mantenía el denario con el áureo, que también fue modificado por Caracalla.

En el año 274, Aureliano introdujo una segunda gran reforma monetaria que tenía por objetivo reemplazar al antoniano cuya depreciación había afectado a los restantes valores monetarios. La nueva moneda de plata, **el aureliano o nummus**, estableció una paridad cambiaria, que aún hoy se encuentra en discusión, de dos a cinco denarios. El áureo también sufrió las consecuencias de la introducción de nuevas monedas y su valor nominal disminuyó.

Hacia el final de la centuria lo que se produjo fue una notable escasez de oro y plata, tanto por el acopio de las monedas más antiguas de mayor ley como por la fundición del circulante con la intención de obtener su contenido. **La reducción del metal noble en la moneda circulante, que puede entenderse en términos actuales como una devaluación, ocasionó un aumento considerable de los precios en el mercado (gran Inflación).**

El incremento de los oficiales de gobierno contribuyó a agravar la situación fiscal puesto que aumentaba el número de retribuciones que el Estado debía realizar.

Diocleciano, en el año 294, emprendió una nueva reforma monetaria que implicó la introducción de una **moneda de bronce (follis)** cuya equivalencia con el denario se encuentra actualmente muy discutida. Las escasas emisiones de monedas de oro minimizaron la eficacia de la medida puesto que se incrementó el uso de las monedas de menor valor, cuyo contenido de metal no era determinante en la asignación de su valor. En virtud de ello, el argentus pasó de 50 a 100 denarios. **De esta forma los usuarios de la antigua moneda veían duplicado su poder adquisitivo, puesto que la ley establecía que las deudas debían pagarse a razón de los viejos valores.**

El aumento del dinero circulante, paralelamente al incremento del valor del numerario, **ocasionó una fuerte subida de precios motivada en parte por la escasa oferta de mercancías, cuyo destino principal era el abastecimiento del ejército y la paga de los funcionarios.** Consecuencia Política: finales del año 301, Diocleciano promulgó un edicto de precios máximos con el cual intentaba controlar la especulación y el gasto desmesurado que provocaba la restricción de la oferta a través del aumento de precios. El edicto también establecía una baja en los salarios y sanciones para todos aquellos que transgredieron las normas.

Diocleciano, solicitó el más completo censo de los recursos del Imperio en el año 287. En primer lugar, ordenó una revisión de los catastros de las ciudades para obtener el número de contribuyentes y el valor de la contribución. En segundo lugar, contrastó estos datos con la naturaleza de la tenencia de las tierras, así como también la calidad de las mismas.

Cuestiones culturales

Por un lado, se reafirmó la educación clásica como horizonte cultural realizable que, desde un punto de vista ético y moral, fundía a las clases altas con los más elevados representantes del pensamiento político y filosófico. **La educación continuaba moldeando la mentalidad de aquellos que aspiraban a reconstituir una base coherente de ideas en un período en que las tradiciones eran fuertemente contrastadas y cuestionadas.**

De manera análoga, emergió una literatura cristiana que reflejaba las divergencias dogmáticas, producto de las tendencias seguidas por las diversas comunidades, cada una de las cuales tenía su propia definición de la ortodoxia, la heterodoxia y la herejía.

Sociedad Romana:

La condición de súbditos modificó los patrones de comportamiento básicos:

- Las representaciones de prestigio y de servicio personal a la ciudad pierden sentido.
- **El sistema de asignación de funciones estaría ahora, determinado por el emperador como el gran señor, marco del dominado.**

En paralelo, hay una gran expansión del cristianismo, a la par de su consolidación. Este proceso culminará con el concilio de Nicea en el 325 D.C. **Una de las claves -previa a los debates de la construcción del dogma católico- será la simplicidad del cristianismo, que le da la posibilidad de expandirse sobre las capas más bajas de la sociedad romana,** convirtiéndose en una alternativa ideológica a los cultos paganos.

Posibles causas de la persecución romana al cristianismo:

- **Era un elemento rupturista,** que representa una gran amenaza para el imperio y su unidad,
- Alejamiento de las tradiciones romanas y los deberes cívicos, por pensamientos místicos.

202 D.C: Septimo Severo prohibió el proselitismo cristiano, Maximiano persigue las jerarquías eclesiásticas (le otorgan cohesión al cristianismo)

ESTAS MEDIDAS NO SURTEN EFECTO, el cristianismo se expande más.

Siglo IV

Cuestiones políticas

Gobernaron 23 emperadores, algunos en simultáneo por la particular organización que había adquirido el Imperio con la tetrarquía. Diocleciano y Constantino serán los más importantes por las reformas introducidas.

Diocleciano accede al trono Imperial en el 284 D.C, proclamado por el ejército.

305 D.C: Diocleciano y Maximiano renunciaron, Galerio y Constancio se convirtieron en Augustos. A partir de acá no hay una figura clave que domine la escena política lo que inicia luchas de poder.

Muere Constancio: Constantino es proclamado emperador por sus soldados. Galerio lo reconoce Cesar.

308 D.C: Muere Severo, el imperio tenía cuatro augustos, Constantino vence a majencio en la batalla de Puente Milvio y en el 313 fue designado por el senado pri-mus Augustus. De esta manera Constantino obtuvo el dominio de la parte occidental del imperio, en tanto que Licinio mantuvo la oriental. **En el 324, Licinio fue derrotado y la unidad del Imperio quedó restablecida bajo el mando de Constantino.**

La obra de Constantino en materia religiosa es considerada revolucionaria puesto que otorgó al cristianismo la calidad de religión válida dentro del Imperio y su conversión le proporcionó ser una religión favorecida. **El Edicto de Milán establecido en 313 confirmó la tolerancia religiosa, es decir, tratar a los súbditos paganos y cristianos en pie de igualdad.**

Justificación Ideologica:

El emperador fundamenta su poder en una teología política en la que el cristianismo aporta elementos fundamentales: **todo poder viene de Dios y el emperador, ser mortal, recibe el mandato de gobernar este mundo. Un siervo de Dios elegido para cumplir su obra en la tierra.**

Fundación de Constantinopla, 330 D.C

La fundación, por parte de Constantino, de una nueva capital: Constantinopla. Roma era una ciudad predominantemente pagana, con una ubicación alejada de las fronteras y centrada en el Mediterráneo occidental, menos importante y rico que el oriental. **La “nueva Roma” cristiana, fundada en el 330, tenía una posición mucho más ventajosa pues dominaba el estrecho que conectaba el Mediterráneo con el mar Negro y era el puente de unión entre Europa y Asia.**

A su muerte lo sucedió Juliano (361-363) que era hijo de Julio Constancio, uno de los hermanastros de Constantino, quien salvó la vida junto a su hermano mayor de la masacre que se efectuó contra su familia a favor de los hijos de Constantino. Educado en el cristianismo se inclinó a las tradiciones paganas y por eso se lo conoce como “el apóstata”. Su historia está asociada con la guerra contra germanos y persas, ante los cuales muere en el año 363. Sin herederos al trono, un grupo de dignatarios eligió, en el mismo campo de batalla como emperador a **Joviano (363-364)**, militar y cristiano moderado quien se vio en la difícil situación de tener que negociar condiciones de paz que incluían la cesión a Persia de una fortaleza fronteriza en Nisibis. **Muerto Joviano en el viaje de regreso de la campaña militar contra Persia, fue elegido emperador Valentiniano, un oficial panonio.**

Valentiniano, quien gobernó hasta el año 375, tuvo que defender las fronteras del Rin y el Danubio para lo cual construyó grandes defensas; fue un gran campeón del cristianismo “ortodoxo que se propagó por Occidente y a su muerte le sucedió su hijo Graciano.

Se hizo cargo de Oriente Teodosio, de origen hispano, quien reinó hasta 395. Durante su reinado y luego de varios encuentros con los godos, decidió negociar con ellos. Ya hacía tiempo que fuertes contingentes bárbaros servían al ejército romano y, por lo tanto, creyó que era conveniente asentar y pacificar a aquellos que habían entrado al Imperio teniendo como marco legal la firma de un foedus (382).

Las dos problemáticas que marcaron el siglo desde el punto de vista político fueron: **la cuestión religiosa y las invasiones germánicas y sasánidas.** Dentro del cristianismo se iría conformando el dogma “católico” y dejando fuera de él a quienes no aceptaban los términos de ese dogma. **El principal dentro de esos grupos fue el arrianismo (El problema se extendió desde 318 hasta 381 en que fue condenada como herejía en el concilio de Constantinopla).**

Los godos, por un lado, representaron un peligro cuando entraron al territorio romano. **El mayor desastre fue la batalla de Adrianópolis en la que fue derrotado y muerto el emperador Valente. Hacia el siglo IV era evidente que tenían un gran control sobre zonas al norte del mar Negro, entre el Danubio y el Don. Los visigodos comenzaron un raid desde los Balcanes hasta Italia que tendría graves consecuencias en el siglo siguiente.**

Teodosio, al final del siglo IV, efectuaba un tratamiento que era habitual en la relación con estas tribus: el ofrecimiento de dinero y provisiones y la firma del foedus al que se ha hecho referencia.

Durante todo el siglo IV los ataques se concentraron en Mesopotamia: los persas atacaron con regularidad esas ciudades o exigieron una satisfacción económica considerable a sus habitantes, a quienes el ejército romano muchas veces dejaba solos para su defensa. Así, Diocleciano instauró una serie de cambios, que incluyó una reorganización administrativa del territorio y la presencia de unidades especiales dentro del ejército: **tropas de choque, divisiones de infantería de asalto, una guardia de corps imperial. Su estrategia era el retorno a fronteras estables, la construcción de vías y fortificaciones, un sistema de reclutamiento anual, entre otras cosas.**

Cuestiones sociales

El siglo III fue el siglo que promovió importantes cambios en la organización de la sociedad romana que había funcionado en el Alto Imperio, con sus estamentos privilegiados a un lado y las masas de la población humilde al otro. El grupo más alto en la escala social era la clase senatorial que se benefició de la crisis del siglo III incrementando su riqueza. **Estos terratenientes tenían al menos una casa en la ciudad, en la cual vivirán rodeados de lujos, además de grandiosas fincas que muchas veces ni siquiera pisaban cuyo mantenimiento era costoso puesto que tenía gran cantidad de subalternos y un complicado sistema de producción y suministro de bienes.**

Los senadores y su clase se vieron incrementados durante el siglo IV, gracias a la creación de un segundo senado en la nueva ciudad de Constantinopla creada por Constantino, que se sumaba al romano. La vieja clase ecuestre cayó en desgracia y acabó desapareciendo cuando sus funciones fueron asumidas por los senadores. Hacia el año 372 Valentiniano I estableció una jerarquía de clarissimi, cuya cabeza eran los spectabilis y, por encima, los illustres; cada uno de estos títulos desempeñaron determinados cargos y privilegios que pronto se vieron incrementados.

Los grupos dirigentes en las ciudades eran los curiales. Las invasiones, destrucciones, inflación y progresiva ruralización redujeron el poder y el bienestar económico de las ciudades, lo que produjo un mayor intervencionismo estatal que limitó su autonomía y los grupos que las gobernaban comenzaron a sentir la presión y las magistraturas se transformaron en unas pesadas cargas.

La mayor parte de la población eran los humiliores, artesanos, comerciantes asociados profesionalmente por ramos y adscriptos al oficio, y los campesinos. La presión fiscal y el endeudamiento llevaron a que muchos de ellos buscaran protección en alguien más poderoso, dando lugar a un tipo de relación característica de la época que fue el patronazgo.

Cuestiones económicas:

Las tierras cultivables sumando al siglo V disminuyeron una tercera parte, dependiendo de las regiones. La mayor novedad de los siglos del Bajo Imperio fueron las formas que adquirió la intervención estatal en la vida económica. Una de las cuestiones a remarcar es el grado de continuidad entre el período de gobierno de Diocleciano y Constantino.

cuanto al sistema monetario, fueron tres los factores que influyeron en la evolución del sistema monetario del Bajo Imperio:

- **El Estado:** intentó asegurar ingresos estables y a largo plazo, procuró métodos de percepción de impuestos, mejorar el rendimiento de las recaudaciones y prepararse ante los problemas de inflación que afectan a sus recursos.
- **La clase dominante:** que por lo general era también la dirigente. El modelo era la propiedad territorial. Las medidas que garantizaban su apoyo eran las que aseguraban también su preponderancia, esto es, el mantenimiento de la renta.
- **La Iglesia:** intentó adquirir legitimidad económica puesto que en poco tiempo se transformó de secta a religión reconocida. Sus intereses muchas veces coincidían con los de la clase dominante, de la cual también salía buena parte de su capital humano (la iglesia de cristo jsjsjsj).

El proceso iniciado por Diocleciano y continuado por Constantino, dio como resultado la introducción de un nuevo sistema monetario en el Imperio romano, que sustituyó la deteriorada moneda de la segunda mitad del siglo III, dada en el marco de las reformas de Caracalla y Aureliano. La moneda de plata (antoniniano), que había ido reduciendo su cantidad de plata de forma notable, fue sustituida, gradualmente, por el solidus de oro, por una moneda de plata fuerte y emisiones de bronce. Las reformas monetarias se fueron sucediendo (Constantino, Constancio II, Juliano, etc.), llegando a las piezas denominadas nummi, pequeñas monedas de bronce que durante el final del siglo IV y el siglo V serán el único circulante, junto a las piezas de oro y plata.

Aunque Diocleciano había tomado varias medidas para contrarrestar la inflación a través del control de precios y la reforma en la acuñación, durante el reinado de Constantino el problema continuó en ascenso. Entre finales del siglo III y 367 los precios aumentaron aproximadamente un 17% anual. Después de 367 el alza se redujo a un 3%, de acuerdo a las mediciones de Depeyrot.

Muchas veces, estas crisis habrían desembocado en revueltas que había que solucionar, por ello, la técnica seguida era tasar los precios durante unos meses en todo el territorio imperial, tal como lo señala la medida de Diocleciano, pero que no ponía fin a la crisis más que de manera momentánea. **Junto con la moneda, la fiscalidad fue otro medio de intervención política en la economía.** Diocleciano lo sistematizó procediendo a un cálculo anual de las necesidades —medición— repartiendo el importe entre las tierras agrícolas de acuerdo a su rendimiento y dividiéndolas en unidades contributivas —iugatio—. **Constantino añadió el censo de población agrícola —capitatio— imponiendo contribuciones a cada unidad, por lo tanto, las unidades censadas —iuga o capital— debían cubrir los costos del gasto anual y por lo que eran variables.**

Las confiscaciones realizadas por Diocleciano a la Iglesia y los botines de guerra eran elementos del presupuesto del Estado. Constantino, en un camino inverso, comenzó a traspasar riquezas desde los templos paganos a la Iglesia católica, política que prosiguió con sus hijos. Juliano apoyó a los paganos y se transformó en un perseguidor de cristianos y de sus bienes, aunque por poco tiempo.

Respecto de las ciudades y sus contribuciones, Constantino colaboró en mantener su exigencia y poco a poco la riqueza individual de las mismas fue agotándose. Sin embargo, a nivel general, hubo un descenso importante de los recursos urbanos, lo cual no hizo más que agravar la situación de las ciudades del Bajo Imperio.

La Iglesia se vio especialmente beneficiada por ello. En el transcurso del siglo llegó a acumular numerosos bienes y una riqueza que le permitió asumir un rol fundamental en la política. Los donativos consistían en bienes inmobiliarios o dinero, los primeros a partir de una transferencia de propiedad de los paganos a los cristianos y de la construcción de nuevas iglesias.

Otros de los alcanzados por la redistribución de las riquezas fueron los soldados y servidores a los que el emperador beneficiaba con numerosas dádivas. La evolución del ejército, que pasó de uno de frontera a uno móvil, favoreció el desarrollo de las gratificaciones monetarias, en detrimento de los premios en especie. Una vez concluidas, los donativos disminuyeron. En esta política se vieron más favorecidas las ciudades, entre ellas Constantinopla o Atenas a la que se le ofreció gran cantidad de trigo. **En la época de Constantino, después del servicio activo, se gozó de numerosas exenciones: se evitaba llevar a cabo actividades municipales obligatorias, trabajar en obras públicas, pagar tasas, tributos en los mercados, entre otras. Así, quedaron exceptuados de los servicios públicos obligatorios, de las cargas de perceptores y cobradores de tasas.**

Cuestiones culturales:

“Sin Constantino, el cristianismo habría seguido siendo una secta de vanguardia” asegura Paul Veyne. En verdad, Constantino fue el emperador que marcó un antes y un después en la vida de esta religión.

Diocleciano había puesto el acento en el paganismo, cuyas consecuencias en su diagrama político habían sido nefastas para los cristianos, que no habían querido jurar a favor del emperador y habían sufrido la última de las persecuciones en su contra entre 303 y 311. Lactancio narra que se debió a un sueño que tuvo la noche anterior a la batalla de Puente Milvio, frente a Majencio, en la que se le habría asegurado la victoria si colocaba en los escudos de los soldados el llamado crismón, formado por las dos primeras letras del nombre de Cristo, a saber, las letras griegas X y P, superpuestas y cruzadas. Puede comprenderse que Constantino se volcara hacia una religión monoteísta que pudiera salvar aquel desastre y que su conversión fuera verdadera.

La etapa en que mejor se aprecia esto es el Concilio de Nicea del año 325. El emperador se ocupó de reunir el mayor número de representantes del episcopado, puso a su disposición las postas imperiales, cargó con todos los gastos de los viajes y unos trescientos obispos fueron reunidos, **entre los cuales se hallaban Arrio y su oponente Atanasio.** Luego de una serie de discusiones acerca de la naturaleza del Verbo se decidió que el Hijo es **“engendrado no hecho, consustancial con el Padre”.** La importancia de este Concilio fue la sanción de la ortodoxia cristiana: Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas en una sola, tras lo cual, todos aquellos que no lo aceptaran quedarían excluidos del seno cristiano, cuestión que el mismo emperador se manifestó dispuesto a hacer respetar utilizando todos los medios necesarios.

Oponentes:

- **Donatismo:** se extendió por las zonas africanas, siendo las más romanizadas las que optaron por el seguimiento de la ortodoxia. Donato creó una Iglesia paralela, rígida y de la que se expulsaba a los ministros indignos. **Su mayor peligro fue su aceptación por parte de gran cantidad de población indígena, de allí hay quienes hablan del donatismo como una herejía nacional africana con fuertes matices de lucha social.** Constantino convocó dos concilios, el de Roma (313) y el de Arlés (314), que no fueron acatados por los donatistas, y como consecuencia se avanzó en una condenación y confiscación de bienes.
- **Priscilianismo:** Prisciliano, obispo de Ávila, difundió ideas de contenido rigorista, al igual que Donato, pero con doctrinas místicas de inspiración gnóstica. Tuvo gran difusión en el occidente de la península Ibérica.
- **Arrianismo:** Arrio, clérigo de Alejandría, enseñaba a principios del siglo IV que el Hijo de Dios estaba subordinado al Padre y que no era idéntico a él en cuanto a la sustancia. **Negaba tanto la Trinidad como la divinidad de Cristo.** Esta idea se extendió a todo el Imperio. El Concilio de Nicea definió que Cristo, Hijo de Dios era de la misma sustancia que el Padre, pero no restableció la paz. **Fuera de las fronteras del Imperio el arrianismo se propagó entre los godos que lo llevarían al Occidente cristiano.**

Constantino mantuvo una dimensión política en su pensamiento religioso y la Iglesia no se opuso a esto puesto que era la mentalidad de la época. El emperador se propuso que la nueva religión adoptará las funciones institucionales que siempre había ocupado el paganismo y los clérigos el lugar de los

sacerdotes paganos, con lo cual cada vez más adquiere manifestaciones externas de poder y menos la sencillez evangélica. El clero se convirtió en un orden privilegiado que se definía por sus características religiosas y no familiares ni políticas. Los problemas suscitados por esto fueron numerosos ya que cada facción eclesiástica se consideraba ortodoxa y única y reclamaba para sí y sus miembros los beneficios estatales.

A los obispos se les otorgó autoridad judicial, la llamada audientia episcopalis, que obligaba a los jueces a reconocerla y a dejar que los ciudadanos arreglaran sus litigios ante ellos, lo que les confirió prestigio; finalmente dio apoyo al calendario cristiano concediendo el die solis como día festivo.

Roma fue una de las ciudades beneficiadas: se levantó la basílica Constantiniana, hoy de Letrán, concebida como iglesia catedral y residencia de los papas. Extra muros se erigió el Vaticano en honor al discípulo Pedro y la basílica de San Pablo. En los lugares santos de Palestina se construyó una basílica en el lugar donde habitó Abraham, aunque más importancia tuvieron los edificios de Jerusalén, ciudad venerada por Helena, madre del emperador.

La conversión de Constantino supuso el alejamiento de algunas costumbres paganas, como fue su negativa de subir al capitolio de Roma y el expolio a algunos de sus templos; en tanto Constantinopla fue embellecida con ellos y no relegados, tal como muestra el símbolo de la ciudad, una hermosa columna coronada por una estatua de Apolo a cuyos pies se decía que estaba enterrado el Palladium, la estatua de Atenea que llevó consigo Eneas luego de la guerra de Troya y que hacía de esa ciudad invencible.

La Iglesia, que ya tenía una organización estable, se vio consolidada en el siglo IV. Su estructura guardaría paralelismo con la organización civil. En la cúspide de la jerarquía, desde la segunda mitad del siglo IV, se impuso la autoridad moral del obispo de Roma como sucesor de Pedro. Por encima de ellos estaban los concilios ecuménicos que se reunían contando con representantes de todo el Imperio. **El primero de ellos fue el de Nicea (325).**

Cristianos en solitario, como el caso de san Antonio, o en comunidad, como el de san Pacomio, renunciaron al mundo en pos de lograr la salvación.

Siglo V Antigüedad Tardía.

Cuestiones políticas

Muerte de Teodosio, el cristianismo ya es oficial.

El año 395 vio al Imperio romano dividirse en dos partes: la occidental con Rávena como capital principal y **Honorio** como emperador, y la oriental, con capital en Constantinopla con **Arcadio** como su emperador.

S.V es señalado por la historia pues durante ese tiempo el Imperio romano de Occidente perdió su unidad política, a fines del siglo IV una persona hubiera estado presente en el territorio romano, habría percibido que el temor más grande era hacia el Imperio persa, que durante el último siglo se había levantado y afirmado como una potencia.

Germania era un conglomerado de pueblos que no representaba ningún peligro real en comparación con los persas. La situación fronteriza era compleja. Los germanos hacía muchos siglos que estaban en contacto con los romanos y, aunque se alude continuamente a sus características migratorias, habían permanecido en el limes pudiendo considerarlos, en la práctica, sedentarios. Estaban ubicados en los grandes bosques de Europa occidental y en las llanuras de Ucrania y Rusia.

El cruce de los godos en el año 376, empujados por las fuerzas hunas, y la consecuente batalla de Adrianópolis en 378, provocaron situaciones nuevas. La violación del limes por parte de los germanos cambió el eje desde el riesgo inminente representado por los persas al de los germanos, y de Oriente a la frontera del Rin. **El fallecimiento del emperador Valente en dicha batalla dio cuenta del grado de vulnerabilidad que no había sido previsto. Todo este viaje tuvo como punto culminante la entrada a la Ciudad Eterna en el año 410 por parte de los godos comandados por Alarico, saqueandola.**

En el año 507, luego de una batalla contra los francos en la que resultaron vencidos, migraron a la península iniciando el reino de Toledo, que perduró hasta el año 711 cuando fueron derrotados por el gran avance musulmán.

Los vándalos decidieron cruzar el estrecho de Gibraltar en el 429, tomaron Cartago e iniciaron la vida de un reino que perduró aproximadamente cien años, quitándole de este modo al Imperio una de las provincias más importantes por el sostenimiento económico que le brindaba. **El reino vándalo se mantuvo en los territorios norteafricanos hasta el año 536, momento en que serán derrotados por los bizantinos al mando del emperador Justiniano, quien se había propuesto rearmar el Imperio occidental.**

En tanto los hunos, quienes según una de las hipótesis más fuertes para los historiadores —P. Heather entre otros—, fueron los verdaderos responsables de todos estos grandes movimientos de pueblos en la frontera, hacia el 440 cruzaron Europa como un torbellino y llegaron, desde las Puertas de Hierro del Danubio, hasta Constantinopla, Lutecia y la propia Roma, afincando su base en la zona de Panonia.

Luego del triunfo de Aecio, Atila se dedicó a saquear regularmente la península itálica hasta su muerte, ocurrida en 453. A continuación, la formación militar hunna —compuesta por un conglomerado de pueblos que eran fieles a Atila, producto de su carisma— se desarmó pues sus parientes no fueron capaces de continuarla. Pero el poder de Occidente ya era demasiado exiguo como para impedir que se constituyeran reinos independientes.

Luego de la muerte de Atila y tras la desaparición de la dinastía teodosiana, los siguientes titulares del Imperio de Occidente carecieron de fuerza y prestigio, depositando el poder en los grandes jefes militares de ascendencia germánica. Entre ellos destacaron Ricimero, quien ostentó el dominio entre los años 456 y 472, y Odoacro, nombrado rey por las propias tropas imperiales, quien se mantuvo hasta la entrada de los ostrogodos en Italia en el año 489. El destronamiento de Rómulo Augústulo en el año 476, por su antiguo protector Odoacro, pondrá fin a cualquier nuevo intento de restauración del Imperio ro-mano de Occidente.

Pero la situación final de este territorio fue que los franceses decidieron tomar Galia en 481 y finalmente acabaron con el poderío romano en la zona con la victoria sobre Siagrio en 486, conquistando el Somme y el Loire. La instauración de estos nuevos reinos y la concreción de sus proyectos, lograrían que la fisonomía de Europa cambiará totalmente. Sobre todo, unido a la pérdida permanente de territorios, se generó una formidable disminución de ingresos al Estado central. En primer lugar, los visigodos causaron enormes estragos en las zonas situadas en torno a Roma. **Casi una década después esas provincias seguían sin aportar a las arcas del Estado más que una séptima parte del montante normal de sus impuestos.**

Toda pérdida de territorio, ya fuera temporal o permanente, traía consigo un descenso de los ingresos del Imperio, el sustento vital del Estado, y reducía su capacidad para mantener sus fuerzas armadas. **Un aspecto político a tener en cuenta es que, durante el siglo V existió una continuidad evidente entre la jefatura del Imperio occidental y los reyes “bárbaros”. Ninguno de ellos intentó apoderarse del trono por la fuerza: el Imperio romano fue sustituido por una serie de reinos independientes que no aspiraban a la legitimidad imperial.**

Cuestiones sociales:

Supone pensar en las formas en que se articula una trama social, estimando el modo en que se integran de forma individual y colectiva los distintos grupos humanos de acuerdo al estatus económico, nivel de educación, condición jurídica y posibilidad de influencia.

Se puede hablar de tres momentos en la relación entre romanos y pueblos germanos:

- 1) el de la conquista y colonización romana, en el que las guerras entre ambos formaron parte de la creación de fronteras fijas y estables por parte del Imperio romano. Lapso en el que diversos pueblos se encontraban en un proceso de búsqueda de tierras para colonizar;
- 2) el de las migraciones de las poblaciones germanas a las provincias imperiales. Movimientos conformados por hombres, mujeres y niños que pretendían asentarse al servicio del Imperio, (esencialmente en los siglos II al IV). En ellos se intensificaron las relaciones diplomáticas y comerciales, y grupos guerreros estrecharon relaciones de amistad (amicitia), hospitalidad (hospitalitas) y clientelaje (clientelae);
- 3) Finalmente, el de las invasiones violentas, protagonizadas por guerreros que por diversos motivos se adentraron en el territorio latino siguiendo a líderes en busca de botín. Concluyeron, en algunos casos, en razzias a diferentes zonas, ocupaciones pacíficas en otras, pero con desplazamientos de pueblos completos con el propósito de poseer y gobernar un determinado territorio.

La estructura social germana se basaba en tres tipos de solidaridades. La primera era la sippe, o familia amplia, que aseguraba la protección de la parentela en torno al padre quien ostentaba el mundo, la autoridad o soberanía doméstica. las mujeres quedaban bajo la tutela paterna hasta su matrimonio. Las esposas eran guardianas de la tradición, del contrato matrimonial y de las prestaciones económicas del esposo. La segunda solidaridad era con la tribu y la tercera con el gau o pueblo, formado por un conjunto de tribus con un jefe común, elegido en la reunión anual de guerreros.

En torno a la aristocracia se formaron clientelas militares ligadas a su jefe por vínculos personales de fidelidad. Los pueblos germanos conocieron otra, cimentada en el supuesto origen divino del linaje, que tendía a ser dinástica, y en torno a la cual se formaban las grandes confederaciones de pueblos.

El derecho germano era consuetudinario y de transmisión oral, en el cual se mantenían elementos de derecho personal y territorial. Al contacto con Roma acabarían en volcarlo por escrito. El derecho germánico agregó la convocatoria de un combate para determinar culpabilidades y el juicio a través de la ordalía.

La religión se basaba en la concepción del universo como un gran campo de batalla, en donde se enfrentaban los diferentes dioses y fuerzas naturales. El proceso que ha sido denominado por Wolfram “etnogénesis”, corresponde al modo en que un pueblo construyó su identidad recogiendo elementos humanos diferentes, a partir de la transferencia y la propagación de determinadas actuaciones, comportamientos, lealtades, recuerdos y olvidos, que actuaron como factores coadyuvantes que cooperaron a consolidarla.

Las fronteras siempre habían constituido un espacio permeable promotor de contacto e intercambios entre romanos y germanos, ellos eran los principales difusores de noticias, costumbres, modos de hacer y pensar romanos que les proporcionaban, a los recién llegados, la experiencia necesaria para organizar e integrar las estructuras institucionales dentro de las cuales obtenían una relativa autonomía y poder. Por su parte, el Imperio se beneficiaba convirtiéndolos en agentes locales en los que deposita, en reiteradas oportunidades, la obligación de contribuir al mantenimiento del orden por medio de pactos de federación e integración del ejército.

Dentro del Imperio se agudizaron las tensiones sociales. los principales objetivos de estos movimientos, en los que participaban campesinos, desertores del ejército, esclavos fugitivos, colonos y plebe urbana, eran los representantes del poder político —ya fuera por la ausencia o ineficacia del gobierno o por su onerosa carga— y en no menor medida, las propiedades de los terratenientes contra los que dirigían su furia. Por otra parte, las clases dirigentes romanas lograron sacar provecho de la riqueza obtenida por la nobleza bárbara, alentando a sus miembros a establecer un gobierno basado en el modelo imperial como una forma de contener a los inquietos rivales.

Cuestiones económicas

Por lo general presume aplicar el concepto de “decadencia” y de indicadores negativos. **Es importante remarcar la progresiva separación entre Oriente y Occidente.** La diferencia más evidente entre ambas partes del Imperio tuvo que ver con las constantes incursiones de los bárbaros sufridas por la parte occidental durante el siglo V. Su base económica era más endeble y el consumo mucho mayor, a la vez que contaba con un gobierno que se había debilitado y con una clase senatorial con tanta riqueza como exenciones económicas.

Dos factores denotaron los cambios que llevarían a Occidente hacia otro rumbo:

- por un lado, los asentamientos bárbaros a gran escala;

- por otro, el desarrollo de la Iglesia como una gran institución que comenzó a marcar ciertos lineamientos diferentes, en las ciudades y en las zonas rurales de la mano de los obispos, con los recursos dedicados a la construcción de iglesias, de monasterios y el impacto sobre la economía local.

A comienzos del siglo V, la burocracia era aún bastante eficaz. Detrás de las muchas dificultades sociales que existían, se ocultaba la necesidad de impuestos y los problemas inherentes a su recaudación. Según una opinión muy difundida, durante estos últimos años del Imperio, los impuestos fueron sumamente altos y de aquí la decadencia que se habría generado. Analizaremos algunos puntos para verificar cuál fue la realidad a la que se tuvo que enfrentar el Estado romano.

De acuerdo con Wickham, la tributación era la base del sistema económico, pues nada de él escapaba del control estatal. El Estado necesitaba dinero que obtenía de los impuestos para mantener el ejército, la burocracia, el aprovisionamiento de las ciudades, la puesta en marcha de obras públicas y para pagar gastos extraordinarios, por ejemplo, aliviar el hambre en caso de malas cosechas. La presión tributaria llevó, tanto en Oriente como en Occidente, a que los campesinos buscaron la protección de vecinos ricos para evitar pagar la carga impositiva, por lo que la maquinaria imperial se vio privada de recursos y al mismo tiempo se produjo un aumento de la gran propiedad, pues en muchos casos la búsqueda de protección conllevaba la entrega de tierras, aumentando la posibilidad de evasión.

Los nuevos Estados intentaron mantener los mecanismos financieros del Imperio, lo que tuvo éxito solo en la medida de las fuerzas internas de los reinos. La tributación se mantuvo, aunque su escala fue menor, su predominio económico había desaparecido dando lugar a un sistema donde el impuesto fue una forma de entregar dones, tal vez por eso los germanos no pudieron conformar una estructura imperial.

En Occidente, las tierras por las que el Estado podía exigir el pago de impuestos disminuyeron debido a la guerra y al establecimiento de colonias; es posible que la población hubiera tenido una merma importante durante la crisis del siglo III y que en el siglo V, se viera afectada por los nuevos colonizadores bárbaros con los que habría tenido que compartir sus tierras en condiciones que aún no se conocen bien.

Puede concluirse que, en tanto el gobierno del Imperio romano siguió sobreviviendo, la economía también lo hizo en la medida de sus limitaciones, puesto que para una economía agraria tradicional, los factores imprevisibles y de carácter local son los que mayor impacto tienen y que luego, con la formación de los reinos germánicos en Occidente, se incorporarán nuevas formas económicas.

Cuestiones culturales

A lo largo de la centuria se produjeron importantes debates doctrinales en la Iglesia, cambiaron los registros discursivos y se consolidaron modificaciones en la fisonomía y en la topografía de las ciudades. La llegada de los pueblos bárbaros no supuso desaparición alguna de los parámetros civilizatorios del mundo romano, pero estos ya no servían a los mismos fines.

En primer lugar, se modificó su estatus con la transferencia de la capital y el surgimiento de los reinos en la Galia e Hispania. **En segundo lugar,** la retracción de la planta urbana fue acompañada por la fortificación y reutilización del material disponible. **En tercer lugar,** como consecuencia de la aceptación

del cristianismo como religión oficial, se produjo un aumento de las edificaciones urbanas de tipo religioso, que reemplazaron a las construcciones públicas, y la disposición de espacios en el interior de la ciudad reservados a los enterramientos.

En el interior de los templos, la escultura ocupa un lugar menor que en los edificios de culto pagano; en contraposición, ganaron espacio los mosaicos, las pinturas y los relieves de los sarcófagos como soportes de una activa propaganda que tomaba como íconos las figuras que remiten a la historia cristiana. La capacidad de presionar sobre el emperador para lograr su arbitraje o la proclamación de edictos en favor de la ortodoxia, evidencian una intensa actividad eclesiástica que asumió el liderazgo espiritual que se proyectó sobre la esfera temporal.

En este sentido, las discusiones religiosas no pueden circunscribirse a ámbitos intelectuales, sino que, por el contrario, ocupan un lugar central en la época, despertando pasiones entre las multitudes que acompañaban a obispos, atraídas por sus propuestas. A lo largo del siglo V, las disputas teológicas afectaron sobre todo a la parte oriental del Imperio y su cuestión central tuvo que ver con cómo se unen en Cristo la naturaleza humana y divina y qué relación hay entre ambas.

El cristianismo se convierte en el principio director de la atmósfera cultural del siglo y en este aspecto se deben destacar los llamados “Padres de la Iglesia” tanto griegos como latinos, que emergen de este medio y entre los que se destacan san Ambrosio, san Jerónimo y san Agustín. San Ambrosio, obispo de Milán (374), fue un consumado escritor capaz de transponer el esquema literario e ideológico del *De officiis* de Cicerón a su tratado sobre los deberes de los sacerdotes, cristianizando así y transmitiendo a la Edad Media una importante forma de instruir.

San Jerónimo (350-420) conoció el griego, el hebreo, los ambientes culturales helénicos. Practicó el monacato y su obra fundamental fue la traducción de la Biblia al latín a partir de una versión griega de los Setenta, que cotejó con los textos hebreos.

San Agustín (354-430) es, sin duda, el máximo exponente de las letras latinas cristianas de la época. Su vida y bagaje cultural son conocidos a través de sus Confesiones, en el que relata su derrotero hasta llegar a la fe cristiana.

Este arte comenzó a trascender el ámbito religioso para encontrar lugar en las ciudades y grandes villas rurales. Los suntuosos mosaicos que decoraban los pisos, frentes y murales de las casas representaban escenas cotidianas que reflejan parte del simbolismo cristiano.

El siglo VI

Cuestiones políticas

El Imperio de Occidente había desaparecido y los invasores empezaban a configurar sus áreas de poder en las zonas más romanizadas de Italia, norte de África, Hispania y las Galias. En las zonas del norte de la Galia y en Bretaña las colonizaciones germanas estaban lejos de haber concluido. A

mediados del siglo V estaban divididos al menos en dos grupos: los ripuarios o renanos, custodiando la orilla izquierda del Rin, y los salios, extendidos sobre los actuales Países Bajos y Bélgica.

Los sucesores de Clodoveo, a los que ya comenzaba a llamarse merovingios a causa de Meroveo, ese legendario antepasado, continuaron la presión hacia el este y el sur.

Los merovingios no rechazaron por completo la herencia romana, evidente no solo en la estrecha relación entre reyes y obispos —que unió a germanos con galorromanos, sacralizando la autoridad real y legitimando el papel de la Iglesia en la nueva estructura— sino, además, en la aceptación por parte de Clodoveo de las tablas consulares enviadas a él por el emperador bizantino Anastasio.

Así como en la Galia y Germania el protagonismo franco fue decisivo, en Hispania e Italia lo fue el de los godos. **En palabras de Lucien Musset, los godos, hasta Justiniano, asumieron la jefatura del mundo bárbaro. Ya en el siglo III, se manifestó la división del pueblo godo entre visigodos o tervingi y ostrogodos o greutungos, separación de jefaturas y reinos que no afectó ni la unidad de la lengua ni el sentimiento de estrecho parentesco entre ambos.** Los primeros que fundaron Estados duraderos y consiguieron una síntesis de los elementos germánicos y romanos, logrando construir una cultura intelectual autónoma.

Los visigodos llegaron a la península ibérica en el siglo V como foederati del Imperio. De la organización de estos últimos no se conoce casi nada al igual que de los suevos. **Se caracterizó, eso sí, por la larga lucha entre católicos y arrianos, con los primeros ganando terreno, lenta pero firmemente tras la misión encabezada por San Martín de Braga.**

Los Concilios de Toledo, a los cuales asistieron los obispos hispanos ante la convocatoria del rey, se transformaron en verdaderas asambleas del reino. Desde aquí, nos encontraremos con una organización basada en una monarquía de tipo teocrático, tomada de los modelos bizantinos, de la que dependían los duques y condes que comandaban los ejércitos y dirigían las divisiones administrativas. La organización del reino ostrogodo respetó una especie de dualismo que mantuvo el equilibrio entre las tradiciones imperiales romanas y las de los germanos. **Así, a la fuerza del ejército godo se le unía el orden que proporcionaba el encuadramiento en las antiguas pautas de la civilización romana, con sus leyes, magistrados y el apoyo del viejo pero influyente orden senatorial.**

La muerte de Teodorico propició la llegada al trono primero de Atalarico, un niño bajo la regencia de la hija del viejo rey, y luego de Teodato. El emperador bizantino Justiniano se proclamó vencedor de Amalasunta y envió sus ejércitos a Italia bajo el mando del general Belisario. Sin duda, una expresión más del expansionismo oriental que ya los había llevado al norte de África y al este de Hispania.

Por el otro, los longobardos o lombardos conducidos por su rey Audoino, avanzaron por el norte como aliados de los griegos y ocuparon el lugar dejado vacante por los derrotados ostrogodos. Desde el siglo V, las islas británicas contemplaron el progresivo derrumbe de la vieja organización romana ante el ataque de pueblos germánicos, anglos y sajones, que de simples auxiliares o saqueadores, se habían transformado en grupos que buscaban un lugar donde asentarse.

Todos los Estados germánicos tuvieron en sus comienzos los mismos problemas fundamentales provocados por el choque con el orden estatal, con las formas sociales de vida y con la religión y la cultura del Imperio. **La herencia romana los obligó a cambiar su modo de vida ahistórico y tribal a favor de un mundo más ordenado y regulado por el Estado.**

Se ha hecho referencia a la presencia bizantina en el Mediterráneo occidental, en lo que se conoce como “reconquista bizantina”. Oriente había logrado, luego de años convulsos, la pacificación y la reorganización con Anastasio, aunque los conflictos religiosos (monofisitas, nestorianos, ortodoxia) siempre estuvieron presentes. Justiniano (527-565) fue el artífice de una política de recuperación de territorios y derechos a los que, desde el punto de vista imperial, no habían renunciado. **La estrategia bizantina se basó en su poderosa flota. Mediante bloqueos y asedios tomaban las ciudades que se convertían en cabeza de puente para el dominio de la región circundante.**

Al mismo tiempo y a partir de la intervención en el conflicto sucesorio visigodo, conquistaron todo el sureste peninsular y enclaves en las islas del Mediterráneo. Las guerras en Occidente debilitaron el poder del Imperio y no pudo hacer frente a la oleada de ataques producidos en sus fronteras (eslavos, persas).

Cuestiones sociales

La sociedad del siglo VI estaba demasiado próxima a la caída del Imperio romano como para no demostrar elementos familiares, en donde los aportes realizados por los germanos encontraron un sustrato sobre el cual asentarse. Es un hecho que tanto germanos como romanos conocían la desigualdad social. Aceptaban la preeminencia de un sector de notables, ya fuera el orden senatorial en el Imperio o bien, entre los germanos, ese grupo integrado por los parientes y compañeros de los jefes de guerra (el llamado “comitatus”), cuyos linajes, al menos en algunas tribus, aparecían dotados con privilegios jurídicos y hasta caracteres mágicos.

En suma, el cuerpo social destacaba tres grupos claramente diferenciados: los esclavos; el de los campesinos libres y, en tercer lugar, el de los “grandes” (según la acepción de Duby), dueños del trabajo de los demás y de sus frutos. En cierta forma, podría incluso decirse que el orden social en Occidente tuvo dos raíces principales: una estructura agraria romana, muy marcada por la propiedad del suelo, y otra germánica, caracterizada por las relaciones de dominio personal. En los siglos iniciales de la Edad Media los documentos revelan la presencia de hombres y mujeres que son propiedad de otros desde que nacen hasta que mueren. No tienen nada propio, se los puede comprar y vender, pero, al menos en algunas zonas su precio era relativamente bajo. Se ocupaban de labores rurales y domésticas.

La Iglesia, tan importante en las definiciones sociales del período, incluso no condenó o atacó estas prácticas, sino que buscó prohibir (prohibición que no fue más respetada que otras tantas) que se redujese a la servidumbre a los bautizados.

Los hombres libres no se consideraban tales por su independencia personal, sino por el hecho de pertenecer al “pueblo”, es decir, por depender e integrar las instituciones públicas de su comunidad. **Las sociedades germánicas se basaban en un cuerpo de hombres libres, cuya condición se expresaba en el derecho de llevar armas y que fue aprovechado por todos, desde los que formaban el séquito del**

rey hasta los campesinos más humildes. La guerra, que de momento conservaba un marcado carácter tribal, era considerada como una de las principales fuentes de enriquecimiento.

Para los germanos, la libertad como derecho dependía del principio de obligación. En las zonas romanizadas la libertad estaba unida a la propiedad del suelo y gran parte de los campesinos eran colonos que cultivaban tierras ajenas. En general, los límites entre la libertad y formas atenuadas de servidumbre eran difusas. En la cúspide de dicho grupo estaba el rey a quien correspondía el poder de mandar, de dirigir el ejército y de administrar la justicia entre el pueblo (en muchos casos, junto con la asamblea).

Cuestiones económicas

El paisaje mediterráneo se caracterizó, en época romana, por los límites entre los campos, con una clara separación entre el ager (campos cultivables) y el saltus (la pradera), que aparecían como espacios muy bien definidos, con un tipo rectilíneo e incluso con hitos o mojones de piedra que establecen los derechos de cada propietario. **Por ejemplo, resulta notable cómo desde principios del siglo V, árboles, helechos y zarzas progresaron a costa de los prados y cultivos, pero ya en el siglo VI estos últimos reaparecieron con mayor fuerza.**

No obstante, es necesario observar que el problema de la existencia y/o supervivencia de grupos de pequeños propietarios libres tiene más importancia para la historia social que para la historia económica. Por las técnicas puestas en práctica, por sus formas de gestión más racionales, por una preocupación más acusada por la rentabilidad y, quizá, por niveles de producción más elevados, es muy probable que corresponda otorgar al gran dominio el reconocimiento de ser aquel que impuso las características salientes a la estructura agraria medieval.

En este (y en muchos otros sentidos) el siglo VI será parte de un período de transición que se encaminará hacia los modelos, mucho más conocidos, del siglo VIII bajo el Imperio carolingio. De momento, puede sostenerse sin demasiados problemas que la producción agraria corría a cargo de campesinos agrupados en comunidades aldeanas o en familias amplias, que explotaban en conjunto los terrenos comunales y avanzaban hacia las tierras incultas cuando lo necesitaban o les era posible.

La economía de este período, pues, se constituyó en torno a una base fundamentalmente agraria, a la cual se le conectan otros elementos como por ejemplo, cierta vigencia del comercio. Las carreteras siguieron estando transitadas por carros que llevaban productos tales como hierro, materiales de construcción, aceite, papiros, especias (estos últimos, considerados “exóticos”).

Una última consideración que resta por realizar consiste en la existencia de una circulación monetaria. Sin embargo, en lugares como la cuenca occidental mediterránea, nunca desapareció del todo y siguió registrándose el precio de las cosas por un cierto número de monedas, lo que demostraría que continuaba confiando en ella como referencia. **Así y todo, la moneda durante el siglo VI bajo control regio será en general, más un objeto simbólico de prestigio y poder, que un medio de cambio extendido.**

El Estado dirigía la actividad productiva según sus intereses políticos. Así, daba licencias de exportación, establecía monopolios, fijaba los límites salariales, señalaba los lugares de venta y almacenamiento a mercaderes extranjeros.

Cuestiones culturales

En los aspectos culturales, tanto como en los políticos, sociales y económicos, la palabra que mejor define la situación del siglo VI es síntesis. En ningún lugar se impuso un orden nuevo traído por un número relativamente bajo de invasores bárbaros. **Por lo que la fusión de elementos en los reinos romano-germánicos fue una constante, que no hacía más que adaptarse a un proceso de larga data, en donde las infiltraciones de grupos étnicos de recién llegados se integraban con poblaciones ya muy heterogéneas de por sí.**

Esta resistencia no tuvo un carácter uniforme. Fue más simple en aquellos puntos donde la existencia de ciudades bien consolidadas, con sus guarniciones, grandes núcleos administrativos y mercados prósperos, brindaba el apoyo que permitía sobrevivir a la “romanidad”.

La llegada de los bizantinos, enviados por Justiniano para restablecer la autoridad imperial en la península, trajo consigo la recuperación de las antiguas tradiciones e incluso, la incorporación de las nuevas enseñanzas de Oriente en el plano espiritual y artístico. Los germanos tuvieron su papel destacado en este proceso, cuando tomaron los códigos legales romanos y los mantuvieron luego de adaptarlos a sus principios consuetudinarios, aceptando la idea de la ley como el fundamento de la sociedad y el gobierno justo.

Del mismo modo, si bien se ha marcado que las ciudades bajo los germanos decayeron en muchos casos, no significa que pueda caracterizarlos como enemigos de ellas. Los reyes francos y godos no fueron reyes nómadas, sino que tuvieron sus palacios en varias ciudades administrativas.

La relación entre reyes y obispos, entre el Estado y la Iglesia, no solo puede aplicarse a un hecho puntual como la preservación de lo urbano. También puede extenderse a una larga serie de elementos que resultan propios de toda la Edad Media y que, por supuesto, tuvieron su eco a nivel cultural.

En el siglo VI, el catolicismo logró imponerse sobre el arrianismo —con la desaparición del reino suevo, la conversión del rey visigodo Recaredo en 589 y del lombardo Agilulfo en 607— y el priscilianismo, que se había extendido con fuerza por el norte de África y en Hispania, declarado formalmente como herejía en 561 por el Concilio de Braga. Un paganismo popular que resistió primero los esfuerzos de evangelización romana y luego de los monarcas y obispos de los reinos romano-germánicos. Buena prueba de ello la constituye la pervivencia de amuletos mágicos en los ajuares funerarios, las ceremonias en espacios abiertos con fuegos y ofrendas a los viejos dioses.

En este sentido, se debe hacer especial mención a la acción de los monjes que evangelizaron Irlanda y Escocia desde el siglo V, quienes a imitación de san Patricio, sembraron de conventos esa parte de Europa (Clonmacnoise, Durrow, Derry, Iona). Estos monjes, cuyas ideas se basaban en la necesidad de peregrinación para difundir la fe y en la penitencia personal, no solo se instalaron en las islas, sino también sobre el continente. En Galia y Germania fueron intrépidos misioneros. Aunque a partir del siglo

VI se difundió la regla de Cesáreo de Arlés, que constituyó el primer paso para la organización de una vida monacal occidental mucho menos contemplativa y más adaptada a la evangelización de las zonas rurales.

En efecto, Casiodoro, en sus *Institutiones divinarum et saecularium litterarum*, establecerá los esquemas retóricos latinos que aparecerán en la literatura y pedagogía cristiana. En cuanto a Oriente, fue un siglo de un gran esplendor cultural, sobre todo en la corte de Constantinopla. Justiniano hizo de esta ciudad una deslumbrante capital, enriqueciéndose con palacios, acueductos, baños públicos y dos espléndidas iglesias: Los Santos Apóstoles y Santa Sofía. Procopio en *Historia* en ocho libros da testimonio de este momento. Fue una época pródiga para las ciencias pues se buscó recopilar y transmitir los conocimientos de la Antigüedad en Matemática, Botánica, Física, Astronomía... y tratar de encontrar sus aplicaciones prácticas. Pero por sobre todo, se debe destacar la compilación del derecho romano, obra de enorme trascendencia. Bajo la dirección de Triboniano se coleccionaron las constituciones imperiales a partir de los tiempos de Adriano que dio como resultado el Código de Justiniano (529), ampliado en 534 en latín. Luego se compilaron en griego las constituciones y leyes promulgadas con posterioridad a esas fechas, las *Novellae*.

El siglo VII

Cuestiones Políticas

El siglo VII marcó el establecimiento de un delicado equilibrio, tanto al interior como hacia el exterior, de las diferentes unidades políticas que se habían conformado durante los siglos anteriores. La Hispania visigoda finalmente logró concluir el proceso de unificación, tanto política como religiosa, que había comenzado a tomar forma en el siglo anterior con Atanagildo (555-567), quién estableció su capital en la ciudad de Toledo a la vez que mantuvo el dominio de la Septimania.

Bajo el reinado de Recaredo (586-601) concluyó la unificación político-religiosa. La vieja disputa entre arrianos y católicos fue saldada al producirse, en el 586, la conversión oficial del rey al catolicismo. Con ello, la realeza visigoda encontró en la Iglesia un poderoso aliado que le permitió materializar a la monarquía en una teocracia.

Si bien, a partir de Recaredo se logró la unificación del reino no por ello se atenuaron las luchas internas. **En la Galia**, tras la muerte de Clodoveo (511), el reino merovingio quedó dividido entre sus cuatro hijos, pero en dicho reparto el criterio adoptado no tuvo en cuenta las particularidades étnicas o lingüísticas de las diferentes regiones, sino uno equitativo de las tierras. Esta situación tendió a estabilizarse hacia el 613 —por el término de veinticinco años— bajo los reinados de Clotario II y de Dago-berto, quienes, apoyados por sus consejeros-obispos, lograron someter a la aristocracia a su obediencia, en particular a la aquitana.

La llegada de los lombardos —recientemente convertidos al arrianismo y poco romanizados— a la península itálica, a mediados del siglo VI, marcó el inicio de una etapa signada por numerosos conflictos, cuyos blancos centrales fueron, entre otros, la antigua aristocracia romana y goda. **Sorteada la crisis inicial del siglo es posible observar un doble proceso liderado por la monarquía consistente en su recomposición política y en la adopción del catolicismo.** La solución que encontró la monarquía

lombarda fue atacar las posesiones bizantinas en la Península, situación que, a su vez, permitió al Papado erigirse como verdadero dueño de Roma. Pero de igual forma el Papado era consciente del peligro que significaba el avance lombardo, con lo cual buscó crear alianzas con los duques, en especial convirtiéndose al catolicismo.

En las islas británicas, el establecimiento de un orden político y social fue también el resultado directo de grandes movimientos migratorios que supusieron de forma sucesiva una conquista militar, junto a una fuerte colonización de pueblos de orígenes distintos. Dicho asentamiento se vio favorecido por los diferentes conflictos que habían estallado al interior del pueblo franco. Si bien hasta esta época el espacio inglés había conocido diferentes intentos de unificación, en particular los liderados por Kent, Northumbria y Mercia, ninguno de ellos fue exitoso.

En Oriente, se produjeron dos grandes acontecimientos: el primero, revolucionario y sorprendente que cambió el mapa político, fue la irrupción del islam y el segundo el surgimiento en el Imperio bizantino de la civilización bizantina griega en medio de grandes dificultades. Entre ellos se puede distinguir, por una parte, el mundo del comercio, las caravanas y los núcleos urbanos y por otra, el de los beduinos del desierto. Mientras la Arabia del norte tenía contactos antiquísimos con Asia Anterior, la del sur estaba mucho más ligada al tráfico por el Mar Rojo y el Océano Índico. En uno de los puntos de encuentro de las rutas caravaneras prosperó la ciudad de La Meca, donde la vida nómada de los beduinos tomaba contacto con nuevos valores promovidos por los grandes comerciantes.

En el ámbito descrito nace Muhammad (Mahoma) en torno al año 570, huérfano joven, fue educado por un tío que le hizo viajar por Palestina y Siria por sus negocios, se casó con una viuda rica, Jadicha, y hacia el año 610, según la tradición, se le apareció el Arcángel Gabriel que le ordenó combatir a los paganos. Si bien en un primer momento Mahoma no difundió las revelaciones, luego comenzó a predicar la existencia de un único Dios, la resurrección de los muertos y la paz eterna.

La élite comercial de La Meca se opuso a ello pues se corría el riesgo de arruinar las peregrinaciones paganas que tantos beneficios brindaban a la zona y llevó a que el profeta abandonase la ciudad con destino a Yathrib —que tomó el nombre de Medina (ciudad del Profeta)— en el 622. Este hecho se conoce como Hégira que es el punto de partida del calendario musulmán. Allí organizó la primera comunidad islámica regulada con los principios de la nueva fe. Cuando Mahoma murió en el 632, el islam ya había iniciado su difusión: aceptado por casi toda la península arábiga, rápidamente la energía bélica y religiosa comenzó a verse hacia el exterior.

En cuanto al Imperio bizantino, la época que siguió a la muerte de Justiniano (565) fue de grandes y vertiginosos cambios. En el 610 Heraclio designó a su hijo sucesor en vida y así inició una nueva dinastía que gobernaría hasta el año 717. Durante esta etapa Bizancio perdió Siria, Palestina y Egipto, conquistados primero por los persas y luego por los árabes, debido en buena parte a la debilidad de los bizantinos.

La administración imperial se modificó, el emperador tomó el título de basileus, de clara influencia oriental, se multiplicaron los temas —circunscripción territorial ocupada por un cuerpo de ejército reclutado en el lugar y por lo tanto carentes de mercenarios y gobernado por un estratega— que fueron

sustituyendo a las provincias romanas en las zonas más amenazadas y que tuvo una doble finalidad: combatir al enemigo externo y los vicios de la administración

Cuestiones sociales

Para el siglo VII, la fusión entre las estructuras sociales romanas y germanas había cristalizado. Impartir justicia era, junto con la guerra, el atributo básico del gobierno altomedieval y todos los reyes recibían asesoramiento de una serie de observadores que ayudaban a asegurar la justicia. **Según Duby**, el estilo de vida militarizado había penetrado todos los ámbitos, fundamentalmente el de los reyes y el de la aristocracia, considerándose el principal cambio que había sufrido la sociedad luego del fin del Imperio romano.

Los hombres cuidaban de las cualidades masculinas tales como el honor, la lealtad y el valor. La lucha cuerpo a cuerpo, que era el tipo de pelea característico de esta época, necesitaba de una buena dosis de coraje además de fuerza física.

Para Bloch, una de las costumbres nobles, conveniente para estas familias, era que los hijos recibieron formación en la corte del señor en su juventud, que se socializarán en el valor de la lealtad y que prestan juramentos de fidelidad antes de heredar la tierra de su padre, casarse y regresar a sus tierras.

La idea del enfrentamiento apelaba al honor y a la virilidad, la cual se veía afectada cuando no se llevaba adelante la disputa. Los aristócratas eran los personajes que mayormente hacen uso de estos rasgos, puesto que eran más “nobles”, en sentido moral, que el resto. Si bien el poder de mandar, administrar justicia, llamar y conducir al ejército habían sido concentrados en manos del rey, no bastaban para justificar la posición del soberano como cabeza de esta estructura, complementándose con el nacimiento —formación de dinastías— y el patrimonio familiar. Un ejemplo de estas distinciones es posible observar en el reino de Wessex. Existía todavía una clara distinción social entre el campesino libre y el hombre que llevaba el nombre de “compañero” del rey.

Así pues, como afirma Duby, esta aristocracia construyó su poder y riqueza gracias a una red de relaciones cimentada en los regalos que les otorgaba el soberano —por medio del botín, cuya mayor parte se distribuía entre los hombres leales—, en los poderes que éste delegaba en sus condes —a los que confiaba el gobierno de las distintas regiones del reino— y en las altas dignidades eclesiásticas que el monarca repartía. Ahora bien, este proceso, más allá de la evidente consecuencia política, colocó a la aristocracia laica en un lugar determinante en el funcionamiento general de la economía, en particular por el poder que poseían sobre la tierra.

En efecto, el creciente movimiento de donaciones piadosas hará que muchas de las pequeñas comunidades monacales y abaciales comiencen a enriquecer de manera sostenida sus patrimonios, en particular sus posesiones de tierra. Pero, para el siglo VII estas grandes riquezas se volvieron un botín muy codiciado por la aristocracia laica y, en particular, por las monarquías, cuando sus respectivos fiscos se tornaron insuficientes para sostener las crecientes redes clientelares. Al otro lado de los Pirineos, Dagoberto imitó el ejemplo del rey visigodo. Este mecanismo se formalizó bajo el nombre de contrato de precaria, que establecía que las tierras de la Iglesia eran entregadas a un señor a ruego (precaria) del príncipe.

En la Asamblea todo hombre libre tenía la obligación de asistir y decidir sobre el uso de las tierras comunales y la posible admisión de nuevos miembros a la comunidad campesina. En las fuentes altomedievales se describe la existencia de campesinos que han perdido la propiedad de sus tierras pero que sin embargo siguen siendo jurídicamente libres, denominados colonos.

Cuestiones económicas:

En efecto, la peste justiniana estaba dejando de hacer sentir sus efectos —la cuarta oleada de epidemia, datada entre 599-600, afectó el centro-sur de Italia, sur de Francia y norte de África—, permitiendo un lento y frágil crecimiento poblacional que cristaliza en torno al próximo siglo. **Según Fossier**, todo ello tuvo como consecuencias la ocupación del suelo, permitiendo el avance del bosque en zonas antes trabajadas —en especial en las Ardenas y Bélgica, según lo demostraron estudios sobre el polen— o la reubicación de diferentes aldeas, que manifestaron el proceso inverso, es decir la aparición de roturaciones en detrimento del bosque.

Por otra parte, esta misma premisa será la que permitiría explicar las diferentes formas que adoptará este sistema dominical en las distintas zonas europeas. La segunda estructura consistía en conjuntos de tierras arables, agrupados por compra o intercambio, pertenecientes a un mismo dueño que, a su vez, poseía tenencias en zonas boscosas o pantanosas. De esta forma, se estaba extendiendo un nuevo sistema de explotación que, fundamentalmente estaba destinado a paliar la escasez de mano de obra esclava. Este tipo de dominio bipartito fue preponderante en el reino de los lombardos, los francos austrasianos y anglosajones, ya que en dichas zonas la romanidad era más débil, en particular en lo difuso de la definición de libre. Conocida con el nombre genérico de villa, era una explotación agrícola que, para el caso de los dominios fiscales y eclesiásticos, buscaba concentrar grandes extensiones de tierra y, a la vez, lograr la ubicación de las tenencias lo más próximo a la reserva señorial para facilitar la extracción de la corvea. En cuanto a su composición interna, en la reserva se encontraban grandes parcelas de tierra arable (ager), pradera (saltus), bosque (silva) y zonas incultas. **Para este siglo, la mano de obra de la reserva estaba compuesta por esclavos que vivían en habitaciones cercanas a la residencia del señor.** Otros, como ya se ha mencionado, eran colocados en tenencias que cultivaban para cubrir sus necesidades, estando al servicio del dueño o administrador de las tierras.

Esta mano de obra servil no fue suficiente para las grandes tareas de siembra y cosecha, lo que hizo necesario la implementación de la corvea sobre los colonos establecidos en las tenencias ingeniales

.En virtud de esta relación es que el manso, a partir de este momento, tendrá una doble dimensión, como afirma P. Toubert: es a la vez una unidad de producción —donde los tenentes generan lo necesario para su subsistencia— y una administrativa base del cálculo para el cobro de las rentas.

En las regiones del norte de Francia, la concesión de un manso a un tenente libre suponía no solo la entrega de grano, ganado ovino, sino también la puesta de sus brazos y de sus animales al servicio del dominio para ciertas tareas, tales como reparar los edificios del señor, construir las empalizadas, acarrear las cosechas, llevar los mensajes y cultivar una parte de los campos señoriales. La misma naturaleza del hábitat disperso, que presentaban en general los grandes dominios, obligó a sus dueños y administradores a mantener y organizar una red de intercambios más o menos estable.

Una considerable parte de la mano de obra se hallaba dedicada a tareas de transporte y mantenimiento de las diferentes rutas, situación que, por otra parte, restaba fuerzas a la producción agrícola. En lo que respecta al comercio, continuó con cambios, en particular en lo referido a su alcance. Los productos de lujo —seda, especias, incienso, perfumes— seguían ingresando, a la vez que las mercancías básicas —madera y esclavos, principalmente— eran exportadas.

Estos cambios observados en la zona mediterránea tenían su homólogo en la zona norte de Europa. El avance de los francos hacia Frisia y la llegada de los monjes y comerciantes anglosajones reemplazaron los ejes comerciales. Así, este nuevo eje mosano impulsó el desarrollo de dos ciudades-puerto, claves para el crecimiento comercial de esta zona: Quentovic y Duurstede. Esta última fundada a principios del siglo VII, ubicada entre los ríos Lek y Rin, se convirtió rápidamente en el centro de contacto entre comerciantes venidos de Inglaterra, el Rin y la península escandinava.

Respecto a la primera zona, Quentovic, ubicada en el Canche, vinculaba su actividad comercial con Inglaterra, Irlanda y el norte de la Galia. Los productos que por allí circulaban comprenden esclavos, vinos del continente, estaño de Cornualles, plomo y sal. Si bien esta ciudad fue el punto de intercambios principal del mundo anglosajón, rápidamente fue opacada por los frisonos, asentados en la ya mencionada Duurstede.

Este resurgir de los intercambios comerciales estuvo acompañado de dos elementos capitales: la moneda y la ciudad. El antiguo sistema monetario romano, basado en el patrón oro, había desaparecido, en parte gracias al accionar de los dinámicos comerciantes frisonos y anglosajones. Puesto que la vieja moneda de oro era cada vez más un obstáculo para el pequeño comercio, los acuñadores de Duurstede, en torno al 650, comenzaron a emitir una moneda de plata llamada sceattas. El ejemplo fue seguido por los merovingios que, con la apertura de las minas de Melle, comenzaron a acuñar su propia moneda de plata, el denario.

De igual forma, la cantidad de monedas circulantes fue suficiente para una reactivación de gran escala, tal como lo demuestran sus sucesivas devaluaciones. También las ciudades atravesaban un proceso de cambio que se venía produciendo desde el siglo V. En efecto, el foro había dejado de ser el eje organizador de la ciudad, siendo reemplazado por la iglesia.

Castillo Maldonado estudia cómo esta situación tuvo su origen en los martirios, pequeña construcción en forma de ábside en la que se encontraba la tumba de un santo mártir. Estos espacios se ampliaban a medida que se iba desarrollando su culto.

La historiografía ha sostenido durante mucho tiempo que el sur de Europa fue un espacio urbanizado durante la Alta Edad Media, mientras que el norte carecía de ciudades. Esta premisa es una impresión más que una certeza, ya que luego de la caída del Imperio romano no todas las urbes del sur sobrevivieron ni todas las del norte fueron creaciones estrictamente medievales. En este sentido, la desaparición de las metrópolis en la región sur no siempre estuvo ligada al factor de las invasiones. Un ejemplo de esta nueva realidad lo ofrece el cambio y desplazamiento de las rutas comerciales, que significó la desaparición de las ciudades que sobre ella se ubicaban para que, una vez restablecido el

circuito comercial, permitiese el surgimiento de otros centros urbanos. Esto último es lo que marcará el surgimiento de las denominadas ciudades champiñones, cuya suerte estaba totalmente ligada al comercio.

De la misma manera, la construcción de nuevos palacios reales impulsó la creación de nuevas ciudades capitales, si bien posteriormente abandonadas, pero de gran impacto en su momento:

Gerticos (cerca a Salamanca), Pampilica (próxima a Burgos) y, en especial, Recópolis (sobre el Tajo en la provincia de Guadalajara). En suma, la ciudad durante la Alta Edad Media nunca desapareció, por el contrario, se mantuvo y experimentó toda una serie de cambios que permitieron su adaptación a esos “nuevos tiempos”.

Cuestiones culturales

Si bien se reconocía una identidad común, las liturgias eran distintas y las tradiciones monásticas también registraban numerosas variaciones, lo cual se mantendrá hasta los tiempos carolingios.

Si bien en este siglo no se registran herejías, se reconocen y combaten prácticas precristianas, denominadas genéricamente paganas. Así, las creencias poco ortodoxas no se debieron expandir con facilidad o quizá ni siquiera se supiera acerca de ellas; en estas circunstancias se desarrollaron las versiones locales. **Peter Brown lo llamó “microcristiandades”**: un mundo de divergencias constantes en los rituales, las normas y las tradiciones, así como en las estructuras políticas y las prácticas socioculturales de la sociedad secular. La actividad misionera fue uno de los aspectos centrales del siglo VII, como lo había sido del siglo anterior. En 597, Gregorio Magno envió a Agustín —abad del monasterio de Monte Coelio— a Inglaterra con la misión de evangelizar a los sajones. Si bien, consiguió muy pronto la conversión del rey Etelfredo, organizando con gran rapidez la Iglesia de Inglaterra, esta cristianización no pasó de ser superficial y los sucesores de Agustín debieron luchar durante largo tiempo contra los constantes retornos al paganismo.

La rivalidad entre las dos Iglesias se agravó todavía más dada la vinculación de los irlandeses a sus prácticas religiosas particulares —forma de tonsurar a los clérigos y fijación de la fiesta de Pascua, entre otros—. De todas formas, Irlanda del sur se unió a Roma en 631, mientras que Irlanda del Norte lo hizo tiempo después, entre 704 y 716. Por su parte, en la Galia se planteó el conflicto entre dos reglas monásticas, la de san Benito y la de san Columbano, imponiendo la primera sobre la segunda, reforzando así la posición del papado.

Los misioneros, siguiendo los principios de san Columbano y Gregorio Magno, intentaron no enfrentarse a las viejas prácticas, por el contrario, las resignificaron de manera tal que dichas celebraciones pasaron a ser en honor de un santo. Como se puede observar, el monasterio es el gran centro de la cultura y de la vida espiritual de estos siglos y a medida que transcurra el tiempo, lo será el monasterio rural (benedictino).

Los santos individuales, mientras estaban con vida, ocasionaron el problema de no saber de dónde provenían sus milagros, si eran obra de Dios o del Diablo, en cambio, los santos muertos eran más fáciles de controlar y, por lo tanto, más seguros. Tenían características que los identificaban como santos: olor a rosas, el cuerpo incorrupto.

Su culto era reducido a un lugar en particular, hacia donde se organizaban peregrinaciones y se sacaban beneficios, así como el culto a las reliquias se convirtió en un rasgo de la Iglesia de Occidente. Los milagros eran una parte normal del mundo altomedieval; las disputas se referían a ver quién tenía el control sobre ellos. No había dudas respecto de su veracidad en este período: su poder residía justamente en el hecho de ser de naturaleza sobrenatural, subvertir el orden natural. la lengua latina continuó manteniendo toda su fuerza durante los reinos de síntesis. Claro ejemplo de ello es Isidoro de Sevilla, de quien Heers afirma que si bien su obra evidencia nostalgia por la antigua grandeza de Roma, una viva atracción por los antiguos temas filosóficos y una cierta sobriedad en las formas de expresión, da testimonio de una profunda originalidad.

En Oriente, los musulmanes se organizaban y se dividían. Del Corán —libro sagrado— a la muerte de Mahoma, sólo quedaban fragmentos dispersos, por lo tanto, su enseñanza era completada por la Sunna —relatos y reflexiones que conformaban la ley moral del islam—. A raíz de ello se produce la primera gran división entre los ortodoxos o suníes que aceptaban y seguían la tradición de la Sunna, y la oposición compuesta por los jariyitas, defensores de una espiritualidad profunda los chiitas, con influencia oriental, quienes esperaban a un redentor descendiente de Alí, yerno de Mahoma y reclamaban para esa rama familiar el derecho a gobernar el imperio.

El siglo VIII Alta Edad Media

Europa occidental tuvo en el siglo VIII dos cambios decisivos y relacionados entre sí: la invasión de los musulmanes por la península ibérica y la conformación de un reino fuerte, el de los francos, que fue aglutinando regiones bajo la dinastía carolingia hasta conformar un imperio. **El reino visigodo de Toledo entró en una crisis terminal que posibilitó la conquista de Hispania por parte de los musulmanes.**

Rápidamente los invasores tomaron el control de la mayor parte de la península, mientras en el norte se comenzó a organizar la resistencia. La conquista se llevó a cabo bajo el liderazgo de Muza y Tarik, quienes rápidamente conquistaron Sevilla, Toledo, Granada, Murcia, Guadalajara, Zaragoza y el valle del Ebro. La celeridad de la conquista obedeció a varias cuestiones: la fuerza expansiva de los musulmanes, la descomposición del reino visigodo y la capacidad de pactar que tuvieron los invasores con los jefes locales a los que les permitieron conservar sus derechos a cambio del pago de una contribución territorial, estipulada en las condiciones concretas del pacto.

En verano del 714 Muza fue llamado a Damasco y dejó en el gobierno de la Península a su hijo Abd Al-Aziz, dando comienzo la etapa del emirato dependiente. Con él y sus sucesores se vivirá un doble proceso: se asistirá a un fortalecimiento de los musulmanes, desde una perspectiva demográfica y militar, y a los intentos de penetración en el resto de Europa a través de los Pirineos. A partir de la dominación musulmana surgió la comunidad mozárabe —cristianos bajo la dominación musulmana que mantuvieron sus tradiciones, aunque sufrieron la influencia de la lengua y la cultura árabes—.

Frente a los mozárabes surgirán los muladíes que eran aquellos habitantes de la península que se convirtieron al islam. En el 750 la dinastía Omeya fue derrotada por los Abbasíes. Un miembro de aquella familia, Abd Al Rahman, buscó refugio en España y en el 755 se proclamó emir (gobernador) en

Córdoba, independizándose de hecho de Bagdad (la nueva capital imperial), dando lugar a un emirato independiente.

El reino de los francos, desde la muerte de Clodoveo, se había visto sacudido por conflictos familiares, intrigas, asesinatos, guerras civiles, que debilitó a los reinos —Neustria y Austrasia—. Dentro de ellos, hacia mediados del siglo VII fue consolidándose la figura de Pipino de Heristal, mayordomo de Austrasia, quien a su muerte había concentrado el poder de Austrasia, Neustria y Borgoña (714).

El cargo de mayordomo de palacio tenía como principal función dirigir el Palacio Real, pero con el tiempo se le fueron agregando la dirección del ejército, la impartición de la justicia, la administración del territorio y la consejería de los reyes. Muerto Carlos en 741 el reino fue dividido entre sus dos hijos: Carlomán y Pipino. El primero abdicó, Pipino el Breve pasó a ser el único gobernador y, en el 751, con el apoyo del papa fue proclamado rey y el último de los merovingios, confinado en un convento. **Pipino** reconoció al papa el gobierno de Roma y la posesión de las provincias bizantinas de Italia central, conformando el germen de los Estados Pontificios, y fue en su ayuda cuando el pontífice se vio amenazado por los lombardos. La muerte del primero unificó el territorio en manos de Carlos, conocido como Carlomagno, en 771. El rey de los francos se alzaba como aliado del papa, protector de la Iglesia y dispuesto a atacar a los enemigos de la fe donde se encontrasen.

Tam-bién debió hacer frente a los árabes en la península ibérica desde los Pirineos hasta el río Ebro, ocupando Barcelona y Girona, siendo la batalla de Roncesvalles de 778 la que puso fin a la expansión, pues la retaguardia del ejército franco fue vencida por los vascos. El papa siguió siendo objeto de violentos ataques y volvió a implorar ayuda a Carlomagno, quien entró en Roma en el año 800 —presidió el tribunal que juzgaba la conducta del papa, recibió las llaves y el estandarte del Santo Sepulcro, enviado por el patriarca de Jerusalén y en la Navidad de ese año fue proclamado emperador de los romanos—.

Para el siglo VIII, Northumbria no era tan poderosa como lo había sido antes, la derrota del rey Egfrido a manos de los pictos en Ne-cashmere puso fin a su expansión hacia el norte y el creciente poder de Mercia frenó las ambiciones que tenía hacia el sur. Sin embargo, la posición de este reino dentro de la encrucijada cultural entre Irlanda, Inglaterra y Roma trajo grandes beneficios. Uno de estos logros fue nada más y nada menos que Alcuino de York, un erudito y poeta latino que pasó en 782 al servicio de Carlomagno, para liderar una renovación cultural.

El siglo VIII fue, sin lugar a dudas, una época de gran prosperidad en Inglaterra, las excavaciones han demostrado que luego del colapso romano, las ciudades volvieron a conformarse y a crecer, tales como Southampton, Londres, Ipswich y York. Prosperidad que se verá alterada por las invasiones de los vikingos de 796 en adelante. **Bizancio se replegó, se helenizó, rompió con la tradición romana y adquirió una nueva fisonomía. Durante el siglo VIII la cuestión más sobresaliente fue el conflicto iconoclasta que acarreará notables perturbaciones internas.** Las imágenes —iconos— eran usadas para instruir a los fieles en la fe cristiana, pero suscitaban auténticas devociones populares. Representaban a Jesús, María y a los santos y el pueblo les atribuía un poder divino.

Este hecho provocó la reacción por parte de un grupo de clérigos y laicos quienes pidieron la abolición del culto a las imágenes. Así, se formaron dos grupos: los iconódulos, partidarios del culto a

las imágenes y los iconoclastas contrarios a ello. En el fondo religioso de la discusión estaba la cuestión de que si había o no que representar a Dios y traduce el enfrentamiento entre dos tradiciones: la de Oriente, fieles a la espiritualidad e influida por la doctrina judía y musulmana, y la griega, fiel al culto a las imágenes.

El contexto de Bizancio en ese momento contribuye a explicar la política iconoclasta: amena-zado por la flota árabe hasta el punto de dificultar su comercio medi-terráneo, invadido en Oriente por eslavos y búlgaros el Imperio se replegó sobre la península de Anatolia en la que la población era permeable a la influencia oriental contraria al culto a las imágenes. **Por lo tanto, se puede pensar que la iconoclastia es una de las formas que tuvo el Imperio para conjurar el peligro árabe.**

Se desataron violentas revueltas en el Imperio cuando los emperadores —León III y Constantino V— prohibieron el culto a las imágenes. El reinado de Irene, de origen griego, señaló un período de restablecimiento del culto a los iconos, aunque con su derrocamiento se volvió a la condena. La intensa ruralización y la pérdida de poder de las ciudades, la atonía de la vida intelectual y artística, pues se destruyeron obras de arte por el hecho de tener imágenes y se prohibió todo tipo de representación, se agudizó la separación entre las Iglesias de Oriente y Occidente. Los emperadores iconoclastas se erigieron en defensores de los grupos menos favorecidos, frente al poder de la aristocracia y los grandes monasterios, y al mismo tiempo se fraguó en el seno de la sociedad un descontento que permitió la vuelta de los iconos de manera definitiva en el 845.

El enorme imperio musulmán, En el 750 los persas convertidos al islam se sublevaron contra los califas de Damasco y los descendientes de Abbas tío de Mahoma, fundaron la dinastía abasí que representa el triunfo de los persas contra el modelo inspirado en Bizancio que habían implementado los Omeyas. Además de considerarse legítimos herederos del profeta, los califas afirmaron su autoridad como consecuencia de la voluntad divina y su jefatura espiritual sobre todos los creyentes. Estos confiaban el gobierno al visir, que controlaba la mayor parte del poder, mientras el califa se reservaba la jefatura del ejército.

Cuestiones sociales

El buen clima, la conformación de las grandes ciudades, una cierta organización político-institucional, y el fortalecimiento de las familias nucleares, fortalecieron la aristocracia del siglo VIII. La aristocracia competía para engrandecer cada vez más su poder alcanzando “honores”: los puestos públicos y los beneficios conformaban su prestigio y su “fortaleza política”. Aquellos hombres que obtenían un puesto dentro de un condado sabían perfectamente la función que estaban cumpliendo, y más aún cuando el cargo había sido dado por el propio rey.

En esta época se produjo la configuración de un nuevo tipo de propiedad como resultado de las concesiones regias. Progresivamente desapareció la mano de obra esclava y fue sustituida por el trabajo de campesinos provenientes de aldeas, **los que no tenían propiedad, pero sí el control sobre la producción.** Los campos de cultivo abiertos en los que producían cereales, vid, su producción era familiar, una vez extraídos los frutos pasaban a ser de disfrute comunitario —por ejemplo, los rastrojos— mientras los bosques y baldíos eran siempre comunitarios

En todos los casos los campesinos daban a la reserva ciertos servicios, principalmente el cultivo de la tierra. En regiones como Alemania, donde la gran propiedad era más dispersa, los esclavos tuvieron mayor presencia en la producción de la reserva —también es cierto que el número de esclavos en esta zona había crecido como producto de la guerra—; las comunidades campesinas sostenían fuertes lazos de parentesco y los jefes militares se mantuvieron fieles a las tradiciones comunitarias con la consiguiente aristocratización de las jefaturas.

En Italia las grandes propiedades explotadas por esclavos tuvieron mayor importancia respecto del resto de Europa, herencia de la tradición clásica, aunque había numerosas parcelas que eran cultivadas por *libellarii*. **En la península ibérica, si bien había una reorganización de espacio cultivado con una mayor presencia de la gran propiedad, no se detecta una mayor articulación entre mansos y reservas por esta época.**

Cuestiones económicas

Hablar de la economía del siglo VIII es hablar primordialmente de la tierra. Y más precisamente de la concentración de la propiedad de la tierra, que se llevó a cabo de diferentes formas. Para el caso de los dominios eclesiásticos, las donaciones piadosas y las dotaciones fundacionales. Estas grandes propiedades, cuya relación con los campesinos se ha explicado en el apartado anterior, no pueden ser percibidas como homogéneas y extendidas.

La propiedad debe ser comprendida, bajo dos características: parcelación y dispersión. Esto supuso a la vez, problemas, por un lado, el control y la administración y por otro las vías de comunicación, por lo que los propietarios debieron establecer un régimen de control sobre los campesinos. **A lo largo del siglo VIII**, aparecieron algunos adelantos que permitieron un aumento de la producción como fue la utilización del molino de agua, que dejó de ser una curiosidad para difundirse desde Italia hasta Inglaterra; el hallazgo de la prensa de aceite, en especial en las zonas italianas de Como o Garda.

Parece ser entonces que en la encrucijada entre los siglos VII y VIII, un verdadero cambio se estaba gestando en Occidente: la renovación de los contactos entre el campo y la ciudad. En esa misma época, se produjo una auténtica revolución monetaria en Occidente. Bajo la influencia de los pueblos del norte, principalmente de los frisones y de los anglosajones, comenzaron a acuñar cada vez más monedas de plata de bajo peso denominadas *proto denarii*. De esa manera, Europa modificó el patrón monetario respecto del antiguo romano *bi-zantino*, no solamente por el valor y el volumen al momento de la comercialización, sino también por ser la plata más fácil de extraer.

En cuanto al comercio carolingio es uno de los temas más controvertidos de la historia económica de la Edad Media. A lo largo de mucho tiempo se enfrentaron las visiones: por un lado, quienes plantean un floreciente comercio para larga distancia (Dopsch, Lombard) y por otro, la idea de que el comercio en el área mediterránea había llegado a un nivel mínimo de intercambio, producto de la presencia musulmana (Pirenne) que contrastaba con el creciente comercio del Mar del Norte. En la actualidad y gracias a los trabajos sobre todo de la Arqueología, se tiene una visión de la economía en torno al año 800 que desafía la idea de una economía estancada pues tiene en cuenta el incremento y diversificación de la producción

de las grandes propiedades, los comerciantes dependientes de grandes monasterios y obispados que comerciaban a escalas geográficas considerables y el gran comercio del Mar del Norte.

En cuanto a las vías marítimas o fluviales, es de destacar que la vinculación comercial de los pueblos o reinos provenientes del norte con la Europa continental permitió el contacto con Oriente a través del Báltico, llegando en cierto momento a eclipsar la vía comercial mediterránea.

En las islas británicas se fue incrementando la creación de puertos (Sandivc, Fordwich, Harwich, Silaswich...). Esto permite constatar que, si bien el comercio era visiblemente delimitado por zonas, los puertos se crearon por iniciativa de los pueblos marineros (anglosajones, frisones, escandinavos), que animados por la estabilidad étnica del norte se lanzaron a las actividades comerciales. De esta manera y ante la imposibilidad de comercializar constantemente en el Mediterráneo, los productos provenientes del norte comenzaron a ser más valorados por las monarquías y aristócratas europeas.

En los territorios dominados por los musulmanes, la expansión política provocó un auge en las relaciones mercantiles. A través del Mediterráneo llegaban especias orientales a puertos de Italia y España; la navegación de cabotaje posibilitaba intercambios interesantes. En el mundo musulmán la ciudad dominaba la economía, se construían en la encrucijada de los caminos y ejercían su influencia sobre el mundo rural; aunque en la época abasí se mantuvo en las me-setas y en los desiertos un tipo de economía nómada o seminómada, que contaba con la oposición de campesinos sedentarios cuyo trabajo era ayudado por mano de obra servil, en general de origen africano, y que requería grandes obras de riego.

Cuestiones culturales

A principios de siglo, el territorio insular británico e irlandés se convertiría en un gran foco cultural de Occidente como consecuencia de la decadencia de las Galias y de Italia, y de la llegada de los musulmanes al norte de África y a España. Su producción, en la que se funden las tradiciones romanas e irlandesas, fue sumamente abundante y reflejaba el interés por casi todos los aspectos de la educación, tales como la Música, la Gramática, la Geografía, la naturaleza, el tiempo, la Cosmología, la Pascua, los comentarios bíblicos y la Historia. Pero quizá sea por este último aspecto que es reconocido ya que su Historia ecclesiastica gentis Anglorum, escrita en 731, es la obra de referencia para el estudio de la Inglaterra anglosajona.

En el ámbito franco, los reyes buscaron implementar estas novedades, relacionadas con el desarrollo de la educación y la enseñanza, tal como puedes verse en la Admonitio generalis (789) disposición en la que se dan instrucciones para crear escuelas en los monasterios y catedrales con el fin de educar a los jóvenes y a los clérigos. Para ello, Carlomagno se rodeó de grandes escritores, eruditos que conocen y conservan la cultura antigua y que vendrían de monasterios de todas partes de Europa.

Paulo Diácono quien enseñó griego, muy importante para las relaciones con Bizancio; de España salieron un buen número de intelectuales ante la llegada de los musulmanes, entre ellos Teodulfo, un visigodo, que se convirtió en obispo de Orleans en 775, poeta y teólogo. Con Alucino, Carlomagno estableció en su palacio de Aquisgrán (Aachen, Alemania), la escuela palatina y otra institución, un poco más pomposa, pero indicativa de este deseo de restaurar la cultura: la Academia Palatina. Allí, la presencia del rey fue

significativa, ya que en muchas ocasiones participaba de discusiones que con el tiempo fueron comparadas con las que sostenía David, el rey de los israelitas.

Con este fin, el rey pidió que se enmendara los errores de las obras existentes, y para eso creó una serie de escritura en abadías carolingias. Se trataba de talleres para copiar manuscritos de todas partes de Europa y entre ellos se destacaban la Abadía de San Martín de Tours, Corbie y Saint-Riquier y sobre todo Reichenau. Se desarrolló una nueva caligrafía, la denominada “letra carolina”. **Una escritura fácil de leer porque las palabras se separaban. Por otro lado, los monjes trabajaban más rápido y muchas bibliotecas comenzaron a conformarse tanto en las abadías como en los palacios del reino.**

Los musulmanes, por su parte, desarrollaron una civilización que tuvo como originalidad la forma en que se utilizaron los legados de los antiguos imperios y las particularidades de cada región, interpretándose según su fe y dándoles unidad con su lengua, impuesta a toda la administración del califato hacia el 700. El desarrollo intelectual mostrará sus mejores habilidades para sintetizar aportaciones heterogéneas. Se multiplicarán las traducciones, se edificarán bibliotecas y se asimila-rán ideas ajenas al islam, como el helenismo filosófico y científico y el pensamiento iranio.

El siglo IX

Cuestiones políticas

Hacia el año 780, Carlomagno, gracias a sus éxitos militares y a la convicción de organizar sus reinos desde una base legal y religiosa, se convirtió en cabeza de la cristiandad occidental. Este proyecto político tuvo su culminación en la Navidad del 800 cuando el papa León III (795-816) lo coronó emperador de los romanos en la ciudad de Roma

En cambio, **otros sostienen que el título imperial y la coronación fueron consecuencia de circunstancias particulares:** la difícil situación por la que atravesaba el papa León III en Italia y la falta teórica de un emperador en Constantinopla.

El que fuera el pontífice de Roma quien otorgaba la corona a Carlomagno para que luego lo aclamaba el pueblo, denotaba la preeminencia del poder del Vicario de Cristo². El título de emperador era más honorífico que efectivo para Carlomagno, pero su intención era la de ser reconocido como tal por Bizancio. Su concepción germana de Imperio, como ampliación de su reino, produjo que le otorga relevancia a los títulos que había logrado en el transcurso de su gobierno (rey de los francos y de los lombardos). Ante las crisis dinásticas acaecidas durante su reinado y la consiguiente división del reino a su muerte.

Carlomagno había creado un vasto Imperio con diversos territorios y grupos étnicos, cuyas fronteras se extendían desde los Pirineos al suroeste, incluyendo una zona del norte de la península ibérica (Marca hispánica tras 795), toda la Francia moderna y al este, la mayor parte de la actual Alemania, incluyendo el norte de Italia y la actual Austria. Para el mantenimiento de las fronteras fue necesario implementar una

² Representante de Jesucristo en la tierra

organización de los territorios a través de la administración. El núcleo político del Imperio era el palacio real, integrado por una reducida corte de carácter itinerante. Dentro de esta se distinguían personajes encargados de la gestión de la residencia real: el senescal (jefe de los servicios interiores del palacio), el camarero (administrador del tesoro real), el conde palatino (experto en Derecho, encargado de dirigir el tribunal en ausencia del monarca), el canciller (notario del emperador) y el archicapellán (encargado de los asuntos eclesiásticos del reino y de la escuela palatina).

El gobierno de los territorios estuvo organizado a través de condados, marcas y ducados.

Dentro de sus funciones se encontraban la de ejecutar las disposiciones del soberano, dirigir el tribunal judicial, organizar el gasto público, reclutar y disponer de los contingentes militares. Las marcas indican las circunscripciones administrativas en las zonas de frontera del Imperio, las cuales variaron según los periodos: Marca de Bretaña, Marcas de Septimania y tolosana (Marca hispánica), Marca del Elba, Marca de Friul, etc.

A comienzos del siglo IX se implementó en el Imperio carolingio un sistema de inspección periódica a las unidades administrativas a cargo de los condes. Los encargados de esta tarea fueron los missi dominici, quienes recorrían en pareja (un noble y un religioso) los territorios con el fin de difundir las capitulares reales, la recepción de denuncias, la investigación de posibles irregularidades en la administración, como así también la imposición de sanciones, la vigilancia del comportamiento de los religiosos y el cumplimiento de los cánones.

El gobierno de las tierras carolingias se asentaba sobre fundamentos antiguos que, según las necesidades, se reformularon a discreción. La red de asambleas públicas continuó siendo un elemento crucial durante este periodo como forma de establecer un contacto con el pueblo. **Todos los súbditos del Imperio se consideraban convocados y presentes.** De esta forma, las disposiciones que allí se decidían contaban con la aceptación del pueblo, aunque solo asistían los nobles, autoridades eclesiásticas y el ejército.

Estas reuniones se dividían en dos grupos: la de los **clérigos** y la de los **laicos**. Los religiosos por su parte examinaban las cuestiones de disciplina y de organización eclesiástica, mientras que los laicos examinaban las políticas y de administración del reino. Las conclusiones de estas deliberaciones ayudaron al emperador a tomar sus decisiones, formuladas en una serie de artículos denominados capítulos, cuya compilación constituía una capitular que el soberano promulgaba habitualmente como resolución de las asambleas.

Estas convocatorias tienen su paralelo en cada condado a cargo del conde o, en su defecto, alguien designado por él —vizconde—, y funcionaban como tribunales judiciales. De esa forma, incrementaba y reforzaba la autoridad regia en cada rincón del Imperio. Estas relaciones darían origen al vasallaje, entendido como un intento de estructurar la sociedad y el Imperio a través de la relación de fidelidad entre los hombres libres y el rey (este punto será desarrollado en el apartado de cuestiones sociales).

Entre los años 800 y 814, se originaron varios de los problemas que afectarán al Imperio carolingio durante el resto del siglo: la cuestión de la sucesión y división de los territorios entre los herederos, la naturaleza del título imperial y la forma en la que este debía ser transferido, las amenazas externas

(pueblos escandinavos y árabes), la preservación de un Imperio cuyas estructuras administrativas, políticas, culturales y lingüísticas eran débiles.

En el año 806 Carlomagno dejó constancia de la división del Imperio, entre sus tres hijos, luego de que muriera.

Durante el reinado de Luis el Piadoso (814-840) el poder imperial se vio afectado en su trascendencia pues el reino no contaba, por diversos motivos, con la cohesión necesaria. Un rasgo significativo del reinado de Luis fue el cambio de estrategia con respecto a las fronteras del Imperio: se adoptó una actitud defensiva por sobre una ofensiva. Como consecuencia, las recompensas materiales y políticas, que se debían buscar luchando en los límites del Imperio, se obtenían a través de las rivalidades entre facciones dentro del reino, afectando al poder del soberano.

El nuevo emperador conocía estas debilidades y para conseguir mantener su Imperio fuerte y unido, necesitaba por un lado, reconocer las variedades culturales, sociales y políticas presentes y por el otro, lograr la cohesión de estos elementos mediante un instrumento que lo posibilite. años. En 833 Lotario logró hacerse con el control de la situación al producirse un hecho conocido como Campo de las Mentiras: momentos antes de comenzar la batalla todos los nobles del partido del emperador abandonaron su bando para incorporarse al de Lotario.

La crisis de los años 830 se proyecta como producto de dos problemas latentes: la disputa entre dos facciones de la corte y las tensiones normales en todo reino donde los herederos son adultos con ansias de sucesión. Esta convergencia de situaciones se agravó por las disputas sobre teología y ética política junto con la entrada en escena de un nuevo heredero. En 843 se llegó a un acuerdo a través de la firma del Tratado de Verdún, por el cual se dividía al Imperio en tres partes iguales en extensión.

Entre 843 y 855 se intentó defender una armonía entre los tres hermanos. Este periodo de fraternidad duró hasta la muerte de Lotario (855) y el posterior reparto de sus territorios entre sus tres hijos, Lotario II, Luis II y Carlos, lo que generó nuevos conflictos entre tíos y sobrinos. La unidad del reino franco siempre estuvo condicionada por el principio de división territorial entre sus herederos. Esta concepción del poder como prerrogativa privada del reino, herencia del pasado merovingio, fue una de las causas de la desintegración de la autoridad central.

Debido a los constantes problemas políticos, en siglo IX hubo un sector de la nobleza, encargada de los condados, que acumuló poder económico y social convirtiendo a los cargos en hereditarios y formando dinastías locales, verdaderas autoridades de los territorios. En tanto que, en Europa del norte, el problema más importante fueron los pueblos escandinavos. Los normandos —hombres del norte— asolaron las fronteras septentrionales del Imperio carolingio y las islas británicas.

El período denominado “Era vikinga” es una faceta, la más visible en el occidente europeo, de un proceso mucho más extenso y complejo que implicó una serie de transformaciones políticas, sociales y religiosas, que modificaron a los pueblos escandinavos. Para el siglo VI y VII, Escandinavia se encontraba en la última fase de la Edad de Hierro, y ya encontramos aldeas que cumplían funciones de centro de comercio entre diversas regiones de Dinamarca y el sur de Suecia. que se denominó “Era de Vendel”.

También en estos siglos se desarrollaron embarcaciones específicas para diversas tareas. Entre ellas la más conocida, la nave de guerra o Långskip (longship = nave larga) con la que se realizaron, desde el primer ataque registrado en 793 y durante todo el siglo IX, las incursiones de saqueo más destructivas de este período. Según las fuentes son vikingos, para los francos eran “hombres del norte” (normandos) y para los bizantinos “hombres del comercio” (varegos). Sus incursiones, en un primer momento en busca de botín, fueron registradas por varios contemporáneos sobre quienes provocaron una fuerte impresión dada la crueldad con que realizaban sus asaltos. Conservando rasgos semejantes cada uno de los pueblos mantuvo una forma de expansión: los suecos actuaron en la orilla oriental del mar Báltico y los daneses depredaban la frontera norte del Imperio. Los noruegos colonizaron las islas Shetland y Far-Oer, para dirigirse luego a las costas orientales de Inglaterra, llegando ocasionalmente a España e Italia.

Las incursiones musulmanas, fueron bloqueadas en su avance a través de los Pirineos desde que Carlomagno incorporó Gerona (785) y Barcelona (801) constituyendo Cataluña parte del Imperio carolingio y llevando sus límites con el Al-Andalús al norte del río Ebro. Los objetivos de los árabes variaron a través del tiempo, ya que no se concentraron en extender los dominios del islam, sino en realizar incursiones con el fin de obtener botín. Una situación distinta tuvo la península itálica, cuya cercanía a la costa africana facilitó las expediciones musulmanas.

Las penínsulas ibérica e itálica, también atravesaron cambios políticos importantes durante el siglo IX. Como consecuencia de la invasión árabe (711), **la resistencia de los hispanocristianos y los pueblos vascones y gallegos dará lugar a una creación política completamente nueva en el norte de la península: el reino astur.**

Durante este periodo, Italia transitó por diferentes situaciones. Se produjo una ausencia de poder efectivo y duradero, lo que permitió a los potentados regionales ampliar sus parcelas de poder y control del territorio. Hasta el año 888 los carolingios se sucedieron en la dignidad real, pero al ser reyes extranjeros permanecieron poco tiempo en la península itálica.

Una de las ciudades que comenzó a tener trascendencia fue Venecia, que supo aprovechar las tensiones existentes entre francos y bi-zantinos, para dar forma a su particular sistema de gobierno, dependiendo formalmente del Imperio bizantino. Instauraron una nueva dinastía de dulces (dogos) que se tornará más autónoma con el tiempo. En cuanto al Oriente, en Bizancio, luego de los convulsos tiempos de las luchas iconoclastas, en el 867 llega al poder Basilio I, nacido en Macedonia, pero de familia armenia, fundó una dinastía que se mantendrá dos siglos en el poder: los macedonios

Tanto Basilio I (867-886) como su hijo y sucesor León VI (886-912) acabaron con las luchas sucesorias y las usurpaciones del poder asociando a sus hijos y familiares a las tareas de gobierno. El prestigio y la autoridad de los emperadores alcanzaron una estima inédita. Ejercían el poder sin ningún tipo de límites: imperator y basileus, heredero tanto de los emperadores romanos como de los déspotas orientales, jefe de la Iglesia de Oriente y objeto de veneración popular. Fueron grandes legisladores y administradores. Basilio I realizó una obra legislativa que buscaba completar la de Justiniano y adaptarla a los nuevos tiempos. Las antiguas provincias fueron sustituidas en su totalidad por temas, circunscripciones de carácter militar al mando de un estratega, quien era la principal autoridad militar, civil, responsable de las finanzas, de la recaudación de tributos y juez supremo.

El alto clero formado por antiguos monjes que habían pasado a ser obispos tenía un gran prestigio moral e intelectual y dentro de ellos el patriarca de Constantinopla se alzaba como el jefe indiscutido de la cristiandad oriental.

Las relaciones entre patriarca y emperador no estaban reglamentadas y el poder del patriarca podía movilizar la opinión pública en contra del emperador, sobre todo a través de los monjes. Focio, como jefe de la Iglesia oriental trató de liberarse de la tutela papal lo que culminó con su excomunión en 863 y en contrapartida el patriarca lanzó un anatema contra el romano. El emperador, necesitado de conseguir apoyos en Occidente, depuso a Focio en el 867, aceptando nuevamente dos años más tarde con la condición de que se sometiera a Roma y asegurara la unidad de la Iglesia.

En el imperio musulmán, los califas abasíes chocaron con una doble oposición: nacional y religiosa. Las herejías religiosas suscitan divisiones y complots, el califa reprimía con dureza, los chitas seguían siendo muy numerosos y provocan graves conflictos. Esta agitación se vio agravada por rebeliones sociales como la de los esclavos negros que, provenientes de África, eran utilizados en Mesopotamia sobre todo para el cultivo de caña de azúcar, y a los que tardaron más de veinte años en exterminar.

Hacia el 850 para pagar a las tropas se concedían las rentas o los impuestos de un territorio, primero con carácter vitalicio, pero luego se transformaron en hereditarios, por lo tanto, algunas provincias orientales se transformaron en principados independientes.

Cuestiones sociales

Durante esta centuria la sociedad europea no sufrió grandes epidemias y hambrunas. Hubo estaciones de sequías, inundaciones e incursiones extranjeras que provocaron pérdidas de cosechas y vidas humanas, pero no fueron de gran impacto aumento demográfico en poblaciones urbanas y rurales debido a diversos factores, entre ellos el dinamismo económico alcanzado en este periodo.

Los grupos de poder presentes en la sociedad seguirán siendo la Iglesia y la aristocracia, pero se estructurará de forma distinta al intervenir el poder real en sus relaciones. La institución eclesiástica jugó un rol importante en el tramado político carolingio al ser la única fuerza moral y material, extendida por todo el Imperio, capaz de transmitir la voluntad real hasta en los lugares más alejados a través del sermón parroquial, profesando la obediencia que todo cristiano le debía al rey. **Carlomagno** intentó controlar la institución nombrando a los obispos e incluso a los abades, designando en su defecto a abades laicos que acompañarán a los regulares.

El segundo grupo de poder era la aristocracia. Las familias nobles dominan este mundo y gracias a la extensión de las fronteras y a los favores reales lograron un verdadero cosmopolitismo (mediante sus alianzas con la familia real o con las noblezas locales, y a los nombramientos en los condados).

Se establecieron en casi todos los territorios y absorbieron a las antiguas élites romanas o germanas.

Carlomagno fomenta el establecimiento de lazos personales que engloban a todos los hombres libres a través de la ceremonia de “encomendación”. Se instituye de esta forma la categoría de vasallos y vasallos lo que constituyó a la sociedad como un todo, a través de vínculos personales.

Estos contratos eran perdurables, salvo en caso de crimen o injusticia del señor para con su vasallo. De esta forma, Carlomagno intentó reforzar la autoridad del Imperio, mientras que con su sucesor el poder de la aristocracia se acrecentó al romperse el equilibrio entre las tierras fiscales y las tierras concedidas para disfrute de la nobleza. Este modelo de relaciones no se reprodujo de la misma forma en toda Europa. Tanto en Inglaterra, Germania e Hispania, los intentos de unir la fidelidad con la “encomendación” a través del beneficio, encontró obstáculos

Existían distintos tipos de vasallos:

- **En primer lugar,** se encontraban los vasallos reales, los aristócratas y grandes propietarios.
- Luego venían los vasallos señores con cuatro a tres mansos que dependían de los grandes laicos o eclesiásticos.
- En tercer lugar, los vasallos no establecidos, hombres que no estaban dotados de tierras y que formaban la escolta personal de un poderoso.
- En el último lugar, estaban los ministeriales, encargados de un servicio para su señor.
- **La categoría de esclavo**, y su utilización en el modo de producción, se hallaba en retroceso como se explicó para el siglo anterior.

Estas relaciones de dependencia personal son presentadas como una de las causas del fracaso político y social del proyecto carolingio. Durante el siglo noveno se produjo una degradación del poder real en tanto que la legitimidad del soberano se tornó dependiente de la concesión de favores y prebendas, cuestionando el principio de obediencia básica de los súbditos a su señor. Por debajo de los vasallos se hallaban los propietarios libres (pagenses o colonos), que formaban la mayor parte de la población rural, quienes poseían alodios (de cuatro a doce mansos).

Cuestiones económicas

Los nuevos planteos sobre la economía de la Alta Edad Media cuestionan las visiones clásicas que apuntaban a una economía cerrada con escasos intercambios comerciales y ponen énfasis en tres ejes principales: la economía de la gran propiedad, cuestiones relacionadas con los comerciantes dependientes y el excepcional mundo comercial del mar del Norte, ya señalado para el siglo VIII.

La base económica del siglo IX continuó siendo la tierra, fuente de riqueza por ser proveedora de productos y generadora de impuestos. Durante este periodo se continuará con una reestructuración del sistema productivo en las comunidades campesinas y grandes dominios. Una característica distintiva de estas grandes propiedades fue la progresiva desaparición de la mano de obra esclava y su reemplazo por mano de obra campesina, procedente de comunidades aldeanas.

Este proceso de reorganización del sistema productivo fue posible gracias a dos factores: la decisión firme de los soberanos y la disposición de tierras, tras sus conquistas. Como consecuencia hubo disponibilidad de excedentes necesarios para generar redes de intercambios. Es decir, se produjo un desplazamiento de la economía local a una economía de intercambio, principalmente en las zonas de la llanura del río Po, Francia, Francia e Inglaterra

Algunos sectores del Mediterráneo comenzaron a estar nuevamente activos, en particular en el Adriático, siendo la ciudad de Venecia la más pujante al detentar el monopolio de la sal. El comercio entre Oriente y Europa se iniciaba en Venecia. La estructura básica de las rutas comerciales estuvo en función, no solo del comercio de larga distancia basado en productos de lujo, sino también en la exportación de los excedentes agrarios producidos, en su mayoría, en los grandes dominios y de los productos del artesanado rural, que comenzaba a alejarse de las actividades productivas estrictamente agrarias a medida que se incrementaron los excedentes.

Una de ellas fue establecer una contabilidad escrita de sus posesiones territoriales. Ejemplo de ello fue la Capitular Acerca de los Dominios del año 800, que ordenaba confeccionar inventarios de las tasas e impuestos a percibir por los dominios fiscales y fichas descriptivas de los recursos disponibles. El denario de plata tuvo una doble función: económica, al permitir la expansión a otros mercados, y política, al detentar el soberano carolingio su acuñación en el palacio. Se apuntaba a acabar con la acuñación privada y con ello reforzar la autoridad regia.

Una preocupación de los reyes, a fin de incentivar los intercambios comerciales, fue el mantenimiento de las vías romanas de importancia para el comercio. Los missi dominici tenían entre sus funciones la de vigilar las vías, puentes públicos y albergues. Los intercambios, tanto de mercancías como de personas, fueron una característica de este periodo, siendo de importancia los grandes ríos europeos.

Todas estas transformaciones desarticulaban los sistemas propios de las sociedades romanas y germánicas, produciendo la implantación de nuevas relaciones sociales y económicas específicas del sistema feudal.

Cuestiones culturales

La vida cultural en el siglo IX giró en torno al Imperio carolingio. El proyecto ideado y llevado a la práctica por Carlomagno tuvo una faceta política y otra cultural. La palabra escrita cumplió un papel fundamental en la sociedad carolingia al ser utilizada para el gobierno, la administración, las disposiciones generales y la cultura. La originalidad del proyecto carolingio estuvo dada por la tarea que se abroga: la salvación de toda la comunidad del reino, tanto política como espiritual. Para cumplir esta tarea, los gobernantes franceses se sirvieron de la única institución capaz de protagonizar: la Iglesia y su clero.

El fin era dar al culto y a la plegaria una superioridad absoluta, a costas de las funciones políticas, culturales o evangelizadoras. El sistema monástico fue un instrumento de afirmación y conservación del poder real en tierras conquistadas, sobre todo en Germania. La misión de evangelizar fue un medio de expandir el Imperio. De estas relaciones con el poder regio, la Iglesia se beneficiaba en propiedades y protección junto a otros privilegios.

La dinastía carolingia debía legitimarse no sólo en el plano político, sino también en el social y cultural. Hizo uso de la palabra escrita para crear una cultura franca a partir de reelaboraciones de las herencias y tradiciones romana, cristiana y germánica.

Un segundo ejemplo del uso de la literatura e historia es el poema épico *Valtario (Waltharius)* escrito en latín en el siglo IX, basado en una fuente literaria oral germánica. Carlomagno ordenó recoger por

escrito una serie de poemas épicos germanos que circulaban en forma oral con el fin de conservar estas tradiciones. Esta obra de la literatura latina medieval ha despertado curiosidad en los últimos tiempos por su calidad literaria y por el profundo conocimiento de su autor, pues con maestría reconstruye y entrelaza las tradiciones romana, germana y cristiana, evidenciadas en el manejo de textos clásicos romanos y cristianos.

Uno de los testimonios más importante fue la utilización del código épico de la Eneida de Virgilio como así también de elementos de las obras del español Prudencio, la Psychomachia y el Peristephanon. Un instrumento necesario para la puesta en marcha de este proyecto cultural fue el grupo de intelectuales y eruditos que logró reunir a Carlomagno y Luis el Piadoso, muchos de ellos llegados a la corte desde territorios francos y extranjeros (italianos, españoles y anglosajones).

Estos autores desarrollaron todos los géneros poéticos, desde las epopeyas hasta los epitafios, acrósticos y enigmas. También redactaron tratados políticos sobre el gobierno del Estado y la Iglesia, historias profanas y vidas de santos, siendo importante la labor teológica y filosófica. Estas generaciones de intelectuales guiaron a la dinastía carolingia a repensar sus construcciones políticas, religiosas, intelectuales y artísticas sobre la base de la ley laica y religiosa.

Este arte, de ropaje antiguo, alternó el uso de mármoles de color, piedra blanca tallada y ladrillo largo, adornando suntuosamente el interior de las iglesias con mosaicos de fondo dorado. Las miniaturas de los manuscritos, en las que confluyen influencias bizantinas, irlandesas y clásicas, demuestran unas condiciones artísticas nuevas. El proyecto cultural carolingio no aspiraba a ser novedoso, por el contrario, abogaba por un retorno a la antigua autoridad con Roma como el elemento esencial

El siglo X

Cuestiones políticas

La dinastía carolingia no había hecho más que decaer desde mediados del siglo IX. No contaba con grandes elementos que proporcionarían una cohesión cultural que evitará la fragmentación ante la desaparición de una figura en la que recae una autoridad política, en teoría, centralizada

Las segundas invasiones no hicieron más que agudizar la crisis de legitimidad de los carolingios al demostrar su incapacidad militar en la defensa del territorio. Un caso paradigmático, en el siglo anterior, de la magnitud de dicha crisis fue el reinado de Carlos III “el Gordo” en Francia occidental (884-887). **La imposibilidad de repeler los ataques vikingos provocó su deposición luego de muchos levantamientos de la aristocracia.**

A principios del siglo, Carlos “el Simple” restituye de momento, a la dinastía carolingia. Sin embargo, Carlos no pudo hacer frente a las dinastías feudales de Francia occidental que, tras rebelarse contra su autoridad, lo depusieron y eligieron en 922 al conde Roberto de París, conocido como Roberto I (922-923).

Ese mismo año, electo por la nobleza franca, Raúl I (duque de Borgoña, 923-936) sucedió a Roberto en el trono. Raúl I tuvo que oponerse tanto a las invasiones húngaras como a las provenientes de Normandía, ya que los pactos establecidos entre los normandos y el depuesto Carlos III los vincula sólo con él.

El último de los reyes carolingios, Luis V, llamado “el Holgazán”, murió a los veinte años sin dejar descendencia, solo un año después de ser coronado (986-987). Ante esta situación, y con el apoyo de la Iglesia, fue elegido rey Hugo Capeto (987-996), quien dio inicio a la dinastía de los Capeto. En el comienzo, el nuevo rey intentó mantenerse en el poder con la alianza de la Iglesia y con el correr del tiempo se comenzó a consolidar un modelo de monarquía diferente al carolingio, que sería luego conocido como “Monarquía feudal”.

Siguiendo este esquema, la posición de Hugo Capeto era extremadamente frágil, ya que solo contaba con pequeños territorios, sobre todo en las cercanías de Orleans. Además, se apresuró a asociar a su hijo Roberto como heredero al trono (solo pocos meses después de su propia coronación), con el objetivo de afirmar la legitimidad de la nueva dinastía. Si bien fue afectada por muchos de los procesos de transformación del período, el reino de Francia oriental (Francia Orientalis) no encontró en la decadencia carolingia una crisis política tan profunda. Ya en la primera década del siglo X tenemos al último representante de la dinastía carolingia en territorio germano: Luis IV “el Niño”. Como su apodo lo indica vivió poco tiempo.

Cuando esto ocurrió, Germania se encontraba fraccionada en cinco grandes ducados: Sajonia (al que se había incorporado Turingia) , Baviera, Franconia, Suabia y Lorena. El cargo de rey, a diferencia del de Francia occi-dental, sería electivo en el futuro Sacro Imperio romano germánico, con excepción del período de dominio otónida. Conforme a esta metodología, a la muerte de Conrado, y sin haber podido erradicar las incursiones húngaras, los duques y condes eligieron como rey Enrique I, duque de Sajonia.

Enrique I (919-936, apodado “el Pajarero” por su afición a la cacería de aves), devolvió su prestigio a la monarquía a través de sus reformas en la defensa y sus triunfos en batalla frente a húngaros, daneses y eslavos. Fue elegido, ungido y coronado rey en la catedral de Aquisgrán en 936 por los grandes señores laicos y eclesiásticos, sentándose en el trono de Carlomagno. Contó con el apoyo de obispos y abades, designados entre sus familiares y gente cercana al poder. La forma de sucesión implementada acarreo ciertas desventajas.

Ante este contexto, el éxito en el plano militar era indispensable para la estabilidad política. La victoria en Lechfeld en 955 contra los húngaros fue vital para revertir la imagen de debilidad del rey, además de eliminar la mayor amenaza externa del momento.

El principal cambio institucional de Otón I fue su coronación como emperador a partir de una nueva relación con el papado, fruto de sus campañas militares. Comenzaría así un período de predominio de los emperadores sobre la elección del Pontífice de Roma que duraría todo el siglo y gran parte de la Edad Media.

El hecho de que Otón hubiera sido coronado emperador en Roma, señalaba que el nuevo centro de gravedad de Europa continental dejaba de ser franco-occidental para ser en adelante alemán. **Tras su**

muerte en 973, su hijo Otón II vio de nuevo la estabilidad y unidad del Imperio cuestionada. Invadió Francia occidental y recuperó la región de Lorena, arrebatada por el rey Lotario en 978, pero de nuevo la campaña en Italia resultó infructuosa. Ese fracaso en particular tuvo su efecto sobre la región central. Al conocerse la noticia, numerosos invasores retomaron sus incursiones de saqueo sobre territorio germano, destacándose la de los vikingos daneses.

Otón III, fue en principio aún más endeble que la de sus antecesores. Su padre apenas había podido nombrarlo sucesor unos meses antes de su muerte y su minoría de edad lo hacía más vulnerable a las ambiciones de los nobles alemanes, en especial de Enrique II de Baviera.

La imposibilidad de mantener el control sobre Italia y Alemania hizo que se concentrará en esta última ante el recrudecimiento de las incursiones eslavas, húngaras y danesas. El principal aliado de Otón III fue sin duda, la Iglesia de Roma y el entonces arzobispo de Rabeau, Gerberto de Aurillac. Ya en la última década del siglo X, Otón III intentó una Renovatio Imperii Romanorum con el objetivo de asentar su poder definitivamente sobre Italia, instalando su corte en Roma e imponiendo a Gerberto como papa, bajo el nombre de Silvestre II. Pero la negativa de aceptar un papa germano llevó a la nobleza romana a levantarse contra el emperador, quien tuvo que abandonar la ciudad para luego comenzar una campaña de reconquista que se vería truncada por su muerte en 1002.

Una de las causas más importantes de los conflictos políticos en este siglo, que está comprendido entre los dos intentos de Restauratio Imperii (el de Carlomagno y el de los otónidas), son precisamente las contradicciones que acarreó la herencia romana y la idea de Imperio, frente a la tradición germana que regía en la práctica a la gran mayoría de los reinos y cuya más cercana conexión vigente era la Iglesia de Roma.

No constituía una restauración de la antigua autoridad imperial romana anterior a la Iglesia, sino una nueva, creada mediante la traslación de la autoridad imperial al rey a través del Papa, único heredero de la tradición romana. Esto se denominó Translatio Imperii. Por otro lado, la concepción germana de autoridad consideraba al título de emperador como destinado a un monarca que controlaba un vasto conjunto de reinos. La relación entre Imperio y Pontificado estaba basada en dicha ambigüedad interpretativa, la cual se pondría de manifiesto durante la llamada Querrela de las Investiduras en los siglos XI y XII.

En las divisiones territoriales las decisiones en lo judicial le corresponden al Mallus, un tribunal para asuntos menores que era presidido por el conde. Estos eran elegidos por el emperador, pero poseían una importante autonomía que intentó ser controlada infructuosamente mediante los missi dominici, inspectores en nombre del rey. Lejos de conformar una burocracia, la corte siempre itinerante, conservó más su carácter simbólico, siendo la relación de fidelidad el principal vínculo entre el rey y sus vasallos/súbditos.

Si bien la dinastía carolingia se encontraba en una profunda crisis interna para principios del siglo X, los factores exógenos influyen en gran medida en su caída. Los sucesivos ataques al reino occidental por parte de los daneses desde el norte y de los musulmanes desde el sur, así como el de los húngaros desde el sudeste hacia el reino oriental (Francia Orientalis), acentuaron la desaparición de un poder político que ya era muy endeble.

Incluso proporcionó implícitamente las posibilidades para un importante desarrollo y unificación política, como es el caso de la Heptarquía anglosajona bajo el reinado de Alfredo el Grande (871-899). Desde los inicios de las investigaciones sobre este período, el acercamiento a las regiones periféricas de Europa occidental ha sido siempre dificultoso e incluso, por mucho tiempo, considerado imposible para el historiador debido a la ausencia de fuentes escritas producidas por dichos pueblos.

Características resaltadas por los cronistas cristianos que generaron una imagen, aunque no del todo falsa, capaz de crear una idea distorsionada de todo el proceso y sus protagonistas, quienes serán recordados según estas visiones, a través de los siglos mediante el folklore y la cultura popular.

La denominación de Segundas Invasiones lleva de inmediato la comparación con las **invasiones-migraciones que acosaron al Imperio romano.** Aquellas en efecto, fueron más violentas que las de los germanos que cruzaron los limes romano a fines del siglo IV d. C. Esta diferencia se evidencia en las necesidades de los invasores y en las capacidades de sus víctimas para satisfacerlas.

- En el primer caso, los invasores llegaron presionados por los pueblos de las estepas (hunos) a los territorios del Imperio romano, en el cual penetraron para asentarse con diversos resultados.
- En el segundo caso, algunos de los atacantes no fueron pueblos expulsados y no deseaban, al menos en un primer momento, tierras, por lo que los reyes carolingios no pudieron pactar con ellos, salvo a cambio de sus ya escasas riquezas.

Esto significaba que la única defensa posible era la vía militar, algo que la decadente dinastía carolingia, aún menos que el Imperio romano del siglo IV, podría proporcionar. El Imperio romano había mantenido con los pueblos cercanos al limes relaciones comerciales durante varios siglos antes de los primeros grandes avances germanos, por lo que el conocimiento mutuo era mayor. **El aislamiento de estos pueblos de factores como la expansión de la Iglesia católica —no de la fe cristiana—, de las instituciones o la cultura romana que había impregnado a los germanos del continente europeo, los convirtió, más aún en el caso escandinavo, en un reducto de conservación de culturas predominantemente paganas.**

Debido a que las invasiones a Hispania datan de principios del siglo VIII, para el siglo X debería considerarse a esta región como un territorio establecido bajo un dominio y no como tierras invadidas.

La invasión musulmana fue cronológicamente la primera dentro de las Segundas Invasiones. Desde mediados del siglo VIII la gran extensión y la crisis dinástica del Califato así hizo dificultoso el control sobre el Emirato de Córdoba. Gracias a esta situación pudo, en 929, tomar el título de califa y proclamar los territorios de Al-Andalús como un califato independiente de la autoridad central, formando el Califato omeya de Córdoba. Esto implicó que el destino de dichos recursos fuera el sustento de un creciente ejército, primero en Al-Andalús y luego en sus luchas contra los reinos cristianos del norte y la amenaza fatídica del norte de África.

Tanto en Al-Andalús como en los reinos cristianos del norte (Navarra, León, Asturias, Galicia, Castilla) la presión fiscal sobre los campesinos por parte de señores locales impulsó a aquellos a buscar la protección de otros señores. Las expediciones musulmanas a estos reinos cristianos fueron constantes hasta la derrota

musulmana en Simancas, **en 939. A partir de entonces, la influencia de Córdoba sobre los reinos cristianos del norte se trasladó del ámbito militar al estrictamente político.**

Luego de la muerte de Abd al-Rahman III en 961, sus sucesores no pudieron continuar con el control de Al-Andalús, y esa situación se presentó como una oportunidad para los posibles usurpadores. Si bien su hijo Alhakén II (961-976) mantuvo al califato en su apogeo, era de una edad algo avanzada cuando murió su padre, y solo llegó a gobernar por quince años. Su hijo, Hishám II, cuando aún era menor de edad, se convirtió en un gobernante nominal, confinado al interior del palacio mientras el poder real recae en el háyid Muhammad ibn Abi' Amir, quien luego de derrotar a sus enemigos en la corte del califa, inició su gobierno con el nombre de Almanzor ("el Victorioso"). Desde que se convirtió en háyid en 978 realizó numerosas irrupciones en León, Pamplona y Barcelona. Lo cierto es que la sumisión de los reinos católicos al Califato de Al-Andalús era sólo nominal. Los enfrentamientos continuaron hasta los últimos días de Almanzor, con batallas que demostraron la creciente debilidad musulmana frente a las alianzas entre reinos cristianos.

Luego de la batalla de Poitiers (732), no hubo grandes intentos de avance a través de los Pirineos por parte de los musulmanes, algo que se afirmó con los éxitos de Carlomagno en la península ibérica. **A comienzos del siglo X**, la base musulmana de Fraxinetum, cerca de la actual ciudad francesa de Saint-Tropez, fundada a fines del siglo anterior, permitió la expansión de los asaltos sarracenos hacia el sur de Francia y todo el norte de Italia. Sicilia, que se encontraba bajo control musulmán desde el siglo IX, pasó a manos de la dinastía Fatimí y se constituyó como Emirato con la designación de Hassan Al-Kálbi. Desde allí se lanzaron ataques sobre las posesiones bizantinas en Calabria, derrotando a las fuerzas de Otón II en la batalla de Stilo en 982.

Este grupo, conformado en torno a otro principal con un líder, había sido desplazado hacia el oeste por los búlgaros, y ocuparon un territorio similar al del actual Estado húngaro. Fue la acción de los emperadores del Sacro Imperio romano germánico, principalmente la de Otón I, la que detuvo las periódicas incursiones. Otras cuestiones que favorecieron esta merma fueron la sedentarización y la adopción de la ganadería, la que facilitó un aumento demográfico y la posibilidad de realizar misiones cristianas.

A pesar del corto periodo que ocuparon, los raids húngaros alcanzaron toda Europa, desde el Bósforo hasta Cataluña, y desde Normandía y Hamburgo hasta Calabria. La contraofensiva alemana no fue más que uno de los factores que condujeron a la formación de un reino húngaro. Si bien la conversión de Vaik en 996 es un hecho resaltado en la historia de los orígenes húngaros, no es más que la culminación de un proceso de adaptación y occidentalización de la cultura magiar.

En cuanto a los vikingos su situación sería consecuencia de la "Gran Invasión" vikinga del siglo anterior: encontraremos a los noruegos ocupando las islas del norte del archipiélago británico, y comenzado el poblamiento de Islandia. Este término da la idea de una solidez política que nunca existió en realidad. El más importante de todos, el reino de York ya se encontraba en decadencia desde fines del siglo IX, provocada por disputas internas y los constantes ataques de los ingleses que desencadenaron su caída hacia 954.

El avance sueco en el siglo X es mucho más difícil de establecer, dada la escasez de fuentes de ambas partes. Se sabe que para el siglo X ya había guerreros al servicio del basileus de Constantinopla, llamados “guardia varega” y que se habían establecido en pequeñas aldeas, de las cuales algunas de ellas cobran gran importancia durante este siglo, como Kiev o Holmgård (actual Nóvgorod).

Hacia el año 930, las incursiones que habían azotado Europa disminuyeron al punto de que se considera el comienzo de un interregno o interludio, que se mantendrá hasta el 980. La cristianización será un proceso que avanzará en este siglo. Pero se debe recordar que, si bien existía una adopción formal del cristianismo en Dinamarca en el 960, en Noruega sólo se llegaría a una aceptación oficial en torno al año 1000 (al igual que en Islandia) lo cual no solo es tardío con respecto al inter-regno, sino que no representó un cambio inmediato en la actitud de los escandinavos frente al recurso del saqueo.

Existían también razones políticas al interior de Escandinavia, principalmente en Noruega, que permiten establecer una relación con las invasiones. El reinado de Harald I “Hárfagri” significó la primera experiencia de unificación política de Noruega, en la cual, si bien se pueden considerar relativos los alcances de dicha centralización, fue suficiente para que muchos opositores políticos partieran hacia el exilio. Al entrar en contacto con el mundo carolingio y musulmán, la acuñación de moneda desplazó al trueque, haciendo declinar a los centros de Dorestad, Birka y Hedeby entre otros, lo que retornaría a Escandinavia a una posición más relegada económicamente.

Bizancio, a lo largo del siglo X, tuvo un momento de esplendor. A comienzos de siglo el emperador León VI asoció al trono a su hijo pequeño Constantino, pero a la muerte del emperador un oficial, Romano I, se adueñó del poder, así que recién a la muerte de este, Constantino Porfirogéneta (912-959) el hijo de León controló el poder. Durante su reinado su poder alcanzó gran vigor. **La vida del emperador, oculto e inaccesible, estaba regulada por ritos cercanos a la adoración.**

El imperio estaba enriquecido, tenía una poderosa flota y un gran ejército lo que le permitió contener a los nuevos invasores procedentes de Asia, los pechenegos y búlgaros, reconquistar algunas regiones de Italia y Oriente, que habían caído en poder árabe, y controlar la zona de los Balcanes. **En 961 conquistaron Creta, importante centro estratégico, lo que permitió la preponderancia cristiana en el Medite-rráneo invirtiendo la relación de fuerzas. La Iglesia bizantina se negó a la idea de guerra santa o cruzada e intentó llegar a ellos mediante una reforma doctrinal.** El control de Grecia fue muy importante pues no fue sólo militar, sino también religioso. Se evangelizó a los eslavos y a las tribus que seguían fieles al paganismo helénico. Fueron muchas las misiones, se construyeron grandes monasterios que tuvieron una intensa vida espiritual e intelectual.

El imperio musulmán, a diferencia y en estrecha relación con el Bizantino, fue debilitándose. En Oriente habían surgido principados independientes con nuevas dinastías como las iraníes en la cercanía del mar Caspio o la de los Samánidas que reunió bajo su poder extensas regiones que iban desde el mar Aral al Océano Índico y el golfo Pérsico. Durante el siglo la autoridad califal había ido debilitándose, primero por la nobleza persa y luego por los militares turcos. Hacia el año 1000 los jefes turcos invadieron violentamente Irak y tomaron Bagdad.

Cuestiones sociales

El Imperio carolingio fue hasta el siglo X la estructura de poder más grande de Europa occidental. A la muerte del hijo de Carlomagno el Imperio se dividió en tres partes, iniciando una espiral de fragmentación y privatización del poder público, que tendría importantes consecuencias en la historia occidental. Se trataba de principados, ducados y castellanías en las que el poder se traspasaba de unas a otras. Los ducados por lo general se dividieron en castellanías a lo largo del siglo X y en los albores del XI, sustrayéndose de la autoridad de los condes, los que, a su vez, actuaban de forma totalmente autónoma, llegando incluso a conceder ellos mismos porciones de tierra a sus vasallos en concepto de feudos.

La palabra latina febus designaba a la tenencia de tierra de tipo vasallática. Era una costumbre que se sustentaba desde el Bajo Imperio romano y consistía en prohibir la entrada del rey, con fines fiscales, al espacio sobre el que se ejercía la inmunidad. Un ejemplo es el famoso servicio de guerra que se cobraba a los campesinos por el resguardo de su seguridad y que se podía reemplazar por renta en dinero. Con el tiempo, la concesión de inmunidad alcanzará grandes porciones de territorio hasta llegar a importar distritos completos.

La jurisdiccional y la territorial. La primera podía ser detentada por un noble de alto rango, que por ella tenía la atribución del cobro de derechos sobre una franja de tierras mucho mayor de las que poseía en explotación directa y podía extender este derecho sobre otras propiedades de otros nobles. En cambio, el segundo tipo se parecía más a nuestra noción de propiedad: se identificaba con un marco territorial concreto e implicaba el derecho de cobro de la renta a los campesinos que habitaban en esa porción del territorio.

Los carolingios distinguían entre Alta y Baja justicia, lo que constituyó un legado importante para los siglos que siguieron al Imperio en lo tocante a la vertebración de lógicas de dominación feudal. La primera juzgaba crímenes mayores como homicidios y violaciones y era ejercida en los tribunales reales, en tanto que la segunda se encargaba de delitos menores como hurtos y se condenaba en los tribunales locales.

El ejercicio de la Alta justicia no solo representaba un atributo económico, sino que era de una importancia política fundamental: ahora era prácticamente inexistente la posibilidad del rey de someter a su voluntad la acción de los señores más importantes de cada uno de los frágiles reinos o principados medievales. Una de las consecuencias más evidentes de la fragmentación del poder político se puso de manifiesto al interior del estamento nobiliario: se desataron, de forma progresiva y creciente, guerras facciosas que responden a la necesidad de congraciarse con los reyes para obtener prebendas.

Por lo común se invoca esta situación de violencia extrema a fines del siglo X y durante todo el siglo XI, para explicar la aparición de la estructura política y socio productiva más característica del feudalismo: el señorío banal. La palabra banum tiene un origen germánico y se vinculaba a la capacidad de juzgar, castigar y mandar que detentaban los líderes germanos y que ejercían sobre hombres libres. El reflejo de este fenómeno a nivel del campesinado fue la nivelación de su condición jurídica, ya que todos ellos iban a estar sometidos a la justicia señorial. Así, el derecho de ejercer el ban era lo que convertía, en la práctica, en noble a un aristócrata.

Las características más notorias de los linajes es que fueron por definición jerárquicos, verticales y rígidos, por lo que la herencia se transmitía de varón a varón exclusivamente y, por ende, se condiciona así el perfil agnaticio del mismo. Si bien antes existían grupos de familias, la lógica del linaje liderado por el varón mayor y de mayor peso político, se relaciona íntimamente con la privatización del poder político y con la posibilidad de considerar como “familia” a vasallos del noble mayor, asociados a él por pactos feudo-vasallaje áticos o por alianzas matrimoniales.

El mayorazgo, ya definido jurídicamente en Francia en torno al siglo XI, posibilitará que el total de la herencia quedará en manos del hijo varón de más edad. Generalmente, las mujeres casadas pasaban a formar parte del linaje del marido ya que eran cedidas a este, a diferencia del mundo árabe en donde nunca entraban en el linaje del marido y seguían perteneciendo a su familia de origen. Este tipo de estrategias familiares es conocido como alianzas asimétricas. **Es por esto que podemos señalar que las estructuras de parentesco estaban vinculadas y/o asociadas íntimamente a las estructuras vasalláticas. Hacia el siglo XII algunos de ellos lograron obtener señoríos y banalidades con los que se terminó por configurar una imagen de lo que en Occidente se iba a conocer como “la caballería”.**

Cuestiones económicas

Hasta el siglo X, la estructura socio-productiva clásica del mundo carolingio era el “gran dominio”, sobre el que se asentaron gradualmente estructuras feudales. Se trataba de una importante porción de tierra dividida en dos: una parte se mantenía en explotación directa por parte del aristócrata que el Occidente europeo de la Alta Edad Media hasta fines del siglo VII, estuvo signado por un marcado período de contracción que en las fuentes arqueológicas se vislumbra a través de objetos cerámicos de dudosa sofisticación.

El crecimiento material que se inició en el siglo VIII correspondió con el primer intento de centralización política eficaz desde la caída del Imperio romano, importado por el Imperio carolingio y convertido en un foco de avanzada cultural y política sobre el resto del territorio europeo. Lo que es remarcable de esta estructura centralizada es el establecimiento de juramentos y pactos basálticos que se daban entre dos aristócratas: se trataba de relaciones basadas en el don y contradon, en las que un señor de importancia nobiliar superior concedía a uno de rango inferior “auxilium”, ayuda militar, en tanto que este ahora “vasallo” de su señor, atribuía “concilium”, consejo, cuando le era requerido

El señor se aseguraba la posibilidad de cobro de múltiples derechos, como los vinculados al alojamiento y la hospitalidad —que impli-caban la obligación campesina de alimentar y hospedar al señor feudal y a toda su comitiva el tiempo que permaneciera en la aldea—, o los que derivan del monopolio de los medios de producción como el cobro por el uso de los molinos, hornos o caminos señoriales.

La residencia del señor, al tiempo que una atribución que el rey hacía a un noble, se ubicaba en el centro del espacio si era plano, o en el lugar más alto si el terreno era escarpado y funcionaba como eje desde el cual se dirigían las grandes roturaciones de tierras que marcaron el siglo X. Aunque en la realidad existieron diferentes tipos de señoríos, podemos caracterizarlos grosso modo como el distrito sobre el que un señor investido de derechos políticos los ejercía sobre hombres libres y no libres aún en el siglo X.

Georges Duby demostró el predominio de propiedad libre, denominada propiedad alodial, en las zonas de la periferia carolingia hasta bien entrado el siglo X. Trabajó específicamente sobre una región francesa

conocida como el Mâconnais en la que no encontró evidencia ni restos materiales de grandes dominios, pero sí propiedad alodial que convive con amplias franjas de trabajo de esclavos domésticos. Era tan fuerte la evidencia de las estructuras feudales en el Occidente europeo en el siglo XI, que obligó a los historiadores a explicar qué era lo que había pasado en los alrededores de siglo X que había dado lugar al surgimiento del feudalismo, ya que la evidencia del cambio de estructuras era inconfundible en el siglo siguiente. Así, se desató el debate sobre si la “revolución política” del año mil (que se dio al interior del estamento nobiliario) fue una de las respuestas posibles, o si por el contrario, la respuesta había que buscarla en el aumento de las fuerzas productivas que se desplegó al compás del crecimiento económico, que facilitará nuevas formas de coacción sobre los productores directos y con ello la aparición de las relaciones socio-productivas que caracterizan al feudalismo.

Uno de los cambios más evidentes en el paisaje social que se plasmó en el siglo XI fue la consolidación política de linajes aristocráticos. En el feudalismo el trabajo que sostenía toda la estructura social era llevado a cabo por los campesinos que entregaban el excedente de su producción a un señor feudal, noble por definición. La estructura de esta renta anual es la que para el marxismo inglés da derecho de identidad al feudalismo, en tanto que, para las escuelas institucionalistas, la explicación de base se asienta en la existencia de la pirámide feudal-vasa-vasallática.

Cuestiones culturales

Durante el reinado de los Otones se produce el llamado “Renacimiento ottoniano”. Otón I promueve la cultura en su corte y en las sedes episcopales y monasterios a través de abades y obispos nombrados por él. Liutprando de Cremona escribe Historia Ottonis donde compara al emperador con Moisés en tanto salvadores de su pueblo; Routgerio quien en Vida de Bruno escribe la vida del arzobispo de Colonia y hermano de Otón y Hroswith, monja de Gandersheim, quien realiza un panegírico sobre Otón I

La cultura era patrimonio exclusivo del clero. En cuanto al arte, también continúa la trayectoria iniciada por los carolingios con marcada grandiosidad, la expresión plástica más elevada corresponde a los marfiles, especialmente a los utilizados en la cubierta de los códices y en los manuscritos iluminados, en su mayoría de carácter litúrgico: antifonarios, evangeliarios o sacramentarios.

El patrimonio de orfebrería y miniaturas es enorme y corresponde mayoritariamente al mecenazgo de los emperadores y a los fundadores de nuevas sedes episcopales que se transforman en centros de producción artística. Son característicos de esta época Los Beatos, denominación que se da a distintos códices manuscritos copias de Comentarios al Apocalipsis hecho por el Beato de Liébana en el siglo VIII. Del siglo X se conservan los Beatos de Tábara, Gerona, Escalada y parte del Beato de Zamora.

A comienzos del siglo X se aprecian signos de regeneración monástica. La investidura laica era un problema muy serio para la espiritualidad de la época. La nueva fundación se desligaba de cualquier poder laico y buscaba la vuelta a la regla de san Benito, marcada por la castidad, obediencia, humildad y pobreza. Se remarcaba la importancia del silencio y el cumplimiento solemne de las horas canónicas en detrimento del trabajo manual que se encomendaba a colonos y siervos. Los monjes también participaban de obras sociales como ayuda a pobres, huérfanos, creación de escuelas y mantenimiento de parroquias rurales, pero el mayor aporte cuyo éxito sentó las bases de una nueva unidad para el mundo cristiano será

el conformar una “orden” en el sentido de agrupación de monasterios, superando el aislamiento característico hasta el momento.

A partir de la segunda mitad del siglo, Cluny desempeñó un papel fundamental en el movimiento de renovación espiritual, estrechamente vinculado con el papado. **En Bizancio el monacato adquiere una importancia fundamental.** La pacificación religiosa, luego del largo período de querrela por las imágenes, llevó a la Iglesia de Oriente a mostrarse victoriosa y aferrada a sus tradiciones y ritos. Mantuvo su originalidad con respecto a la de Occidente y se mantuvo estrechamente ligada al poder imperial. Los monasterios se multiplicaron, sobre todo en Grecia y en las islas, no pagaban impuestos, ni estaban sometidos a ninguna jurisdicción episcopal y tenían grandes bienes tanto en tierras como en metálico

Siglo XI Plena Edad Media

Cuestiones políticas

En este siglo, las instituciones feudo-vasalláticas ya estaban constituidas: las ceremonias, los derechos y deberes de las partes establecidos por contrato personal sinalagmático. Al aspecto **político-institucional** se le sumó el **aspecto económico de las relaciones feudo-vasalláticas**, que pronto pasó a primer plano: el vasallo necesitaba de unos bienes que el señor concede a cambio de servicios que debía prestar. El término beneficio, que implicaba la idea de una recompensa, desaparece ante el término feudo, que deviene en la condición y la razón de ser de la vinculación personal. El feudo se convirtió en un bien privado que se concede a cambio de servicios. En una sociedad casi exclusivamente rural, el bien conseguido como feudo era generalmente una tierra de mayor o menor extensión, según la calidad del dependiente. Podría tratarse también de unos derechos de mando, una advocare eclesiástica, rentas y bienes eclesiásticos usurpados por los laicos, justicias, peajes, diezmos, funciones de todo tipo y hasta unos feudos de bolsa, de aparición tardía, que permitieron que los caballeros pobres y sin tierras se enrolaron para una campaña y se les asigna una renta que provenía del tesoro señorial. El otorgante, calificado como señor, era generalmente un aristócrata de alto nivel mientras el beneficiario o vasallo era un auxiliar de rango nobiliario; los servicios debidos eran fundamentalmente de orden militar, se trataba de servicios jerarquizados en una sociedad dedicada a la guerra.

El ban señorial fue el instrumento por el cual los primeros excedentes fueron confiscados por el sector dominante. Los monopolios señoriales que estaban unidos al aprovisionamiento económico del señorío obligaban a sus dependientes a moler el grano en el molino señorial, cocer el pan en el horno banal, comprar el vino producido por el señor, o a rescatar estas obligaciones mediante el pago de un derecho especial. El señor banal se acostumbró a realizar una exacción regular sobre los recursos de los hombres a él sometidos. Esta percepción recibió nombres diferentes según la región: en provenzal o del Languedoc se denominó total (de tollere, arrebatar); en catalán, forcia; en las regiones septentrional y central de Francia, talla.

Mientras que los domésticos poseían una situación próxima a la esclavitud en algunos señoríos se produjeron manumisiones colectivas y paralelamente se generaron huidas, emigración o instalaciones de aldeas o ciudades nuevas, en tierras de roturación y de colonización. El fortalecimiento de la monarquía fue un proceso de desarrollo político de las instituciones feudales que tuvo el apoyo y el

favor de la Iglesia: los clérigos apuntalaron a la monarquía atribuyendo al rey una función religiosa, concediendo por la consagración una misión sacerdotal. La administración real necesitó de una especialización paulatina de sus funcionarios, aunque para el siglo XI todavía estaba compuesta por algunos barones fieles a su corte, vasallos directos y clérigos, contó también con representantes de la baja nobleza e incluso plebeyos que adquirieron preponderancia por la función que desempeñan. En el plano local los servidores del príncipe también extendieron sus funciones: velar por el orden, cobrar las tasas y reclutar las tropas (por ejemplo, el sheriff en Inglaterra), pero la tendencia fue tolerar el predominio comunal en el ejercicio del gobierno y la concesión de cartas de franquicias que convirtieron a algunos burgos en organismos autónomos.



Ritual de Vallamiento.

Las pretensiones de universalidad del Imperio romano otoniano se vieron frustradas a principios del siglo XI. Otón II (973-983) quiso concluir la construcción del Imperio poniendo fin a la conquista de Italia, pero sufrió una severa derrota ante los sarracenos en cabo Colonna y, luego murió víctima de la malaria. Otón III (983-1002), que solo tenía tres años al morir su padre, pudo recibir un Imperio intacto gracias a la acción gubernativa de su madre y su abuela, estableciendo a Roma como sede conjunta del papa y del emperador. Elevó a la silla papal a Gerberto de Aurillac que adoptó el nombre de Silvestre II. El programa de gobierno parecía muy promisorio, dirigido a la construcción de un Imperio que fuera una sociedad de reyes, pero cuando murió en 1002, seguido por el papa en 1003, renacieron las intrigas y su proyecto se desvaneció.

Con el nombramiento de Conrado II se inicia el período de emperadores salios, pertenecientes a la casa de Franconia. Los triunfos del rey en Sajonia lo impulsaron a practicar los mismos métodos represivos en Milán, y esta actitud llevó finalmente a la confrontación con el papa Gregorio VII y la subsiguiente Querrela de las Investiduras. Ante las dificultades del emperador, sus opositores internos ensayaron varias alternativas para la elección de un nuevo mandatario con el apoyo del Papa. **El conflicto entre Papado e Imperio tuvo consecuencias a largo plazo: en primer término, el triunfo del principio de elección, que luego se impondría en el siglo XIII, y por otro lado, el debilitamiento del dominio del emperador sobre la Iglesia y el aumento progresivo de la preeminencia de los príncipes alemanes.**

Los espacios de la unidad política, social y administrativa que hoy identificamos como **Francia** y **Alemania** eran las dos divisiones fundamentales del Imperio carolingio. Diferencias: el desarrollo de las instituciones típicamente feudales (el vínculo personal unido a la posesión de la tierra y el servicio militar)

se dio de manera más rápida en Francia que en Alemania. La monarquía alemana no experimentó las repercusiones de la feudalización hasta finales del siglo XI, y más acentuadamente en el siglo XII gobernaba en gran medida a través de la Iglesia; en cambio los reyes Capeto pudieron copiar este esquema de poder en forma limitada, ya que el influjo de la Iglesia no era sólido fuera de los dominios reales. **Tras una larga disputa entre carolingios y robertinos, la elección de Hugo Capeto en 987 fue el inicio de una monarquía que debería competir con una multiplicidad de principados**, que por el rápido proceso de feudalización acapararon las funciones del estado como la acuñación de la moneda, la posesión de una fuerza militar propia y la percepción de regalías, así como el nombramientos de las dignidades eclesiásticas.

Los primeros Capeto —Hugo (987-996) y Roberto el Piadoso (996-1031)— consolidaron sus dominios territoriales y asociaron al trono a sus hijos para asegurarse la sucesión y la continuidad de la dinastía en una constante alianza con los obispos de Francia. El descendiente de Roberto, *Enrique I* (1031-1060), enfrentó a sus vasallos en un juego peligroso de alianzas sucesivas con los diferentes duques. El reinado de su sucesor *Felipe I* (1060-1108) fue largo y problemático, aunque logró aumentar su hegemonía territorial, consolidando el poder monárquico a través de sus oficiales palatinos, que sustrajeron algunos privilegios a los señores territoriales. La ininterrumpida sucesión masculina junto con la asociación de los hijos al trono garantiza la perduración de la dinastía.



Mapa 15. Francia en el siglo XI.

Las dificultades en el gobierno del reino inglés se observan en la monarquía de Edgar, que con su muerte, ocurrida tempranamente a los 32 años, empeoró la situación, dejando dos hijos, Eduardo y Etelredo II. Paralelamente hacia fines del siglo X los daneses hicieron incursiones regulares sobre Inglaterra: en 994 estaban dirigidos por Swein y Olaf Tryggvason, los dos vikingos más famosos de su época.

Otra línea de expansión normanda partió en busca de aventuras y de tierras hacia Italia del sur. Llamados por un lombardo sublevado contra la autoridad bizantina. Raulfo se hizo reconocer como señor del condado de Aversa y más tarde, los hijos de Tancredo de Hauteville se harán con unos principados en menoscabo de Bizancio. Roberto Guiscardo, fue reconocido como duque de Apulia y Calabria por el papa Nicolás II en el año 1059. Consiguieron expulsar a los bizantinos de Italia del sur (ocupación de Bari en 1071) y luchó contra ellos también en otra costa del Adriático. Sus sucesores expulsarán a los musulmanes de Sicilia entre 1060 y 1091 y en 1127 Roger II logrará reunir bajo su dominio a toda Italia

meridional y a Sicilia y será reconocido como rey, primero por el antipapa Anaclero II en 1130 y más tarde por el papa Inocencio II en 1139.

En la península ibérica, luego de la conquista musulmana, sobrevivieron algunos pequeños reinos cristianos en las regiones montañosas del norte: León, Navarra y el condado de Barcelona, continuamente amenazado por incursiones sarracenas. A pesar de esta debilidad, estos pequeños reinos, en nombre de la fe religiosa y de las tradiciones romanas y visigóticas, iniciaron de un modo disperso la Reconquista, marcada a veces por reveses y estancamientos, pero también por algunos afortunados éxitos.

En la época comprendida entre los siglos XI al XIII se inició la segunda fase de la Reconquista. Geográficamente se desarrolló en la región de Castilla la Nueva con la conquista definitiva del valle del Tajo y la ciudad de Toledo, una de las más importantes de la España musulmana. Esta segunda fase estuvo caracterizada por una estructura social diferente, en la que el campesinado libre fue relegado a una posición más modesta.

Juntamente con los caballeros franceses, a veces mal aceptados, y con los monjes cluniacenses, muy activos en las rutas de Compostela, los castellanos y navarros organizaron la “cruzada” contra los sarracenos. Aprovechando el desmembramiento del Califato de Córdoba (en 1002 había muerto Al-manzor), comenzaron las luchas internas; los califas se sucedieron sin ejercer verdaderamente el mando y la aristocracia perdió poder. El califato se había transformado en un mosaico de pequeños reinos llamados taifas y los cristianos intentaron vías de penetración a través de grandes cabalgatas hasta el centro de la península.

La querrela entre el Papado y el Imperio germánico, que describiremos en el próximo ítem, tendrá consecuencias profundas en el diseño territorial y cultural de Italia en el siglo XI. A mediados del año 1000 tres poderes gobernaban Italia: al norte, los emperadores alemanes en calidad de reyes; en el centro, el Patrimonio de San Pedro, en donde desde el siglo VIII los papas ejercían el poder espiritual y temporal; al sur y al nordeste (Venecia) los restos de la Italia bizantina, conquistada en el siglo VI por Justiniano, pero luego diezmada poco a poco por los lombardos, los árabes y los normandos. El siglo XI fue un espacio temporal de reformas y produjo un salto cualitativo en cuanto a la liberación de la Iglesia de las manipulaciones y abusos, una búsqueda de una nueva relación entre el poder temporal y el espiritual. El núcleo del programa fue la exigencia de designar obispos y abades por elección de acuerdo con lo que prescribía la ley canónica, e involucra en su concepto la necesidad de evadirse de toda forma de incursión del poder secular en las funciones y en el patrimonio eclesiástico.

Los papas pronto advirtieron que la actitud de los emperadores alemanes, al arrogarse el derecho de la investidura de los obispos, perjudicaba los intereses de la Iglesia. La posición pontificia estaba en todo de acuerdo con la tradición iniciada por León el Grande y Gelasio I en el siglo V: **toda autoridad viene de Dios, la autoridad temporal entregada a los príncipes, reyes y emperadores laicos es ejercida sobre los cuerpos de los hombres, su cometido es proteger y alimentar sus vidas terrenas, su bienestar temporal; la autoridad espiritual está atendida por los obispos y el clero en general, cuya misión es mirar por el bienestar espiritual del hombre.**

Los teóricos que apoyan al poder temporal basaron sus teorías en diversas fuentes de inspiración. Para algunos la unidad del mundo romano, de la cristiandad, se centraba en el emperador, el sucesor de los césares (Benzo de Alba); para otros, la monarquía poseía una naturaleza sagrada, el rito de ungir y coronar simbolizaba el regalo divino del poder monárquico que colocaba a los reyes por encima de los sacerdotes como vicarios de Cristo (Anónimo de York o Anónimo normando); un tercer concepto proponía la autonomía de los poderes, los dos eran iguales y separados, idea que se impondría finalmente.

La Primera cruzada fue una cruzada caballeresca a cuya cabeza estuvieron los más destacados miembros de la nobleza europea. Los contingentes confluyeron en Asia Menor en 1097 y lograron notables éxitos militares que permitieron la creación de cuatro Estados: el reino de Jerusalén (conquistada en 1099), el principado de Antioquía y los condados de Edesa y Trípoli. Si bien los logros militares y políticos fueron efímeros se pueden enumerar una serie de consecuencias que nacieron de este primer movimiento cruzado del siglo XI y que se plasmarán a lo largo de este dilatado proceso: la instauración de los Estados de Oriente con una implantación del modelo feudal fuera de Europa, una apertura hacia la religiosidad y la percepción del Oriente que otorgaba la convivencia con otras culturas, la renovación comercial y la creación o ampliación de los intereses económicos, la instauración de nuevas organizaciones, religiosas y seculares, para solucionar los diferentes problemas surgidos por el traslado de efectivos y población civil a otros escenarios geográficos y culturales, los avances tecnológicos relacionados con el traslado y aprovisionamiento, las técnicas de asedio, las armas y la organización de los itinerarios.

En el Imperio bizantino dos cuestiones, ambas relacionadas con Occidente, marcarían el siglo XI: la separación definitiva de la Iglesia oriental y occidental y la Primera cruzada. Los conflictos entre la Iglesia romana y la de Constantinopla habían tenido una serie de desencuentros en los que el poder político había jugado un papel preponderante. En el siglo IX, como se ha visto, el hecho de que el emperador Basilio I necesitara de la alianza occidental determinó la aceptación del sometimiento a la autoridad religiosa romana, pero en el siglo XI, por el contrario, el emperador Basilio II se mostraba como un adversario de los emperadores otónidas y de los papas sometidos a su influencia; por lo tanto, apoyó a la nobleza romana que buscaba mantener la supremacía en la elección papal y buscó separar a las dos Iglesias.

En 1043, el patriarca Miguel Cerulario lanzó una campaña propagandística en contra de la supremacía del pontífice romano. El papa a través de su legado excomulgó al patriarca y este hecho generó la indignación general y revueltas populares lo que llevó a que se reuniera un sínodo en el que se excomulgó a los latinos y consolidó la **ruptura definitiva de la Iglesia (1054).**

La muerte de Basilio II marcó una época de conflictos internos y de peligros externos que prepararía la llegada de los cruzados hacia fines de siglo. Las prácticas de entregar el control de territorios a grandes familias o líderes militares debilitan la riqueza imperial en impuestos y en hombres. La fidelidad de los mercenarios era dudosa y llegaron a intentar controlar el poder imperial. **El debilitamiento interno favoreció el ataque de otros pueblos en todos los frentes:** de los rusos por el norte, de los pechenegos, pueblo nómada proveniente de Asia central que se instalaron a orillas del Mar Negro; en Occidente, como se ha visto, de los normandos que se apoderaron de las plazas del sur de Italia y de Sicilia; de los turcos, que derrotaron a las fuerzas imperiales y controlaron el este y centro de Anatolia.

En cuanto al Imperio musulmán, hacía tiempo que los califas de Bagdad como los emperadores bizantinos reclutaban tropas entre las tribus turcas de Asia Central. A comienzos del siglo XI estas tribus formaron una confederación llamada Selyúcida. Esta renovación dentro del Imperio presentó un doble aspecto: desde el punto de vista político, el califa de Bagdad, quien conservó su autoridad religiosa, pasó a depender del jefe turco llamado sultán y confirmaba la separación entre el poder político y religioso; desde el punto de vista religioso, los sultanes Selyúcidas dirigieron la lucha con-tra los cristianos y buscaron la reconquista de los valores espirituales dentro del mundo musulmán, esto último mediante colegios religiosos diseminados por el imperio que fueron lugares de ortodoxia de los cuales salieron misioneros que llevaron la fe a todo el mundo musulmán, sobre todo de lucha contra el chiísmo.

Cuestiones sociales

Las contribuciones o censos de los campesinos aumentaron con el señorío banal en detrimento de las prestaciones personales (corveas). Por la necesidad de hacer frente a las obligaciones ante el resurgimiento de la economía monetaria, el señor buscaba otras formas de explotar al campesino e introdujo las “banalidades”. Las corveas de determinadas tareas o acarreo fueron atenuadas o suprimidas mientras que aumentaban los censos, los derechos de costumbre o aquellas prestaciones vinculadas con el feudalismo.

Se necesitó mano de obra especializada para la atención de las propiedades y de los cultivos destinados a la industrialización o al apacentamiento de la ganadería, por lo que creció el número de asalariados en la reserva señorial, aunque no se puede generalizar el concepto de mano de obra asalariada. **Por otra parte, la situación de los domésticos era próxima a la esclavitud;** la necesidad de liberarse de yugos tan pesados impulsó a los campesinos a la emigración o instalación en aldeas o ciudades nuevas, en tierras de roturación y de colonización.

En los medios aristocráticos se consolidó una forma específica de parentesco o familia amplia, el linaje, a medida que se incorporan al régimen institucional y a las prácticas de dominio social propias del feudalismo y se transformaban en nobleza de sangre, interesada en transmitir, por vía hereditaria y sin fraccionamiento, poder y riqueza. El linaje noble era patrilineal y agnaticio: al amparo del cabeza del linaje o pariente poderoso se acogían familiares, a menudo cónyuges con sus propios hijos, criados, servidores domésticos de diverso tipo y clientela militar. **El linaje actuaba como solidaridad y forma de cohesión de cara al exterior: en la guerra y la violencia, en la defensa del honor de sus miembros, en especial las mujeres, en el mantenimiento de la propiedad común, y en la educación de sus componentes dentro de unas pautas específicas, las caballerescas, que creaban un sentimiento de identidad en el conjunto social.**

En general se concentraba la herencia a favor del primogénito, lo que acarrea no pocas dificultades y tensiones. Las mujeres eran compensadas previa y parcialmente a través de la dote al momento de casarse o de entrar en el monasterio. Los segundones eran destinados a la vida religiosa o casados en forma endogámica para evitar el derramamiento de la riqueza. **Las familias medievales forjaron relaciones a través de las líneas de conflicto para establecer vínculos transversales que atravesaran los problemas actuales o potenciales. Fue preciso “construir puentes” para tender lazos de confianza entre los círculos de poderosos, desarrollar proyectos conjuntos y promover el diálogo.** La función

primordial que ejercían los cabezas de familia era el de proveedores, que posibilitan que sus dependientes satisficieran sus necesidades básicas.

La acepción frecuente de “crianza” es educación, ya que esta actividad no requiere solo de alimento y cuidados primarios, sino también de un proceso de enseñanza-aprendizaje que dará al criado la posibilidad de un oficio y posición en la edad adulta. La primera infancia del noble se desarrollaba generalmente en la casa paterna, donde las nodrizas se ocupaban de amamantar al infante, al menos en la alta y mediana nobleza. En algunas familias el niño permanecía junto a sus padres hasta la edad adulta y el ayo actuaba como su maestro, quien impartía una formación que constaba de la lecto-escritura, nociones de derecho y todo lo referente al arte de la guerra. Alrededor de los 14 años esta primera educación en el hogar terminaba y era el tiempo de ubicar al joven junto a un poderoso, el rey, noble o al menos de un jefe de linaje, para que pudiera continuar su educación. **La trascendencia del acto de la crianza iba más allá de la necesidad de tener un grupo fiel al señor de la casa, buscaba la consolidación del que heredará el patrimonio con el sostén de este grupo de jóvenes que serían los influyentes en un futuro cercano.**

El resurgimiento y la expansión de la vida urbana posibilitó la eclosión de un nuevo grupo social: la burguesía. A partir del siglo VIII y hasta el X se denominaba burgués en el ámbito germánico; al que habitaba el burgo o a los grupos que habitaban fuera de los muros ya fuera de un castillo, monasterio o ciudad y que luego se incorporaron a esa estructura, se dedican al comercio, Nilda Guglielmi sostiene que la burguesía no pertenece a esa sociedad de órdenes, sino a una de clases en donde lo importante no es ser si no tener, lo que proporcionó gran dinamismo a sus miembros que encontraron en la ciudad su lugar de desarrollo. **A partir del siglo XI el término burgués se aplica a los habitantes de las ciudades que se dedicaban al comercio y que contaban con un “arma” nueva: el dinero.** El despegue europeo de esta época favoreció la movilidad social y esto fue aprovechado por este sector.

La pequeña nobleza, los señores o los reyes favorecen alternadamente a estos grupos urbanos, ya fuera para encontrar apoyo contra sus adversarios o para obtener, mediante la obligación de impuestos y tasas, beneficios sustanciales a partir de las actividades económicas a las que se dedicaban. Se desarrollaron las milicias comunales que se diferenciaron prontamente de la desorganización del campesinado. La acción política y económica en las ciudades del siglo XI se dirigía hacia soluciones asamblearias para el gobierno municipal. Estas representaciones populares tenían como objetivo negociar ante los señores y encontrar nuevas fórmulas para resolver los conflictos de forma pacífica, alejándose de los tradicionales recursos violentos para zanjar las desavenencias.

La evolución del gobierno local tuvo distintos niveles de cumplimiento e independencia según las zonas, en algunos casos sólo debían contentarse con algunos privilegios económicos, exentos de libertades políticas, pero en otros casos llegaban a tomar el poder urbano, el reconocimiento de la comuna gobernada por los concejales o cónsules según las regiones. Estrechamente unidos a los intereses políticos se desarrollaron otras agrupaciones de carácter profesional que reunían a los principales representantes: los gremios o corporaciones. **Si el grupo socio-profesional también estaba unido por identidad religiosa se denominaba cofradía.** Los factores de marginación fueron, junto con la pobreza, algunas enfermedades permanentes como la lepra o las afecciones mentales y la falta de arraigo, propia de vagabundos, bandidos, ermitaños, pastores, leñadores, juglares, habituados a la vida en los montes o en los bosques o al andar errático de pueblo en pueblo buscando la manera de ganarse la vida. Una mención

particular merece la marginación de los grupos religiosos, los nuevos, como los considerados herejes por la ortodoxia católica, o los tradicionales como los judíos. En especial, luego de la Primera cruzada se propagó el sentimiento antijudío en Occidente, expresado en el apartamiento de este sector de algunas profesiones y su reclusión en las ciudades, donde solían agruparse en barrios o zonas.

Cuestiones económicas

El aumento de la población, que se podría rastrear con anterioridad al siglo XI, fue significativo y sostenido durante este siglo y redundó en una ampliación de la mano de obra con posibilidades de mayor división del trabajo y a su vez en un incremento de la demanda, que suscitó una mayor elaboración y oferta de productos diversificados. Los estudiosos se muestran cautos a la hora de acentuar la disminución de la mortalidad, ya que las tasas seguían siendo altísimas, al igual que el escaso promedio de edad, que iría en descenso en los últimos siglos medievales, a causa de las pestes, las hambrunas y las guerras, más bien habría que subrayar el aumento de la natalidad que permitió mantener en auge sostenido el crecimiento de la población.

El aumento de las extensiones cultivadas, la diversificación de productos y el enriquecimiento de los regímenes alimenticios posibilitó el crecimiento demográfico. Los perfeccionamientos técnicos fueron la difusión del arado asimétrico con ruedas y vertedera, la propagación del sistema moderno de enganche, el método de herraje, el caballo como animal de tiro, la utilización de la carreta de cuatro ruedas, el empleo del hierro, las rastras, la utilización del molino de agua y más tarde el de viento. La rotación trienal de cultivos contemplaba el cultivo de otoño (trigo-centeno), de primavera (avena, cebada o leguminosas) y una tercera opción para el barbecho. Se difundieron cultivos especializados, plantas tintóreas, viñedos. El impacto de las cruzadas, que desplazaron un número elevado de habitantes que debieron instalarse en tierras lejanas, con la logística que conlleva esta expansión exigió, y que sirvieron de enlace para la creación de nuevos intercambios comerciales.

Los grandes centros comerciales del sur (Venecia, Amalfi, Pisa y Génova) y los del norte (ciudades alemanas, Brujas) intercambiaban productos de lujo como especias, pieles, sedas y paños; y de primera necesidad como sal, alumbre, maderas, hierros, armas y cereales en períodos de escasez, así como esclavos. El metal para la acuñación provenía de nuevos yacimientos, así como de una balanza comercial positiva en el intercambio con Bizancio y el islam. **El flujo de metálico también deviene de los beneficios de las primeras Cruzadas, del botín de guerra y del régimen de parias (cánones cobrados a musulmanes para mantener la paz en la región) establecido en España.** El cambio directo fue la principal operación monetaria, de allí la proliferación y expansión del oficio de cambista. Las operaciones de crédito eran limitadas y sencillas, el préstamo clásico para el consumo estaría a cargo de los judíos y de los monasterios. El uso de la moneda permitió agilizar el intercambio de bienes y la acumulación de reservas, el abandono paulatino de una economía de trueque por una economía más compleja, que invirtió los excedentes en el agro y en el comercio. Las banalidades reemplazaron paulatinamente a las prestaciones personales de trabajo, lo que cambió la relación entre campesinos y señores. Se desarrolló el comercio y con esta actividad también hubo un incremento de los mercaderes y artesanos, lo que contribuyó al surgimiento de nuevos sectores sociales.

En los siglos X y XI, la expansión de las roturaciones, que hasta ese momento habían sido llevadas sin una dirección de conjunto y más bien según el ritmo del esfuerzo campesino, fueron ahora asumidas por

los señores, tanto laicos como eclesiásticos, La iniciativa general fue asumida por los soberanos, o bien por los magnates laicos o por las abadías, aunque unos y otras solían asociarse mediante contratos de pairage (entre dos partes para la explotación conjunta de una villanueva o de un territorio en vías de roturación).

Las variables que hacen al surgimiento de la ciudad medieval se centran en el comercio y en el artesanado, sumado a un nuevo conjunto económico que comprendió la comercialización de los excedentes de la producción agrícola y los progresos de la economía monetaria: el aumento de la cantidad de materias primas para el artesanado (lana, materiales tintóreos, cuero, hierro), la creación de las ferias y de los mercados para los intercambios próximos y lejanos, los progresos de la economía monetaria como consecuencia de la acuñación de la moneda y de la multiplicación de los cambistas. A estas variables habría que sumar el factor religioso, la ciudad se formaba en torno a un santuario; el factor estratégico o la deliberada voluntad política de establecer ciudades-fortaleza como núcleos defensivos. El instrumento del que se sirvieron casi en todas partes las ciudades para lograr establecer una relación duradera con los señores locales fue la instauración de un vínculo feudal de vasallaje. Se produjo la creación de instituciones para permitir o proteger la actividad económica, que se materializaron en las concesiones de derechos de mercado, de ferias, de percepción de tasas sobre las mercaderías y la compraventa, licencias otorgadas por el poder señorial o público.

Cuestiones culturales

La huida del mundo para conseguir la salvación es una antigua tradición de la Iglesia. El retiro solitario (eremitismo) y el retiro comunitario (cenobitismo), adquirieron en el siglo XI un nuevo esplendor. Para entonces Cluny estaba ampliamente establecido en todo el mundo occidental, incluso se había expandido con las Cruzadas a Oriente. En Baviera y en Francia se siguió el mismo patrón. Esteban de Thiers fundó Grandmont (1074) y san Bruno, en el corazón de los Alpes, creó las bases de la Gran Cartuja (1084), donde los monjes vivían en ermitas que solo abandonaba para participar de los oficios y asistir a los capítulos de la Orden. Se crearon entonces nuevos centros monásticos pero regidos por nuevas pautas: siguiendo el ejemplo de Nilo de Rossano, que había reunido en Calabria a un grupo de anacoretas, Romualdo creó a los camaldulenses (1012) y Juan Gualberto de Florencia el centro de Vallombrosa (1039).

En 1098 Roberto, un abad benedictino de gran reputación, movilizó a unos monjes desde Molesme para establecerse en Cîteaux, con el objetivo de vivir plenamente la regla de san Benito con una ruptura total con el mundo, pobreza, silencio, trabajo manual, sencillez en los edificios destinados al culto y a la liturgia.

Tras la llegada de Bernardo en 1112, el monasterio alcanzó gran fama rápidamente. San Bernardo fue uno de los hijos predilectos de la orden cis-terciense que basaba la relación con Dios en la severa penitencia y los ejercicios espirituales y ascéticos, pobreza, mortificación y castidad; su prédica y su actividad lo convirtieron en un hombre influyente en la primera mitad del siglo XII.

Esta renovación también se produjo en el seno del movimiento canónico, que impuso el celibato, la prohibición de la simonía y la acumulación de beneficios, así como la reglamentación de las condiciones de acceso a las órdenes sagradas. **No todos los grupos de herejes registrados a comienzos del siglo XI tenían un objetivo anticlerical y puritano**, algunos también mostraban algún influjo de la doctrina bogomila procedente de los Balcanes y del Imperio bizantino. Eran dualistas, creían que la bondad existía solamente en el mundo del espíritu, el mundo del Dios excelente, y que el mundo material era creación del espíritu del mal). Estos predicadores comenzaron su actividad en Champaña (1000), Monforte (1018), Orleans (1022), Goslar (Germany) y Milán (Lombardía). **Si bien partían de una actitud ortodoxa, gregoriana, de lucha contra la simonía y la acumulación de riqueza y poder por parte de las jerarquías eclesiásticas, derivaron luego hacia tendencias anti jerárquicas, anticlericales, y fueron catalogados de herejes. Estos focos fueron prontamente extinguidos.**

El renacimiento espiritual invadió todos los ámbitos y tuvo su correlato en una renovación artística: el arte románico. Se lo denominó así pues enlazaba con las antiguas tradiciones del Imperio romano y era distinto al arte de los reinos germánicos y al cristiano oriental

El renacimiento espiritual invadió todos los ámbitos y tuvo su correlato en una renovación artística: el arte románico. Se lo denominó así pues enlazaba con las antiguas tradiciones del Imperio romano y era distinto al arte de los reinos germánicos y al cristiano oriental. El románico logró consolidarse a partir del 1050 en toda Europa, pero sobre todo al sur, como un movimiento artístico monumental de carácter original: iglesias de grandes dimensiones, con altas torres, gran importancia del crucero, del coro, del deambulatorio, de capillas orientadas al este o de ricos artesonados, que dan a todo el conjunto impresión de gran solidez. Se debe señalar una gran diferencia sobre todo en la ornamentación en dichos casos. Mientras Cluny aportó curiosidades y complacencias eruditas relativas a temas antiguos expresados en forma alegórica, ricas ilustraciones y abundantes relieves, Cîteaux reaccionó contra el exceso y la fantasía decorativa. El arte cisterciense expresó una nueva espiritualidad rechazando la fantasía ornamental y buscando una mayor pureza y sencillez en las líneas.

El siglo XII

Cuestiones políticas

El siglo XII constituye a todas luces una época fundamental en el devenir de la historia y la cultura europea dado que el modelo de monarca ideal encarnado en la figura del bíblico rey David, que ilustraba el vínculo armónico entre monarchia e imperium, entre lo secular y lo eclesiástico, caerá bajo el peso de su propia dinámica, fracturando en dos jerarquías (universalistas en su fundamentación y ambiciones), que competirán por el control de la universitas christianitas.

En Inglaterra, el siglo se abre con el reinado de Enrique I Beauclaire (1100-1135) (nieto de Guillermo El Conquistador), que desde 1105 se hizo con el control de las posesiones ducales normandas con lo que reunía en torno a sí ambas márgenes del Canal de la Mancha. Su largo reinado continuará la obra de fortalecimiento de la monarquía, sustentada en un equilibrio inestable entre el elemento eclesiástico, el sajón y el normando. Durante el reinado de Enrique I se sentaron las bases de un eficiente sistema fiscal

bajo el control de la Curia Regis, Exchequer o Tesorería Real, que proveyó de mayores recursos a la corona.

Por su parte, las relaciones con la aristocracia (barones), tanto laica como eclesiástica, tuvieron dos vertientes. Por un lado, supo negociar la fidelidad de la baronía anglonormanda mediante el reconocimiento de las demandas de estos sectores a través de la Ley de Coronación. Al mismo tiempo puso freno a las apetencias feudales de la aristocracia normanda (el conde de Shrewsbury y el señor de Cornualles, el conde de Mortain). Complementariamente dispuso la prohibición de las guerras privadas y la construcción de fortalezas sin autorización regia.

En cuanto al estamento eclesiástico, las desavenencias estuvieron en torno a la aplicación de los principios de la Reforma gregoriana, sobre todo, en lo referido a la investidura cuya prerrogativa se negaba a delegar en las autoridades eclesiásticas. Gobierno: en lo que a medidas se refiere, obligó a los grandes señores a destruir los centenares de castillos construidos sin autorización y volvió a imponer la administración de justicia regia en todo el territorio, según lo había establecido su abuelo. Asimismo, no se limitó a administrar justicia, sino también dio muestras de sus dotes jurídicas a través de la promulgación de Writs (normas escritas dirigidas a los Sheriff) y Assises (decretos de tribunales regios de índole práctico) que irían a conformar el derecho común (common law), con primacía sobre los derechos locales y federales.

Por su parte, la relación con la **Iglesia** estaría marcada por las Constituciones de Clarendon (1164) que lo enfrentarían al alto clero inglés y al papado por la sujeción de los miembros del clero a los Tribunales Civiles en determinados casos, cuyas sentencias no podrían ser apeladas a Roma sin autorización real.

La monarquía gala conocerá durante el siglo XII el comienzo de una consolidación, que aprovechaba la debilidad de la casa inglesa sobre los dominios patrimoniales angevinos, situados entre Soissons y Orleans, valiosos por la fertilidad de sus campos y por su ubicación nodal en las rutas comerciales más importantes del norte de Francia.

El siglo XI en Francia culminó con el reinado en 1108 de Felipe I (1060-1108), quien estableció que los altos oficiales palatinos debían intervenir como representantes del rey en la transmisión hereditaria de los títulos nobiliarios; así se inició el proceso de consolidación del poder monárquico sobre la nobleza, en tierras galas. Sin embargo, la vida privada del rey lo llevaría a enfrentarse con la Iglesia y el papado (Gregorio VII), lo que acarrearía condenas, excomuniones sucesivas y alejamiento del proceso de Reforma gregoriana en Francia. Con Luis VI (1108-1137), quien asumió tras la abdicación de su padre, se inició un período de reforzamiento de la autoridad regia, del cual no habría marcha atrás. Los dominios reales serían el punto de partida para establecer un nuevo orden en la sociedad feudal, cuya manifestación más evidente fue la persecución y control de los “malhechores feudales” y la imposición de la justicia real.

El conflicto no se hizo esperar. La segunda mitad del siglo XII estuvo plagada de enfrentamientos entre Plantagenet y Capeto; y, a pesar de que Felipe II Augusto (1180-1223) logró arrebatar a Juan sin Tierra casi todas sus posesiones continentales, (a la corona inglesa solo le quedó inglesa la Guyena) el choque final no se dilucidó hasta el siglo XV.

En el Imperio, el siglo XII significará la consolidación del carácter electivo de la corona lo que dificultará el fortalecimiento del poder imperial sobre la nobleza germánica, a pesar de los intentos de los Otones, Salios y Staufen.

En Oriente, los latinos a partir de la Primera Cruzada había fundado cuatro Estados, entre ellos el más importante por la carga simbólica que acarreaba era el Reino de Jerusalén. Conquistada la Ciudad Santa en 1099 se transformó en la capital política de los latinos. Godofredo de Bouillon se proclamó protector de Santo Sepulcro y a su muerte su hermano Balduino fue reconocido como rey, pero la realidad era que los latinos controlaban solamente la ruta y la conquista del territorio fue una larga lucha. Con ayuda de las flotas italianas lograron dominar las ciudades de la costa: San Juan de Acre (1104) Sidón, Beirut (1110) y Tiro (1124). A la muerte de Balduino (1185) el trono fue disputado por facciones rivales y este enfrentamiento interno fue aprovechado por el nuevo líder del mundo musulmán, Saladino quien venció a los latinos controló Jerusalén y San Juan de Acre, lo que modificó el mapa político y las relaciones de fuerza en Oriente.

El Imperio bizantino había alejado el problema turco con la llegada de los latinos, lo que provocó una nueva orientación política de Constantinopla con la dinastía de los Comneno: los emperadores buscaron intervenir en los asuntos de Occidente. Juan II Comneno y su hijo Manuel I (1118-1180) tenían la esperanza de recuperar la unidad del Imperio y extender su autoridad por Occidente. En contraposición a la política imperial, con la llegada de los cruzados y de los beneficios que se les otorgó a los comerciantes occidentales, surgió un sentimiento de profunda hostilidad hacia los latinos, a los que popularmente se les tenía temor y odio.

En el imperio musulmán, por su parte, se agravaron los problemas políticos y desmembramientos, el califa reinaba solo sobre Bagdad y su zona de influencia. Un jefe de origen kurdo, Saladino, derrocó al gobierno de Egipto en 1171, se proclamó sultán y formó un Estado fuerte que se extendió hasta el Éufrate

Saladino reunió en torno a sí varios grupos enfrentados pues representaba la lucha contra el infiel. Venció a los cruzados en 1187, tomó Jerusalén donde reconstruyó la gran mezquita de Omar. Saladino se convirtió en un héroe legendario para propios y extraños y a partir de su época, Egipto se puso a la cabeza del mundo musulmán de Oriente

Cuestiones sociales

La organización de la sociedad medieval del siglo XII fue el producto de las transformaciones económicas y sociales de tiempos anteriores. A comienzos de este siglo, se mantuvo la clásica división estamental de la sociedad feudal: oratores, los que rezan, bellatores, los que combaten y laboratores, los que trabajan.

En este período, **la aristocracia como clase social cimentaba su poder en la propiedad de la tierra, símbolo de la condición nobiliaria y de estirpe.** La necesidad de mantener la base económica y familiar obligaba a la transmisión indivisa del patrimonio mediante la adopción del derecho de primogenitura. Dejaba a los hijos segundones sin posesión alguna ni poder institucional y los relegaba a hacer fortuna por sí mismos. Unos abrazaban la Iglesia, otros se dedicaban a la aventura, para convertirse en caballeros errantes.

La alta nobleza, formada por los antiguos linajes, se diferenciaba de los milites et armigeri, servi nobles, caballeros y escuderos, servidores nobles, por ser los señores hombres libres y nobles, tener fama y honor. Sus privilegios jurídicos-sociales les venían dados por la sangre, en virtud del nacimiento y del linaje, y de su función social: ser guerreros protectores de la sociedad.

La caballería como distintivo funcional de la nobleza, tuvo cambios en el siglo XII que produjeron una reestructuración de su orden y un nuevo significado. Ingresar en principio tenía como condición la fortuna, tornándose luego asequible a los aventureros, poseedores de recursos, o a los distinguidos en los entrenamientos y combates. Su función ligada a la defensa de los dominios feudales del señor, contra todo ataque y peligro, permitió a algunos caballeros de origen servil, hacerse de los feudos. La violencia mostrada en los torneos o justas, con derramamiento de sangre cristiana, hizo necesaria la intervención de la Iglesia en la formación de los caballeros, cristianizando los ritos de iniciación, y poniéndolos al servicio de la Iglesia, en defensa de los huérfanos y viudas. *Nació la figura del héroe, piadoso y caritativo.*

El uso del **ban** en el sistema feudal significó para la aristocracia la incorporación de una nobleza de oficios, los menestrales o ministriales de origen humilde y a veces servil, encargados de las funciones administrativas y militares de tierras o feudos puestas bajo su cuidado, cargos que se convirtieron hereditarios y conllevaron la adjudicación de las propiedades.

En la estratificación social, además de la nobleza se hallaba el clero, que en su disposición interna encontraba diferencias sociales y económicas entre el alto y el bajo clero. Los miembros del alto clero, obispos o canónicos, solían proceder de familias nobles. Ocupaban los altos cargos eclesiásticos como el cabildo catedralicio, las dignidades abaciales y primordiales de los principales monasterios masculinos y femeninos. Dueños de un gran patrimonio, ejercían el señorío y la defensa de sus dominios, descuidando la labor religiosa. En la distribución estamental, **el bajo clero poco se diferenciaba de su entorno local.** Casi analfabetos, su instrucción rudimentaria se basaba en la memorización del ritual y la liturgia cristiana. Estos clérigos, presbíteros y diáconos, tenían a su cargo la administración de las parroquias urbanas menores y las parroquias rurales. En la tarea encomendada debían hacer frente a las pretensiones de los señores feudales, quienes erigían en sus dominios iglesias, nombraban los clérigos, usurparon los derechos parroquiales como la administración de los sacramentos, percibían sus rentas, retenían los diezmos y oblacones. Sin embargo, a pesar de las diferencias sociales y económicas era el medio ideal para el ascenso social a los puestos de poder e influencia.

Finalmente, en la base de la pirámide social se encontraban los laboratores, cuya categoría, al decir de Le Goff, resulta difícil de definir por la terminología tan variada, siendo a veces la distancia entre la condición jurídica y social, enorme. Se habla de siervos, de campesinos, designados bajo el término genérico de villani, manentes o rustici. Soportaban no sólo el pago de las cargas, que fluctuaba según la región, sino también eran los encargados de realizar las tareas serviles .

Por otra parte, la circulación de la moneda permitía la variación en la prestación de servicios según las regiones, al punto de sustituir el servicio personal como pago de la carga, por las especies o dinero. En algunas reservas del señor, creció el trabajo de los asalariados, pero en otras se conservó el servicio personal realizado por los domésticos, gente próxima a la condición de siervos y de los antiguos esclavos.

Una visión simplista del siglo XII indica que frente al mundo feudal rural se erigía el burgués urbano, caracterizado por la libertad y el progreso socio-económico. Sin embargo, para Emilio Mitre, estos ideales ocurrieron en el mismo contexto feudal, pues lejos de destruir ese viejo orden, el objetivo era conseguir un lugar dentro de él. Ello podía observarse en algunas ciudades donde los intereses nobiliarios coincidían con los burgueses. Un ejemplo fueron las ciudades meridionales de Francia en donde los linajes nobiliarios repartían sus intereses entre la ciudad y el campo. Por debajo de la alta burguesía se encontraba la masa urbana, integrada por los comerciantes, artesanos, inmigrantes, campesinos que emigraban del campo. Serán los que pasarán a integrar el popolo grasso.

La realidad social mostraba a un puñado de familias detentadoras del poder económico y político de la urbe. Eran los más potentes o mejores y conformaban el patriciado urbano, que proporcionaba los concejales y cónsules al gobierno de la ciudad. La fortuna de estas familias se basaba en la posesión de las tierras y de las casas urbanas así como en el beneficio del comercio y la industria. De esta manera, la jerarquía urbana marcaba el dinero y el beneficio que reportaban las profesiones junto con el honor de las mismas. **En este sentido, la importancia del clero en su visión de los oficios lícitos e ilícitos era importante.** Para este período, los oficios que la Iglesia condenaba se reducían a las prostitutas y usureros, debido al cambio de pensamiento a raíz de las transformaciones económicas y sociales en el siglo XII.

La evolución de las prácticas religiosas proporcionó otras justificaciones, permitiéndole a los burgueses realizar obras de caridad. También la introducción del Purgatorio, descrito en las visiones de san Patricio, o la de Tungano en este siglo, posibilita a los fieles purgar los pecados que la confesión no había lavado y así salvar sus almas. El Purgatorio dará esperanzas a quienes la Iglesia consideraba sospechosos por su actividad, como a los usureros, que verán en él la posibilidad de conservar en el mundo terrenal sus ganancias, sin la pérdida de la vida eterna.

En este siglo también la Iglesia se pronunciará sobre el matrimonio. Al enumerar dentro de los sacramentos, adoptará disposiciones en cuanto a las obligaciones de los contrayentes. Al definir a las mujeres como pasivas y dependientes estableció al marido como cabeza pensante, la persona pública tanto para sí mismo como para su mujer.

Cuestiones económicas

El siglo XII formó parte de un proceso de expansión económica que comenzó en el siglo XI y alcanzó su culminación en el XIII. La reactivación urbano-comercial y la consolidación de la burguesía como grupo social dedicado al comercio, a la manufactura y a la banca, serán los rasgos distintivos del periodo.

La génesis de la llamada “revolución comercial” sigue siendo polémica. Ni la preponderancia musulmana en el Mediterráneo en el alto medioevo, contra lo que sostenía Pirenne, ni las incursiones normandas en los siglos IX y X, interrumpieron el comercio en Occidente, por el contrario, podría decirse que lo incentivaron reactivando la circulación monetaria. Entre los factores generadores del despertar urbano-comercial debemos destacar las tareas destinadas a ampliar la superficie cultivada como así también el desarrollo tecnológico aplicado a incrementar la productividad en el campo. De este modo, en el año 1100 comenzó la desecación de pantanos en Flandes, la creación de los polders y a lo largo del siglo XII el afianzamiento del movimiento roturador.

Desde el siglo anterior el caballo había comenzado a reemplazar al buey en el tiro del arado para las tareas agrícolas; su uso está documentado en el siglo XII en Inglaterra, aunque todavía está asociado al buey. Debemos destacar una tendencia hacia el “enfranqueamiento” (de franquicia) rural, donde las tenencias campesinas se vieron aliviadas por el pago de censos que muchas veces se estabilizaron y se hicieron hereditarias e inalienables.

En Francia occidental harán su aparición nuevos núcleos de población con nombres significativos que varían según la región: villanuevas, bourgs y bastidas, erigidas como pequeñas fortalezas en las fronteras con los dominios ingleses. En las comunas urbanas se produjo un movimiento similar al del “enfranqueamiento” de las comunas rurales, en donde los vecinos lucharon frente al poder feudal y eclesiástico por sus libertades jurídicas y un gobierno autónomo. Los mercados y las ferias emergieron como manifestaciones del resurgir comercial. **Las ferias, a diferencia de los mercados, se caracterizan por ser centros de intercambio al por mayor y a nivel internacional.**

El incremento de la actividad comercial permitió reactivar la circulación monetaria que irá reemplazando progresivamente el pago en especie. A fines del siglo se acuñaba en plata el gris o matapán junto al grosor de oro, ambos en la ciudad de Venecia. Una parte de la burguesía, la más rica, se dedicaba al gran comercio de exportación y a la banca y concede préstamos con interés. La Iglesia se mostraba recelosa frente a los cambios que se estaban viviendo, como la ganancia mercantil, y junto al Estado prohibirá la usura. Pero terminarán aceptando y asumiendo las nuevas prácticas ante la necesidad de dinero.

Los artesanos se organizaban en corporaciones de oficios bajo distintos nombres, guildas, artes, cofradías, gremios. Por medio de ellas defendían su autonomía y se protegían frente a los extranjeros ejerciendo el monopolio de su oficio. La industria textil será la que llegará primero a la división y jerarquización del trabajo, como los tejidos de los tejedores de Maguncia. También se organizarán así en este siglo los peleteros de Colonia y los zapateros de Ruan.

Los comerciantes supervisaban muchas veces la labor de los artesanos, les suministraban las materias primas y comercializaban su producción. Llegaron a enriquecerse, a poseer un importante poderío económico que les permitió alcanzar el poder político, distanciándose del artesanado que irá tomando gradualmente conciencia de esta diferencia, hasta estallar en protestas sociales durante los últimos siglos medievales.

Cuestiones culturales

El siglo XII, en especial en su faceta cultural, ha sido caracterizado por la historiografía como un “floreamiento”, un “renacimiento” y, más recientemente, como una “crisis”. Tan variada gama de términos sólo coincide en la percepción del historiador de que “algo” ha cambiado respecto de los siglos anteriores.

El hecho de que la ciudad se estuviera convirtiendo en el centro de la vida económica y política de Europa occidental hizo que la Iglesia se interesara en ella. En ese contexto, los monasterios enclavados en ambientes rurales y aislados del mundo no servían a los nuevos intereses del papado. Por ello, la Iglesia colocó su atención en el clero secular por sobre el regular, comenzando a incrementar su poder y

riqueza en detrimento de los monasterios. No obstante, no significó la sentencia de muerte para el monarca. En efecto, la Orden del Císter mantuvo su auge hasta finales del siglo XII.

No obstante, este fruto tardío de la vida monacal no deberá hacernos perder de vista el florecimiento de una cultura marcadamente urbana, terrena y con matices laicos cada vez más acentuados en la Europa del siglo XII. Un claro ejemplo de ello serán las escuelas urbanas incentivadas por la Iglesia en busca de mejorar la formación intelectual de sus miembros. En efecto, las primeras escuelas urbanas nacieron ligadas a los cabildos catedralicios en el siglo XI, pero al transcurrir el XII, el vínculo se debilitó enfatizando su carácter laico.

No obstante, y a pesar de la persecución eclesiástica, las inquietudes intelectuales de Abelardo no disminuyeron, jugando un importante papel dentro de la “querrela de los universales” o de las ideas generales. El debate hunde sus raíces en la confrontación realismo aristotélico-idealismo platónico que durante el siglo XII tomará respectivamente los nombres de nominalismo (los universales existen solo en la mente mientras que en la realidad externa son un conjunto de elementos particulares), y realismo, los universales existen por sí mismos fuera de la mente.

En este contexto de efervescencia intelectual se produjo el ascenso de las lenguas vulgares o romances a la dignidad de vehículos de una cultura laica escrita, perdiendo la Iglesia el monopolio cultural ligado a la literatura en latín, y permitiendo la transmisión de tradiciones culturales marginales al dogma cristiano. En efecto, los romances o novelas corteses se destacaban por perpetuar este código que propició un amor anti marital, no siempre insatisfecho, pero siempre cargado de erotismo y seducción, siendo la castidad la peor afrenta contra el dios del Amor. **Bajo tal concepción, la mujer jugaba un rol activo y fundamental a la hora de concretar y posibilitar la relación amorosa: era la señora a la que servía el caballero que la cortejaba.**

También durante el siglo encontramos la conformación de otro grupo herético en el sur de Francia: los cátaros que rechazaban lo material y exaltaba el espíritu. Se basaban en la doctrina dualista maniquea (bien y mal eran dos fuerzas que cooperan en la creación del mundo), proveniente tal vez de Constantinopla y Lombardía, traída por caballeros que regresaban de la Segunda Cruzada. **Un fenómeno asociado con las Cruzadas fue la creación de las órdenes militares que eran instituciones que aunaban los aspectos religiosos, realizando votos de pobreza, castidad y obediencia, con el componente militar pues se encargaban de la defensa de los Santos lugares y la protección de los peregrinos.** Eran monjes-soldados. Las principales fueron: la Orden de san Juan o del Hospital de Jerusalén fundada en 1120; la Orden de los Caballeros del Temple (los Templarios), fundada en 1118 que alcanzó un enorme poder tanto en Tierra Santa como en Occidente y la de los Caballeros Teutónicos, reconocidos en 1192, pero que pronto trasladó su actividad a Alemania.

En lo que al arte se refiere en el siglo XII conviven dos estilos arquitectónicos que marcarán la identidad del medioevo. Por un lado, el románico, que se encuentra a caballo entre el siglo XI y XII, se mantuvo en auge en el sur de Europa, sobre todo en la construcción de monasterios. Por el otro, el llamado gótico, un arte regio, vinculado al comienzo del triunfo Capeto y urbano. Heredero del románico, comenzó a configurarse a mediados del siglo XII, en las zonas comprendidas dentro de los actuales límites de la Francia septentrional especialmente en la Ile d’France. **El abad Suger, ministro de los reyes**

Capeto de Francia, promovió la fusión de elementos arquitectónicos que le dieron origen, entre ellos, el arco ojival, el arbotante y la bóveda de crucería que adelgazaron los muros y permitieron la apertura de amplios ventanales donde se destacaría el arte de los vitrales.

El siglo XIII

Cuestiones políticas

En el siglo XIII se presenta finalizado el ciclo de la Cruzada (1096-1291), un largo conflicto que desgastó militar, política y económicamente a la Europa cristiana, pero que inició una apertura comercial y cultural inédita. Esta reestructuración del Universo Medieval se encuentra directamente relacionada con el retroceso de las dos potencias universales que habían dominado la escena política hasta ese momento: el papado y el Imperio. medida que la dominación de estos poderes universales retrocedía, luego de una desgastante e infructuosa lucha política e ideológica desde hacía varios siglos, también lo hacía la concepción descendente del poder político, la cual sostenía que todo poder residía en un ser superior, en este caso Dios, quien designaba a su representante sobre la tierra que a la vez encarnaba el origen de todo poder. En su lugar, se produjo el nacimiento y la consolidación de la concepción ascendente del poder político y con ella la noción del poder público como modelo ideal de gobierno

El afianzamiento de la autoridad monárquica en el Occidente europeo durante este siglo implicó, por un lado, la afirmación de dicha jefatura sobre una comunidad dentro de un espacio geográfico determinado y por otro, la formación de todos aquellos instrumentos que evidenciaban un accionar de gobierno. Con respecto al primero, nos encontraremos con ciertos elementos y principios como el reconocimiento del derecho de una familia a reinar y gobernar; la utilización de ciertas fórmulas políticas para asegurar su posición de poder, como el derecho de primogenitura; la capacidad de la realeza de posicionarse no ya como señora natural, sino como señora soberana que acentuará territorialmente los espacios sociopolíticos y por último, la utilización de la fuerza militar para la defensa contra enemigos tanto externos como internos. Con el correr de los siglos, otros elementos dentro de la estructura político administrativa: 1) el Fisco Regio que representaba todos los ingresos, ya fueran los provenientes de la actividad comercial como de las regalías, etc.; 2) la Fuerza Militar organizada según los viejos esquemas feudovasalláticos pero con el agregado de las milicias urbanas; 3) la Justicia que se caracterizaba ya por la despersonalización de la figura del rey, con la aparición de oficiales regios para su administración junto con diferentes tribunales de justicia especializados.

La legitimidad de los progresos empíricos de las monarquías fue fijada por la recepción del Derecho romano y por la nueva orientación política que posibilitó la filosofía aristotélica en las universidades. Es decir, que desde lo jurídico y desde lo teórico se consolidó la aparición del poder público con su concepción ascendente del poder político. De esta manera, se consideraba a la figura del rey como ejecutora y defensora de lo que se llamaría el “Bien Común”, por lo que el rey no se posiciona por encima y por fuera de la comunidad o del reino, que se encontraba representada simbólicamente en la corona. **El progreso del poder público implicó el desarrollo del Derecho, de la teoría política, del ejército, de la justicia y de la administración regia que fueron variando dependiendo de las diferentes realidades políticas europeas.**

El devenir político de la Inglaterra del siglo XIII con su eventual equilibrio de fuerzas entre la corona y la nobleza llevó hacia la constitución de una Monarquía moderada. Este proceso se inició con la llegada al trono de Juan I Sin Tierra (1199-1216) quien tras suceder a su hermano Ricardo Corazón de León, heredó un extenso imperio territorial bien organizado: el Imperio Angevino. Pero debido a su debilidad política, junto al sometimiento del rey a la tutela romana y sus pérdidas territoriales en Francia, su autoridad comenzó a ser cuestionada.

Ante esto, ese mismo año Juan se vio obligado a negociar y a aceptar firmar lo que se conoce como la Carta Magna (Magna Charta Libertarum). Este documento establece límites a la autoridad del rey otorgando beneficios y libertades a la Iglesia, el mantenimiento de sus privilegios, confirmaba también los privilegios feudales de los nobles: garantías para los herederos de los feudos, limitación de las ayudas nobiliarias al rey, garantías para evitar los abusos de la justicia real, garantizaba los privilegios de Londres y demás ciudades, así como la libre circulación para los mercaderes. **Su artículo 14 determina el acuerdo de todas las partes reunidas en parlamento para el cobro de impuestos y escudajes. Posteriormente, durante el reinado de Enrique III (1216-1272) la nobleza impuso un nuevo control mediante las Provisiones de Oxford (1258), por las cuales la Monarquía quedaba bajo el control de los grandes barones lo que originó un nuevo enfrentamiento entre estos y el rey.**

Entrado el siglo XIII, la Monarquía francesa evolucionó, en términos políticos, hacia el acrecentamiento de la autoridad y del poder de los reyes, aunque aún sin dominar todo el territorio de la actual Francia. El aglutinante de todas las fuerzas en torno a la corona se debió al control ejercido sobre los Estados Generales o asambleas representativas, a la guerra contra los ingleses y a las todavía vigentes relaciones feudovasalláticas.

Con respecto a la construcción política y administrativa del reino se crearon distintos cargos reales, como por ejemplo el de los bailíos, encargados de la justicia y de la administración financiera en todo el reino. Dicho fortalecimiento se vio complementado con la re-edición y enseñanza del Derecho romano en la universidad, en especial la de París, con la intención de arrogarse para su territorio prerrogativas netamente imperiales, algo que fue otorgado por el papa Inocencio III en 1204, a través de la Decretal Per Venerabilem.

Se introdujeron novedades en el plano administrativo, aparecieron oficiales permanentes como los senescales y prebostes, las Curias fueron reemplazadas por Consejos. Se dictaron Ordenanzas sobre paz pública y sobre las obligaciones de los funcionarios reales, se especializó a la Cancillería para la atención de documentos judiciales y se constituyeron comisiones que recorrían todo el reino para atender las necesidades públicas y controlar a los funcionarios.

La realidad política de los diferentes reinos de la península ibérica estuvo marcada en el siglo XIII por los avances y retrocesos del fenómeno de la Reconquista. Algunos reinos como Portugal, Navarra, Castilla y Aragón se mostraron como unidades políticas duraderas que progresaron en la centralización del poder de sus respectivas Monarquías conforme iba avanzando la Reconquista y con ella el mapa político de la península. En Castilla, el rey Alfonso X el Sabio (1252-1284), redactó el Código de las Siete Partidas que respondía al impulso de institucionalizar todas las funciones administrativas así como también la justicia dentro de todo el reino. La corona de Aragón se lanzó hacia el Mediterráneo bajo el reinado de Jaime I el

Conquistador (1213-1276), seguido por su hijo Pedro III en el marco de las Vísperas Sicilianas; ampliando el predominio mediterráneo de la casa de Aragón.

En la zona oriental, el califato abbasí de Bagdad quedó destruido por completo tras la invasión de los mongoles en 1258, con lo que se produjo la fragmentación del poder de los Selyúcidas que estaban al servicio del califa. En su lugar se construyó una multiplicidad de principados o emiratos turcos principalmente en casi toda Asia Menor, que a su vez ejercieron presión sobre la frontera oriental del Imperio bizantino. **Dentro del Imperio bizantino quedaron en el pasado las viejas glorias de la Roma oriental bajo emperadores conquistadores y reformadores.** En su lugar, ya entrado el siglo XIII, solo había vestigios de aquel gran Imperio de los tiempos justinianos y será para Bizancio el comienzo de una larga agonía que llevará a su definitiva caída en 1453. En el siglo precedente las querellas políticas dentro de la dinastía Ángel minaron la autoridad imperial y el prestigio del Imperio puertas afuera, a punto tal de que permitieron que Occidente tomase partido en ellas.

En 1204 un ejército cruzado no solo se decidió a apoyar a un miembro de la familia imperial, sino que también tomó y saqueó la ciudad de Constantinopla por razones políticas y económicas. Hecho que dio origen, por un lado, a la formación de un Imperio latino con sede en la antigua capital imperial y por otro, al dominio comercial y control de todo el Mediterráneo oriental por parte de los venecianos, los verdaderos triunfadores. La unidad bizantina no desapareció por la invasión cruzada, aunque pasó a contener tres reinos o principados que se autoproclamaron herederos del Imperio: uno era el Despotado de Epiro, en territorio griego, otro era el Imperio de Trebisonda, en los márgenes orientales del Mar Negro y por último el Imperio de Nicea, en el norte de la Jonia asiática

Cuestiones sociales

La sociedad sufrió una profunda transformación que ya había comenzado a partir de la segunda mitad del siglo anterior, por lo que la tradicional división en los tres órdenes conocidos, oradores, bellatores y laboratores, se descompuso y dio lugar a una clasificación más laxa, producto de la desacralización y laicización del cuerpo social. Así, se puede observar cómo a la sociedad tripartita de los órdenes le sucedió la sociedad de los “estados”, teniendo en cuenta básicamente, las condiciones socio-profesionales del momento.

Esta nueva sociedad se caracterizó por su fragmentación y división, la que se vio acompañada por el desarrollo urbano comenzado en el siglo XI y más aceleradamente, en el XIII. A su vez, este progreso urbano se manifestó en el esquema de una creciente división y especialización del trabajo gracias a la interacción entre las artes liberales y mecánicas. Aparecieron numerosos oficios que, siempre bajo el ojo atento de la Iglesia, fueron reconocidos y a los que se les otorgó una regla o Reglamento dentro de la doctrina apostólica según las características de cada uno de ellos, cuyo cumplimiento les permitía alcanzar la salvación.

La Iglesia, renuente en un primer momento a abandonar la división de los tres órdenes, terminó aceptando esa nueva “imagen social”, manteniendo el control espiritual de cada uno de los estados. Les atribuyó pecados específicos así, por ejemplo, la rapiña era compañera inseparable de los caballeros, el fraude de los comerciantes, la usura de los burgueses, la hipocresía de los monjes... Esta nueva sociedad, al igual

que la anterior tripartita, necesitaba de la Iglesia para su salvación y si bien, debido a la laicización el clero fue “expulsado” del tradicional esquema, no por ello perdió poder y control sobre la nueva formación social. En el panorama social se observa en primera instancia a los nobles o gentiles hombres, divididos en la alta aristocracia donde se ubicaban reyes, duques y condes, y la baja aristocracia, donde bullía una nobleza de menor jerarquía y los caballeros.

En segundo lugar, se encuentran los súbditos libres. Conformaron una suerte de estrato medio compuesto por los burgueses (en tanto habitantes de los burgos o ciudades, dedicados a actividades no campesinas), los profesionales y los que desempeñaban los nuevos oficios y actividades urbanas en general. La condición de libres les era heredada y fueron ellos los que permitieron lograr el equilibrio social característico de la época. Esa condición les permitió practicar la actividad que desearan, en tanto fuesen decentes y honrosas y que contribuyen al bien común.

El tercer grupo estaba compuesto por los siervos y existían varias condiciones de servidumbre o sujeción. Los adelantos tecnológicos, los excedentes agrícolas y la economía monetaria favorecieron al ámbito campesino, pero no todos los siervos se beneficiaron con estas ventajas ya que en algunas regiones se manifestó una refeudalización como sucedió al este del Elba, en Prusia, en Polonia y en Rusia. Como se verá más adelante, también se manifestó una fuerte diferenciación dentro de este grupo social.

Si bien los valores provenientes de las virtudes caballerescas conservaron su importancia y se decantaron en especial en la literatura, apareció un nuevo ideal humano: “el hombre instruido y reflexivo” que ponía sus capacidades en juego para lograr el bien común. La rapiña y devastación producidas por los señores en sus enfrentamientos comenzaron a ser mal vistas por una sociedad en crecimiento y expansión económica, pero sobrevivieron ciertos valores intrínsecos a la nobleza como la cortesía, la virtud y el valor. El nivel de vida ostentoso y hasta parasitario que esta aristocracia estaba obligada a mantener, en Castilla o Francia, produjo el empobrecimiento de muchos nobles, los cuales se vieron forzados a vender o enajenar tierras y bienes, que a su vez fueron adquiridos por la burguesía, el estrato social que protagonizó un salto cualitativo y cuantitativo en cuanto a poder político, social y económico durante este siglo.

La subsistencia de la nobleza feudal o con criterios de feudalidad, dependía del trabajo de la masa de trabajadores sujetos a ella. El conjunto de rentas que este grupo extrajo del trabajo de los campesinos varió en valor y en composición, pero nunca fue cuantioso o desmedido. El señorío rural conformado por el dominio o reserva utilizaba la mano de obra gratuita de una parte de los campesinos en corveas o especies. Las tenencias o feudos establecidos en tierras concedidos a los villanos a cambio de prestaciones y del pago de contribuciones fueron una fuente de ingresos.

En la idiosincrasia de la nobleza no existía la idea de inversión para obtener beneficios económicos: en realidad, la idea de ganancia y excedentes económicos en general, estaban fuera de la mentalidad medieval. No se admitía la acumulación de riquezas porque era considerado “atesoramiento” y visto como algo estéril e improductivo. Por tal motivo, los grupos acomodados, como la nobleza o la Iglesia, se veían impelidos a gastar o repartir sus excedentes. La Iglesia lo hacía a través de las grandes construcciones y ornamentación de catedrales e iglesias —para aumentar la afluencia de peregrinos y donativos, amén de la

gloria de Dios—, en la liturgia, en el mantenimiento de la alta jerarquía eclesiástica y en la limosna para los pobres.

La caza era un ejercicio que preparaba al guerrero para la lucha. Se ponían en práctica, para la obtención de la presa, aptitudes similares a las utilizadas en el combate: estrategia, conocimiento del adversario, valor y astucia a la vez que trabajo en equipo y coordinación. Las grandes comidas y banquetes también representaban ocasiones propicias para el encuentro de este grupo. El noble comía bien no porque podía, sino porque debía y siempre según su estatus. Estudios antropológicos inscritos a la alimentación distinguen la diferencia entre lo crudo y lo cocido como emblemas de lo bárbaro y lo educado y civilizado; entre lo vegetal y la carne animal asociando el vigor, fuerza y potencia que esta otorga a quien la consume, determinando que un noble debía comer carne animal y preparada de diversas maneras, pero asada era la manera más viril o noble de consumirla. Además, en la mesa debían encontrarse alimentos de todos los orígenes posibles (animales y vegetales de todas las estaciones). Cuanto más exóticos y caros eran mayor la demostración de riqueza y estatus social que ponían de manifiesto.

Los hijos segundones debían buscar su propio camino o vivir siempre a la sombra de su hermano mayor, ya fuera formando parte de su grupo de confianza o encargándose de aquellas tareas que le encomendaba. No recibía herencia alguna, por lo tanto, le era más difícil concertar matrimonio. La mujer noble era una pieza fundamental en este juego de estrategias matrimoniales. Representaba el eslabón que permitía unir no solo a dos personas, sino a dos familias y a dos linajes. Con su dote aportaba bienes y riqueza a su nueva familia, además de ser la encargada de traer los hijos legítimos al mundo, herederos del título y del patrimonio.

La Iglesia exigía el libre consentimiento de ambos contrayentes para celebrar el matrimonio, pero esto no implicaba la presencia del amor; más bien de obligaciones y solidaridades que ambos novios debían cumplir para con sus respectivas familias. Las mujeres de la nobleza se ocupaban de la organización de las tareas domésticas, no solamente supervisan a los criados, sino también dirigían los talleres donde se llevaban a cabo los oficios de lujo (tejido de telas preciosas, tapicería, bordado) para satisfacer las necesidades de vestimenta del señor y de los caballeros que conformaban su séquito.

En el caso de varias hijas mujeres, usualmente la menor debía permanecer junto a sus padres para velar por ellos en su vejez, y otras debían tomar los hábitos para, de ser posible, hacer carrera dentro de la Iglesia. El hecho de que los nobles se convirtieran en un grupo cerrado aceleró su desaparición, debido principalmente a su empobrecimiento económico, a la muerte de sus primogénitos y a no aceptar actividades que consideraban deshonorosas como el comercio, la producción a escala o la explotación rural con alto rinde. Como se dijo, el estado de los súbditos libres estaba representado por hombres que desempeñaban una gran cantidad de profesiones urbanas. La ciudad en expansión captó la mano de obra campesina al igual que los recursos que el campo le brindaba, no sólo para el mantenimiento, sino también para las numerosas industrias (usando este término en la lógica productiva medieval y no con la connotación que el siglo XVIII le imprimió) que en ella se realizaban y para el servicio doméstico.

Nos encontramos con numerosas subdivisiones dentro de los trabajadores manuales o artesanales: de la piedra, madera, hierro, metales, textiles, alimentos, comercio, etc. Basta como ejemplo, mencionar que

hacia el año 1260 existían registrados en París ciento treinta oficios organizados, veintidós de ellos dedicados al trabajo del hierro.

La existencia de las corporaciones permitió un estricto control de la producción, de la calidad y la venta, de los salarios, los contratos, el acceso y evolución de los aprendices y de los secretos de la profesión. Dentro de ellas se conformaron élites urbanas influyentes o como lo denominó Le Goff: el patriciado de la burguesía. Un pequeño número de familias que debido a su riqueza lograron conseguir el poder social y político que les permitió alcanzar el control de la ciudad y formar parte de las asambleas que las gobernaron. Las ciudades italianas fueron el claro ejemplo del accionar de este patriciado urbano

Fueron los encargados de comercializar los productos entre los distintos puntos de consumo y producción occidentales, transportando y mercado lo que las industrias urbanas elaboraban. Además, practicaban un activo comercio con importantes centros de Oriente, el cual a pesar del fracaso militar de las Cruzadas, no se detuvo, sino que se incrementó.

Así, realizaron importantes donaciones pías a la Iglesia, a los pobres y pusieron en práctica el mecenazgo en el arte y la cultura, estrechamente relacionado a la vida cristiana del momento y al consumo suntuario, imprescindible en la ostentación que se debía realizar. Pero los intereses de los burgueses estaban afincados no solo en la ciudad, sino que poco a poco se extendieron a las zonas rurales con la adquisición de tierras de nobles y caballeros empobrecidos. En algunos casos las compras fueron tan numerosas que podían compararse a grandes reservas señoriales; se transformaron en una forma de inversión y reaseguro frente a los avatares del comercio de ultramar. Se preocuparon por la explotación de sus tierras, que entregaban a arrendatarios y aparceros para que las trabajasen. Construyeron edificios para el almacenaje de los cereales, lagares y prensas para las vides, compraron estiércol para abonar sus campos, proporcionaron herramientas necesarias para el trabajo, hicieron mejoras edilicias, etc.

Al igual que los burgueses urbanos se expandieron hacia el campo, la burguesía rural comercializaba sus materias primas y productos en la ciudad, por lo tanto, necesitaba de los contactos (muchas veces familiares) que en ella pudiera tener. Estos intereses requerían de alianzas que a menudo eran selladas con matrimonios concertados. Al igual que en la nobleza, la burguesía procuraba casar a sus hijos con otros burgueses adinerados además de con nobles. Las diversiones de la burguesía en particular y de la población urbana en general, coincidían prácticamente con las celebraciones que se llevaban a cabo en la ciudad por distintos motivos: procesiones religiosas, festejos por la finalización de una guerra o de una peste, por el nacimiento o casamiento de los hijos del rey o de alguna familia patricia, en agradecimiento por algún beneficio obtenido para la ciudad, las misas por fiestas mayores, las patronales de alguna cofradía o corporación, etc.

La Iglesia era un centro de socialización por excelencia para todos los estratos sociales. Luego de la celebración, muchos jóvenes solían reunirse en el cementerio adjunto a la iglesia para conversar y conocerse, siempre bajo la mirada atenta de los padres. Otro centro de reunión importante eran los mercados y las ferias, y no podemos dejar de mencionar las tabernas. Allí no solo se reunían los hombres a jugar y a beber, sino también con frecuencia el tabernero actuaba de prestamista de dinero.

Entre los artesanos las mujeres desempeñaron un papel discreto pero importante. Por ejemplo, en los oficios relacionados con la seda, en varios de ellos solo empleaban mujeres. También practicaban el pequeño comercio, pues el de gran escala les estaba prohibido debido a que debían desplazarse de una ciudad a otra y esto implicaba enfrentar grandes peligros, además de no ser bien visto por una sociedad donde esta actividad era cosa de hombres.

A pesar del culto mariano, la revalorización y la nueva visión que se tenía de la mujer desde hacía tiempo, su posición no mejoró sensiblemente durante este siglo, siendo pocas y deslumbrantes las mujeres que pudieron ocupar un lugar estratégico en la sociedad. Con estos, no sólo enriquecieron su alimentación y su salud, sino que al hacerlos ingresar en un circuito económico, comer-analizándolos, accedieron a ciertos beneficios: compra de parcelas o rescate de algunas prestaciones o rentas señoriales, mejora de su vivienda, aumento del número de los rebaños, ampliación del rendimiento de sus tierras al emplear nueva tecnología e incluso préstamo de dinero a otros menos afortunados que ellos. Surgieron de este modo campesinos acomodados dentro de las aldeas, en especial en Francia e Italia, que pudieron pagar con menos problemas los impuestos sobre la tierra, asegurando además el pago colectivo de los impuestos que pesaban sobre la comunidad y consiguieron obtener el dominio sobre los campesinos más pobres.

Por eso podemos hablar de una diferenciación interna dentro del campesinado marcada por el dinamismo cuentapropistas. Por otro lado, un sector del campesinado se empobreció debido a una parcelación de las fincas, lo que trajo aparejado que muchos se vieran obligados a colocarse al servicio de los más acomodados o en su defecto, a endeudarse para sobrevivir. La refeudalización del campesinado que se produjo en ciertas regiones del este de Europa debido al endeudamiento de esa masa campesina llevó a que en algunos casos se aumentaron las prestaciones en trabajo y las personales, de las que se beneficiaron tanto señores como burgueses ricos.

El campesino en especial y el resto de los estados en general, vivía constantemente al borde del hambre, a pesar de los ciclos de bonanza económica. Cualquier fenómeno climatológico que afecta las cosechas implicaba hambre segura. A esto deben sumarse las epidemias, pestes, zoonosis del ganado, guerras y plagas de todo tipo que producían la falta de granos y cereales, alimento esencial en la dieta del hombre medieval. Si el campesino era el primero en sufrir hambre, enfermedad y muerte, los demás grupos sociales se veían afectados por efecto cascada.

Para el campesinado la parroquia, los mercados y la taberna eran importantes como centros de encuentro social, pero debemos agregar un cuarto y muy particular: el molino. A él acudían diariamente y en las colas que se formaban para acceder a la molienda se conversaba de todo: sobre las innovaciones rurales, se intercambiaban novedades, recetas culinarias, curas para los distintos padecimientos e incluso los jóvenes podían cortejar a las doncellas. Con respecto a las elecciones matrimoniales, poseían una mayor libertad al momento de elegir pareja ya que, a diferencia de los nobles y los burgueses, generalmente no existía un patrimonio que proteger.

Las mujeres del tercer estado trabajaban a la par de los hombres en las tareas agrícolas, con excepción de la siembra que era una actividad que solo podían realizar los campesinos varones. Participaban de la cosecha, de la trilla, la recolección de las vides, ayudaban en la matanza de los animales, y en especial cuidaban de los animales y de los huertos. Pero todas las mujeres debían enfrentarse a un enemigo común:

el parto. Esta era una de las principales causas de muerte femenina en el período medieval. Debían sobrevivir al parto en sí y a las infecciones resultantes del mismo. La falta de una buena alimentación conspiraba contra los embarazos y la salud, tanto de la madre como de los recién nacidos. Por tal motivo era común que los hombres enviudaron repetidamente y tuvieron varios hijos de cada esposa, muchos de los cuales no llegaban a sobrevivir más allá de los dos años.

Cuestiones económicas

El mundo del Occidente medieval experimentó durante el siglo XIII una cierta expansión económica y un notable crecimiento demográfico, relacionado con la prosperidad rural que trajo consigo un eventual retroceso del hambre y un excedente de producción. Este aumento en la producción estuvo conectado con la incorporación de más tierras para el cultivo y al de la mano de obra para trabajarlas, y no tanto por el equipo técnico ni por los instrumentos dedicados al trabajo agrícola, ya que el utillaje no varió sensiblemente. Ya desde los siglos XI y XII empezó el incremento de la población en algunas zonas de Europa, que fue posible alimentar gracias a la existencia de abundantes tierras incorporadas a la producción. Más allá de que el crecimiento demográfico trajo consigo un aumento de la superficie cultivada —gracias a nuevas roturaciones con limpieza de campos y de maleza, a tierras ganadas a los bosques y secado de pantanos—, **la agricultura siguió siendo itinerante como bien sostiene Le Goff, debido al poco progreso en el instrumental y a la insuficiencia de abonos para estercolar, sumado a las viejas prácticas de siembra y cosecha.**

El desarrollo de la industria textil lanera fomenta, de una u otra manera, la formación de regiones altamente especializadas, como lo fueron Flandes e Italia central y septentrional, en tanto otras quedaron como productoras de lanas: las islas británicas o la península ibérica. El desarrollo del campo y de los productos artesanales implicó un verdadero auge comercial, con el cual el crecimiento económico se hizo mucho más profundo y marcado: aumento y mejora de caminos o senderos que conectarán por diferentes vías centros importantes de la actividad manufacturera y comercial —por ejemplo, Italia central y septentrional, Europa del norte, Oriente...—, los transportes y avances respecto de la seguridad.

El progreso del comercio trajo aparejado el cambio de rol del mercader en este siglo, y de los diferentes instrumentos acordes a esta actividad: la moneda, el canje de divisas, las ferias internacionales, el sistema de crédito, los registros contables, la banca y las asociaciones de comercio, entre otros. Sin ninguna duda, la figura del mercader fue una clave en este proceso. Pasó de su soledad ambulante, a ser en el siglo XIII un contador y hasta escribano, con conocimientos de diversas lenguas y sistemas monetarios, de pesos, medidas y precios, a la vez que de las costumbres de cada lugar, productos posibles de obtener y trampas que sortear.

Las primeras escuelas eran monásticas, pero ya para el siglo XIII existían escuelas laicas en las ciudades, las llamadas Scuole di mercatura. Sin embargo, todo este desarrollo se inició en las regiones más avanzadas económicamente hablando como lo fueron Italia y Flandes, lugares en donde el uso de la escritura estuvo muy relacionado con la actividad comercial y con la de libros para mercaderes redactados por ellos mismos.

Ya que el comercio mejoró sensiblemente su imagen en el imaginario colectivo y en el de la Iglesia tras la Paz de Dios, representó para todas las mentalidades europeas una actividad muy importante, por lo que se buscó organizarla mediante una cabal institucionalización, reglamentación y orden. La llegada y

desarrollo de grandes y pequeñas ferias en casi toda Europa, fue notable, tanto que H. Pirenne las ha considerado un fenómeno internacional que albergaba características comunes en todas las regiones del Occidente cristiano. Las ferias fueron centros de intercambios, por lo general al mayoreo, donde concurren mercaderes, productos y personas interesadas en comprar.

Aquí también existieron Tribunales de Feria y un Derecho de feria, que le otorgaban no solo ciertos privilegios sino también seguridad a todos los que participaban, castigando a los que perturban la paz o violaban las normas. Los mercados, ya fuera en las ciudades o en las ferias, eran también verdaderos centros financieros en donde se realizaban cambios de monedas, contratos de ventas, créditos, préstamos, etc. Esto también trajo aparejado la compra de tierras en las afueras de las ciudades por parte de este bullicioso y ágil grupo en ascenso social, que diversifica actividades y pronto incursionó en la política de sus ciudades.

A partir del siglo XIII y bajo permiso de los poderes públicos, ya fueran príncipes, reyes o Concejos urbanos, muchos prestamistas establecieron auténticos Bancos de préstamo. Más allá de que se dedicaran a cobranzas u operaciones comerciales, la principal actividad eran los préstamos, por lo tanto, los banqueros de este siglo eran por un lado, prestamistas y por otro, negociantes, todo dentro del marco del auge comercial que se produjo por dos vías: la terrestre y la marítima. El renacimiento del comercio tardomedieval ya fuera local, regional o internacional pudo aglutinar todos los aspectos de la vida económica desde la producción agropecuaria a las manufacturas, acortando las distancias y creando los cimientos de una estructura socioeconómica completamente nueva, que pesará aún más sobre la sociedad europea en los siglos venideros.

Cuestiones culturales

El siglo XIII representa, tal vez, la primera madurez de la cultura occidental, aunque no estuvo exento de tensiones y contradicciones. Es necesario tener en cuenta la influencia de las ciudades dentro de las cuales se incrementó la cantidad de personas dedicadas a la actividad cultural, en mayor parte clérigos, cuya influencia se proyecta tanto en la cultura material como intelectual. A partir del concilio de Letrán, del año 1215, la Iglesia latina fija los lineamientos para el accionar de la Iglesia, tanto en el plano institucional, consolidando el poder de los obispos por sobre los monjes, como en el plano espiritual señalando conductas a seguir e imponiendo nuevos sacramentos el matrimonio, por ejemplo. La expansión urbana generó nuevas necesidades espirituales. Así, a comienzos del siglo XIII surgen los Órdenes mendicantes, llamadas así pues su sostén era la mendicidad: dominicos, franciscanos, carmelitas y agustinos, aunque las dos primeras serán las más importantes.

En 1215 santo Domingo de Guzmán creó la Orden de los Predicadores, bajo la regla de San Agustín. Partían del principio de la pobreza evangélica y de la movilidad de sus miembros dedicados al estudio y a la predicación. La estructura de la Orden incluirá a las mujeres que constituirán las clarisas y la Orden tercera que acogía a aquellos seglares que querían vivir bajo el espíritu franciscano. Su expansión fue aún más espectacular que la de los dominicos, hacia fines del siglo XIII contaban con cerca de mil quinientos conventos con más de veinte mil miembros.

El desarrollo de las ciudades también dio lugar a la aparición de las universidades, muchas de ellas son el resultado de la evolución de las escuelas episcopales o municipales. El concepto de universidad

hace referencia a la asociación de maestros y estudiantes en defensa de sus derechos, una corporación de oficio propia de las ciudades medievales que buscaban autonomía frente a los poderes laicos y eclesiásticos. En general, se organizaban con el modelo de la universidad de París, con cuatro facultades bajo la dirección de un decano: Artes, Derecho, Medicina y Teología que se constituyen como corporaciones autónomas. El rector tenía la representación institucional y presidía el claustro general de maestros y alumnos.

El desarrollo de la Filosofía y del pensamiento alcanzará su plenitud gracias al conocimiento de Aristóteles, a partir de traducciones de origen generalmente árabe, con aportaciones judías y con la organización de los estudios que se hizo posible en las universidades. La universidad de París será el centro del pensamiento filosófico con el desarrollo de dos movimientos: el agustinismo y el aristotelismo.

Por otra parte, la clase señorial logrará imponer su estilo de vida al conjunto de la sociedad, que se expresaba tanto en la importancia de los hombres como en el desarrollo de una nueva literatura vernácula en lengua vulgar. Trovadores y juglares, cantares de gesta o novelas de caballería expondrán, a una audiencia atenta, los ideales propios de la época: respetar los compromisos de vasallaje, vengar las afrentas como la felonía. André Vauchez considera que en Francia del norte este proceso de sublimación basado en la evocación de un pasado mítico (la época de Carlomagno) y de un espacio real, a menudo mediterráneo (Roncesvalles, Narbona, Orange, Alyscamps), junto con la exaltación del poder militar, desemboca en el servicio del Señor Dios; en tanto, al sur del Loire, la nueva literatura se encarna más en lo concreto de la existencia, tratándose especialmente de canciones de amor.

En el plano lingüístico, el hecho más destacado resulta, pues, la puesta en valor de las lenguas vernáculas como portadoras de una nueva ideología, en expresión de Gabrielle Spiegel. La consolidación de esta cultura escrita desplazó a los márgenes a las tradiciones orales y populares.

Siglo XIV. Baja Edad Media

Cuestiones políticas

El siglo XIV se caracterizó por un doble proceso de centralización estatal (Francia, Inglaterra y España) y de fragmentación del poder político (el Imperio y las ciudades italianas), que determinó las nuevas formas del Estado en la Baja Edad Media, basadas en un creciente aparato burocrático. Durante este siglo pudo verse un aumento del poder de las asambleas y los parlamentos, la organización de la Cancillería como instrumento definitivo de la diplomacia, la creación o fortalecimiento de los tribunales de alta justicia y la modificación del sistema de gestión de las finanzas reales de la mano de organismos especializados (Exchequer, Mayordomos, Chambre de Comptes).

Otra área de innovación fue la organización militar, en particular en el contexto de la Guerra de los Cien Años, que significó un cambio de importantes proporciones en relación a las guerras típicamente “feudales” del período anterior:

- En primer lugar, la escala misma del enfrentamiento, tanto a nivel humano como de recursos, hizo necesario un nuevo acercamiento a la formación y mantenimiento del ejército.

- Uno de los elementos más sorprendentes fue la conformación de las tropas: en el caso inglés, por ejemplo, la presencia de cientos de mercenarios (llamados indentures) evidencia un sistema de servicios bélicos que se ofrecía por un tiempo determinado a cambio de un pago acordado con anterioridad.

Los registros documentales muestran que la corona tuvo que negociar el establecimiento de nuevos impuestos, aplicables a toda la población (incluidos el clero y la nobleza), que permitieran la compra de los bienes necesarios para pertrechar a los ejércitos, dada la prohibición de confiscar alimentos y recursos para equiparlos. Esta necesidad de financiar las guerras conlleva el aumento de la presencia política del Parlamento.

El principal conflicto del siglo fue la Guerra de los Cien Años, que no puede entenderse como un único proceso ininterrumpido, sino como una serie de campañas y armisticios que acompañaron la fluctuación de los Estados inglés y francés, sumidos en rencillas internas. Tradicionalmente, la conflagración se divide en tres etapas:

- **La primera (1337-1360)** comenzó con la confiscación de las tierras de Aquitania y finalizó con la firma del Tratado de Brétigny-Calais;
- **La segunda fase (1369-1389)** se extendió entre una nueva confiscación de los territorios en disputa y una nueva tregua firmada; por último,
- **La tercera fase (1415-1453)**, coincide con el recrudecimiento de los conflictos internos en Francia y estuvo marcada por la invasión liderada por Enrique V. Concluyó con la batalla de Castillón (1453) que marcó la expulsión de las tropas inglesas del territorio francés, con excepción de Calais.

Las causas de la guerra son complejas y directamente relacionadas con el modo de organización política de la Francia medieval. Las tierras de Normandía y Aquitania pertenecían a la corona de Inglaterra, sin embargo, ambos ducados eran vasallos de la corona de Francia, con lo cual el duque-rey debía rendir homenaje —en este caso eligió— al rey de Francia. Si bien las posesiones inglesas no eran parte del homenaje, en términos prácticos el homenaje implicaba que el duque-rey debía su lealtad personal al rey de Francia con las posibles consecuencias negativas que esto podía acarrear para la autonomía inglesa.

En España, al igual que en el resto de Europa, el siglo estuvo marcado por la pobreza, las malas cosechas y la violencia. En 1350, la muerte de Alfonso XI (víctima de la peste) llevó al estallido de la guerra civil castellana entre el sucesor de Alfonso, su hijo Pedro I (1350-1369) y su hijo bastardo, Enrique de Trastámara.

En cuanto al Imperio, a fines del siglo XIII con Rodolfo I (1273-1291) se iniciaba la presencia de los Habsburgo en el trono. Sin embargo, la oposición de los electores a la expansión del poder de Austria los llevó a apoyar a Adolfo de Nassau, quien a su vez fue derrotado por Alberto I (1298-1308), cuya elección implicó la concesión de numerosos privilegios a los príncipes. Su sucesor, Enrique III de Luxemburgo (1308-1311), en tanto, logró fortalecer la presencia imperial en el este de Italia. Tras su muerte, la sucesión se polarizó entre Federico de Austria y Luis de Baviera, lo que condujo a una guerra civil de la que salió victorioso Luis tras la batalla de Mühldorf (1322), para abocar al fortalecimiento del poder imperial.

Un punto de inflexión en la organización política del Imperio fue la promulgación de la Bula de Oro por parte de Carlos IV (1355-1378), que apuntaba a la creación de una constitución acorde a la nueva realidad política. Este documento estableció el carácter alemán del Imperio, la designación por medio de Electores (legalizando el lugar del emperador como primus inter pares) y dotó al Sacro Imperio de una estructura federal dominada por los príncipes, relegando a las ciudades a un segundo plano. Esto último fue lo que condujo al resurgimiento de las “ligas” (prohibidas por la Bula) que apuntaban a la defensa de los intereses comerciales y políticos de las ciudades. La más importante de estas fue la Liga Hanseática, que gozó de una preponderancia tal que le permitió negociar con poderes extranjeros y comandar tropas.

Como el Imperio, los estados italianos tuvieron un desarrollo que los alejó del proceso de centralización experimentado por Francia, Inglaterra y España. De este modo, el arco alpino se caracterizó por la presencia de ciudades-estado más o menos independientes, herederas de las comunas de los siglos XI y XII y marcadas por una profunda inestabilidad política. Al tiempo que los viejos sistemas de liberados fueron sustituidos por el gobierno cerrado de las familias patricias.

La realidad política de los estados más importantes presentaba significativas variantes. La República de Venecia, por ejemplo, se mantuvo notablemente estable a partir de 1297. Su política de expansión peninsular (llamada de Terra Ferma) y sus intereses comerciales en Oriente y el Mediterráneo la llevaron a enfrentarse a Génova y Aragón. Gozó de un período de relativa estabilidad bajo el gobierno de los Visconti y logró extender su influencia a las pequeñas ciudades que la rodeaban, incluso a Génova.

Estos ejemplos, sin embargo, convivieron con la inestabilidad endémica que asoló a otros estados. Génova se encontraba dominada por el patriciado mercantil y fue presa de una constante debilidad en su dirigencia, que permitió la existencia de una tiranía personal como la de Simón Boccanegra (1339-1344) así como el control extranjero en manos de los Visconti. La Toscana, cuya ciudad más importante era Florencia, fue sometida a un persistente enfrentamiento de facciones: el partido güelfo (el patriciado, rico y relacionado con los grandes banqueros) y el popolo minuto (el pueblo laborioso)

En Oriente, el Imperio bizantino estaba gobernado por la dinastía de los Paleólogos, quienes en 1261 habían recuperado Constantinopla de manos de los latinos, dejando un gran resentimiento popular hacia estos. El siglo XIV fue un período marcado por la guerra civil y por los ataques externos, en el que los emperadores se vieron obligados a abandonar la idea de construir una monarquía universal y pasaron a ser un reino cristiano de Oriente, pero este hecho los llevó a vivir una experiencia nueva, replegados sobre las provincias de Europa, norte y oeste de Anatolia y las costas del Egeo, lo que generó una reacción nacional y una renovación del helenismo que se afirmó en todos los ámbitos de la vida cultural.

Algunos emperadores, como Andrónico III (1328-1341), buscaron reconstruir las ciudades destruidas, asegurar las fronteras, pero el Imperio transitó graves dificultades económicas y conflictos religiosos y sociales. Dentro de estos últimos, uno de los problemas principales fue el de los zelotes, monjes rigoristas hostiles a todo encuentro con Occidente y con gran prédica popular, o de los Hombres de Dios, monjes errantes que predicaban la rebelión.

Los musulmanes de Oriente, por su parte, estaban divididos en múltiples Estados entre los que se destacaba el imperio mameluco de Egipto —los mamelucos eran grupos procedentes de Asia que

dominaron Egipto militarmente— en el que la inseguridad de otras rutas con destino al Levante hicieron que comerciantes, sobre todo cristianos, se establecieran enriqueciendo a las ciudades como El Cairo; en Asia, el desmembramiento del Imperio mongol sumió la zona en luchas internas hasta que un guerrero, conocido como Tamerlán, tomó el poder (1360) y restauró, de manera efímera, el imperio de los nómades de Asia central, pero fue incapaz de integrar sus conquistas y organizar un Estado.

Sin embargo, de todos los grupos musulmanes quienes presentaban una clara originalidad fueron los otomanos. Constituyeron un sólido imperio enriquecido constantemente por la llegada de nuevas oleadas que fueron conquistando el terreno progresivamente y que realizaron una verdadera colonización con un ordenamiento administrativo, económico y religioso sobre los pueblos sometidos. Sus príncipes, establecidos primero al noroeste de Anatolia, fueron controlando las rutas comerciales que conducían a Constantinopla, entraron a Europa al servicio del emperador bizantino y avanzaron rápidamente por los Balcanes.

Cuestiones sociales

Ya en el siglo XIV los pilares de la economía de los siglos de crecimiento se desmoronaron. Los ajustes y reconversiones estarían en la base de los cambios y reacciones de los diferentes grupos que se mostraban claramente en la geografía de los movimientos sociales, urbanos y campesinos en consonancia con la expansión de la situación de desequilibrio. Las grandes epidemias que surgieron a partir de la segunda mitad del siglo XIV fueron la principal causante de la depresión demográfica, pero no la única.

A comienzos del siglo, la población europea había alcanzado una cifra global que no volvería a recuperar hasta finales del XVI, después de la depresión demográfica medieval. Verificar el número de víctimas que cobró la peste entre 1347 y 1352 es difícil para la investigación histórica, ya que no se cuentan con censos y los registros, en general, son fragmentarios. El grado de intensidad fue dispar según las regiones o aún entre localidades

Así como afectó de forma muy desigual, la recuperación demográfica también siguió su propio ritmo según las regiones. Por ejemplo: en algunas zonas de Francia sobrevino desde mediados del XV, en otras a finales. En Italia del norte y centro, Flandes y Andalucía se observó desde comienzos del siglo. En términos generales, a partir del segundo cuarto del XV la curva demográfica europea inició una recuperación de conjunto coincidente con los primeros síntomas de reactivación económica.

La peste de 1348³ Se destacó por su virulencia, pero sus efectos hubieran sido transitorios si no hubiese sido la primera de una serie de epidemias que devastaron el Occidente europeo, con carácter recurrente, en la segunda mitad del siglo XIV.

Continuaron los retornos epidémicos, pero con carácter regional, lo que hace imposible fijar una cronología de conjunto. Para Francia e Inglaterra fueron dramáticos los periodos de 1360-1362/1368-1369 y 1374-1375, a los cuales se sumaron las consecuencias de la Guerra de los Cien Años. Si bien a medida que avanzaba el siglo XV las consecuencias demográficas fueron menos catastróficas.

³ La peste es una infección causada por la bacteria *Yersinia pestis*. Las bacterias se encuentran principalmente entre ratas y en las moscas que se alimentan de ellas. Las personas y otros animales pueden adquirir la peste a través de mordeduras de estos animales.

Mucha población no estaría vecindada y por tanto se aceleró el éxodo rural por temor al hambre y la enfermedad. Se creía que el ámbito urbano ofrecía una mejor defensa, si bien es cierto que la mayor concentración favorece el contagio. Es así que las comunidades monásticas fueron particularmente golpeadas. A las escasas posibilidades terapéuticas se sumaba una mortalidad diferencial según los grupos sociales, su actividad y su nivel económico, favoreciendo aquellos cuyos recursos les permitían huir de los puntos afectados o defenderse mejor del hambre. *Por ejemplo, los narradores de los cuentos de El Decamerón son jóvenes de buena familia que huyen de una Florencia apestada y se refugian en una villa campestre. En el norte de Francia, estudios sobre la extracción social de las víctimas han permitido hablar de “epidemia proletaria”.* Esto no significa que la peste no haya atacado a las clases sociales favorecidas: en el consejo municipal de Spoleto el número de priores se redujo a la mitad después de 1348 y debemos considerar algunas ilustres víctimas, tales como el monarca castellano Alfonso XI.

Desde el aspecto médico, **la peste es una enfermedad infecto-contagiosa, propia de los roedores —que se transmite al hombre mediante la pulga de la rata— y se inicia tras un periodo de incubación con fiebre elevada, escalofríos, náuseas, sed y sensación de agotamiento.** Se puede manifestar bajo tres formas:

1. La bubónica con la aparición del bubón —abultamiento doloroso de un ganglio— en la ingle, la axila o el cuello; es la más frecuente y conocida.
2. El modo pulmonar implica una infección directa del aparato respiratorio con síntomas tales como ahogos, tos y esputos sanguinolentos.
3. Por último, la manifestación septicémica se produce por la diseminación del bacilo desde los bulbos ganglionares o el pulmón. Es irreversible, produce hemorragias cutáneas por todo el cuerpo con grandes placas que toman un color negro azulado de donde deriva el nombre de la peste

Esta oleada infecciosa se inició en Asia con los movimientos y procesos de dominación de los mongoles. Se detectó hacia los años 1338-1339 en la meseta central asiática, una región que contribuirá especialmente a la expansión de la epidemia, pues en ella abundan los roedores: ardillas, marmotas y la costumbre de los nómadas de las estepas de cazarlas y aprovechar su piel y su carne.

La incidencia de las epidemias superó lo estrictamente demográfico ya que también agudizó la crisis de la conciencia moral al acentuar el miedo, la fragilidad de la vida y la desconfianza ante fenómenos sociales extraños. Aparecieron los flagelantes, los pogroms judíos acusados de haber envenenado las aguas y corrompido el aire. En 1348 se atacó la aljama de Barcelona. La relajación de las costumbres tradicionales con la obsesión por el disfrute de los bienes materiales se observa en contrapunto con la apertura de nuevos caminos místicos: formación de fraternidades, la Imitación de Cristo, la proliferación de cofradías piadosas y la veneración de reliquias.

En el aspecto socio-económico las epidemias redujeron la masa de consumidores y afectaron precios y salarios con aumentos bruscos. Se pasaría de dificultades de superpoblación a otras de exceso de producción, extrema escasez de mano de obra y caída de las rentas. Al factor demográfico, en desequilibrio respecto a las posibilidades de aprovisionamiento y las limitaciones técnicas, se agregaron la anarquía política o militar, determinando el quiebre de las estructuras sociales. Las revueltas campesinas fueron provocadas principalmente por el aumento de la presión señorial ante la reducción de la fuerza de

trabajo campesina, del espacio cultivado y la consecuente caída de la renta señorial. El clero y la aristocracia intentarán mejorar los rendimientos con una mayor exigencia que implicará la violación de derechos y deberes tradicionales, por ejemplo el aumento de las rentas y el ejercicio de una sujeción obligatoria a la tierra.

Además, habría que sumar los enfrentamientos entre señores, que ya fuera por intereses políticos o económicos accionaron complicadas alianzas y antagonismos. Las posibles reacciones campesinas ante una situación de variables tan difíciles eran el abandono de las tierras, el sometimiento o reclamación ante el monarca y la resistencia violenta por los abusos, pero también por la evolución general que los debilitaba. En la ciudad, la sedición le provocaba un problema público. Así, la revuelta dirigida y preparada aparecía más frecuentemente en las ciudades más evolucionadas en el aspecto económico. En primer lugar, los conflictos urbanos surgían en el seno del patriciado, movidos por capas medias desplazadas del poder o por grupos emergentes enriquecidos que buscaban un lugar en la élite política. En segundo lugar, los conflictos eran protagonizados por las masas populares, los menudos y los obreros, pudiendo distinguirse motivos simultáneos: trabajadores y artesanos contra los ricos, subida de precios de artículos básicos, carestías concretas, revueltas antifiscales.

Ninguna región parece haber estado a salvo, aunque existieron zonas más sensibles: las regiones industriales de Flandes, norte y centro de Italia. Mientras las zonas de gran agitación campesina fueron aquellas en donde la agricultura tuvo un mayor carácter intensivo (Flandes, Inglaterra), las afectadas por el precio del trigo (Inglaterra, la cuenca parisina, Bohemia), o en donde la condición campesina se vio seriamente agravada por la acción de los señores (Inglaterra, Bohemia, Cataluña).

Ni el predominio social ni el estatus jurídico privilegiado de la nobleza sufrieron alteraciones sustanciales, pero sus bases económicas y políticas se transformaron con resultados muy diversos. En general, se observa un proceso de empobrecimiento de la pequeña nobleza que en ocasiones fue compensado por el ascenso a los rangos aristocráticos de caballeros de las ciudades, o por la entrada al servicio de la corona o de personajes de la alta nobleza. La alta nobleza podía defender mejor sus intereses y niveles de renta cuanto más se aproximaba al linaje regio y a los centros de decisión política para obtener mercedes, rentas, señoríos, altos cargos públicos; su consolidación estará dada dentro del marco político del poder pre-estatal del rey.

Junto al desarrollo de la burguesía urbana se articularon nuevos grupos sociales como los juristas o los nuevos funcionarios de la administración, a raíz del fortalecimiento creciente de las monarquías. La base del poder de los reyes se asentó sobre la profesionalización de la guerra, la aparición de sistemas fiscales para mantenerla, la validación de la política y la administración.

Cuestiones económicas

Entre 1300 y mediados del siglo XV se romperá el equilibrio entre los diversos términos del sistema productivo, combinándolos elementos con diversa intensidad. Se frenó el movimiento de roturaciones por razones climáticas —enfriamiento del hemisferio norte—, por un bloqueo técnico que no lograba superar las limitaciones, sumado a la hegemonía del cultivo cerealista de rendimiento muy bajo, más las dificultades de transporte a larga distancia y sistemas imperfectos de conservación. Todo lo cual generó

retrocesos: suelos agotados, degradación y descenso de la producción de cereales, problemas de abastecimiento con el consiguiente aumento de los períodos de hambre y carestía.

La frecuencia de malas cosechas de cereales se evidenciará a lo largo de todo el siglo, si bien no en todas partes al mismo tiempo, sino según circunstancias regionales. Para una mayor comprensión de los efectos de las dificultades en la producción de cereales hay que sumar la importancia de motivos concurrentes: 1) de orden político: por la transformación en las relaciones de poder y los sistema de fiscalidad; 2) de orden económico: un nivel tecnológico desfavorable que no pudo evitar el agotamiento de los suelos, a lo que habrá que añadirle elementos accidentales como las epidemias, favorecidas por el hambre y 3) de orden militar: continuidad de las situaciones de guerra y violencia. El estado de anarquía y guerra civil en el cual se mantuvieron Alemania e Italia más el largo conflicto de la Guerra de los Cien Años agotó a Inglaterra y arruinó particularmente la campaña francesa.

Se asistió a un esfuerzo por aumentar la producción agrícola y pecuaria a través de la conversión de zonas de secano, la especialización de algunos cultivos que llegaron a multiplicar la producción, y la potenciación de la dedicación de campos cercados al pastoreo. Así, por ejemplo, se propiciará la difusión de los frutales, el viñedo o la ganadería, sobre todo ovina, siendo los casos más destacados los de Inglaterra y Castilla que se transformaron en los grandes productores de lana para las manufacturas europeas.

Las fuentes de renta señorial quebraron o disminuyeron, por ello, algunos nobles buscaron ingresos compensatorios asumiendo nuevas formas de dominio desvinculadas de la propiedad de la tierra, como cargos y sueldos a costa de la nueva fiscalidad regia y en el servicio del aparato estatal naciente, o bien compartiéndolo legal o ilegalmente mediante la toma de renta y jurisdicción de la Monarquía. Dentro de las manufacturas también se registraron dificultades. Se vio afectada sobre todo la producción suntuaria, en tanto las técnicas se continuaron desarrollando, pero las prescripciones de los gremios prohibía utilizarlas por una mentalidad deseosa de mantener la calidad y principalmente por la restricción de los mercados y la falta de moneda.

La reducción comercial se vinculó con la escasez de moneda. Escasez debida a la necesidad del poder regio de pagar ejércitos que se impusieran a las autonomías feudales, por las guerras desarrolladas a partir de la de los Cien Años, así como por el pago a una burocracia que organizara el Estado. La recesión económica provocó la crisis de varios banqueros, pero también los reyes comenzaron a acuñar moneda con distintas aleaciones lo que provocaba devaluación y problemas de inflación que repercute en las transacciones comerciales. Las técnicas comerciales y financieras se perfeccionaron y difundieron, tales como los libros de contabilidad de partida doble, las letras de cambio y el seguro marítimo. Empezaban a desarrollarse las grandes sociedades y compañías mercantiles que practicaron todo tipo de operaciones financieras y comerciales: préstamos, gestión de cobro de impuestos y rentas, inversión en manufacturas, tráfico de mercancías.

Otro efecto notable fue el crecimiento de las ciudades, observable por la multiplicación de los barrios, nuevas murallas, disposiciones municipales para mantener el orden y una mejor apariencia. Una ciudad que comenzaba a vincularse cada vez más con el campo. En tanto que los marcos señoriales se quebraban los ciudadanos extendían su dominio sobre el entorno. Los burgueses ricos en algunas zonas (Francia,

Cataluña) se unirán a la nobleza e invertirán en la adquisición de tierras para su explotación indirecta y la cría de ganado, en función de los mercados urbanos o de las posibilidades de exportación.

Cuestiones culturales

A través de tres aspectos fundamentales se puede trazar un panorama general de la cultura del período: el arte, las ciencias y la religiosidad. En lo referido a las cuestiones artísticas, desde el comienzo del siglo XIV aparecerán ciertas características que anunciarán lo que será conocido como Renacimiento.

No obstante, en la mayor parte de Europa aún predominaban las características culturales propias de los siglos anteriores. Así, mientras en Inglaterra se desarrolló una nueva forma de arte gótico, llamado curvilíneo o decorado, en el que los constructores se mantuvieron fieles al espíritu esencial del gótico, se cargaron la decoración e inventaron formas mucho más complejas y atrevidas. En la literatura se produjo una clara transformación en la idea de ver el mundo. Dante, considerado el último gran poeta del mundo medieval, dará lugar a Petrarca —considerado el primer “humanista” por su entusiasmo por la cultura de la antigua Roma— y a Giovanni Boccaccio.

Ambos combinaron el papel de erudito clásico con el de escritor en lengua vulgar y pueden ser calificados de hombres medievales. En la pintura aparecieron las innovaciones prerrenacentistas con Giotto, quien fundó un nuevo tipo de narración pictórica basada en la escultura clásica.

En cuanto a la cuestión científica, si bien no existía el concepto de ciencia experimental que tenemos hoy y la Teología y Filosofía ocupaban el centro del pensamiento, se comenzaba a vislumbrar una etapa marcada por una nueva relación del hombre con su entorno. El hecho fundamental que señaló ese cambio fue el desarrollo de una crítica teórica a la concepción de las ciencias y de los principios elaborados por Aristóteles que habían regido el siglo anterior. En el campo de la Teología, la primera de las ciencias, se rompía el equilibrio encontrado por santo Tomás entre razón y fe. Tanto Escoto como Ockham cuestionaron la idea de Dios. **Sin duda, el siglo XIV fue uno de los momentos en que se discutió con más fuerza la relación entre la voluntad divina con la humana, comenzando un camino hacia una nueva concepción del mundo y del hombre.**

En Filosofía, el otro gran saber, hubo un gran avance del nominalismo. Doctrina filosófica según la cual todo lo que existe es particular y por lo tanto niega la existencia de conceptos universales, en detrimento del realismo, idea dominante en el tiempo precedente, que sostenía la existencia tanto de particulares como de universales. La ciencia medieval como confluencia de las tradiciones bizantinas, árabes y hebreas, gestada en Oxford, Bolonia y París, forjó en la Baja Edad Media una cultura unitaria vertebrada por las ideas escolásticas en las que Aristóteles cristaliza el principio de autoridad. En el siglo XIV, la autoridad aristotélica comenzó a ser cuestionada junto a la crítica de la síntesis tomista por el nominalismo de Ockham. Este hecho abrirá camino para el avance de otras ciencias como la Matemática y la Física, pero no se logró crear un cuerpo científico totalmente renovado

Todo esto permite sostener que el XIV no fue un siglo de ruptura con el Medioevo, sino que se intentó aportar nuevas soluciones a viejos problemas, y que hicieron de él un siglo clave para comprender el desarrollo de la Ciencia, el Arte, la Teología y la Filosofía de los tiempos posteriores

Las cuestiones de espiritualidad estuvieron teñidas por un gran desarrollo, pero también de fuertes controversias, tanto intelectuales como políticas. Las disputas entre papas y emperadores, que se sucedieron a lo largo de casi tres siglos, desgastaron a las dos instituciones y dejarían a un lado las relaciones del papado con otros poderes seculares como las monarquías nacionales.

A partir de finales del XIV se desarrolló otra forma de espiritualidad, alejada de la mística, que llamaba a una piedad conforme a los preceptos evangélicos, a la oración, al amor a Cristo. Uno de esos emprendimientos fueron los Hermanos de la Vida Común, fundado por Gerardo Groote de Deventer y Florencio Radewijns, y la Comunidad de Canónigos de Windesheim, abierta en 1387. Su éxito le acarrió enemistades de algunos mendicantes por situarse al margen de las órdenes establecidas. En cuanto a los laicos, grupo social más nutrido, su formación y preocupaciones religiosas oscilaron entre la aceptación de las normas establecidas y posiciones críticas que muchas veces terminaron en ruptura.

En los grupos populares fue donde la peste tuvo mayor impacto no solo desde el punto de vista material sino desde lo espiritual cultural. Ante el terror, la búsqueda de la solución o del conjuro recurrió a la exacerbación de las prácticas religiosas. Procesiones, misas, donaciones eran caminos para lograr un poco de paz y seguridad. Formaron grupos de numerosas personas que recorren diversas zonas europeas —desde Inglaterra a Hungría y desde Polonia a Francia— haciendo penitencia, orando en procesión, cargando cruces y flagelándose. Invocaban a la Virgen, a los santos y albergaban diversos elementos místicos y al mismo tiempo una dura crítica a la jerarquía eclesiástica. La Iglesia rápidamente los condenó. El terror a la muerte había desembocado, a través de la aparición de los flagelantes, en la puesta al descubierto de uno de los males profundos que aquejan a la cristiandad y en el desprecio que la gente menuda sentía por el clero. El individuo solo no podía dar una respuesta. Así surgieron cofradías de culto a la Virgen, a los santos y una avidez por mantener el contacto permanente con lo sagrado a través de la veneración de reliquias.

[Siglo XV](#) [Fin de la Edad Media \(29 de mayo de 1453, Caída de Constantinopla\)](#)

El último emperador de Constantinopla (Imperio Romano de Oriente) fue *Constantino XI Dragases Paleólogo*⁴.

Cuestiones políticas

El siglo XV fue, en términos generales, un siglo de recuperación. La crisis del siglo XIV, entendida como cambio, dio lugar a un nuevo ciclo de expansión europea cuyo epicentro fue el Atlántico. Este proceso señaló el fin de una época y el nacimiento de la Edad Moderna.

El proceso de conseguir la centralización del poder por parte de los monarcas del occidente europeo generó graves conflictos internos que junto con las tensiones internacionales llevaron a un nuevo estallido bélico: la segunda fase de la Guerra de los Cien Años.

⁴ 8 de febrero de 1405-29 de mayo de 1453. Fue emperador desde 1449 hasta su muerte en 1453.

En Inglaterra con Enrique IV llegó al trono una nueva dinastía, los Lancaster. Su hijo Enrique V (1413-1422) tuvo como objetivo establecer la “doble monarquía”: la unión personal de la corona de Francia e Inglaterra. Aprovechando la crisis política que atravesaba Francia por la locura de Carlos VI y la constante rivalidad entre los partidarios del duque de Borgoña (borgoñeses) y del duque de Orleans (armagnacs), desembarcó en 1415 en Normandía, previa alianza con Borgoña y venció a las tropas francesas en Azincourt. Entre 1417 y 1419 ocupó completamente la región, al mismo tiempo que el duque de Borgoña hacía lo propio con París.

En la medida en que avanzaba la coalición inglesa-borgoñona se despertó un intenso sentimiento nacionalista entre la población que fue encarnado por Juana de Arco, joven lorenesa que al frente de un ejército logró el levantamiento del cerco a Orleans y la coronación de Carlo VII en Reims, lo que tendría un gran impacto psicológico sobre el ejército francés y sobre la población. La lucha fuera de su territorio comenzó a impactar sobre los ingleses, al mismo tiempo que se rompía su alianza con Borgoña que, a su vez, se alió con Francia a cambio de compensaciones económicas y de independencia política, en la práctica.

Todo el proceso de la Guerra de los Cien Años tendría grandes consecuencias para Europa occidental, pues actuó como dinamizador del proceso histórico: Francia e Inglaterra se constituyeron como Estados nacionales. La primera alcanzó una gran cohesión interna e Inglaterra abandonó sus pretensiones continentales. En ambos casos la monarquía se impuso como fuerza política hegemónica frente a los restantes poderes del reino, aunque ese proceso no estuvo exento de dificultades: en Francia los conflictos con Borgoña y en Inglaterra la Guerra de las dos Rosas.

En Francia a Carlos VIII le sucedió su hijo Luis XI quien tuvo una notable habilidad para estructurar una monarquía fuerte: se reforzaron la justicia y la fiscalidad, se modernizó y profesionalizó el ejército y se buscó la expansión externa.

En Inglaterra, a la muerte de Enrique V le sucede Enrique VI (1422-1461) aún niño. La pérdida de la guerra con Francia, la crisis en la hacienda, las revueltas campesinas, las crisis de locura del rey y la rivalidad entre dos ramas de los Lancaster generaron una guerra civil que enfrentó durante treinta años a la casa de Lancaster (su símbolo era la rosa roja) con la de York (la rosa blanca). El líder de esta última, Ricardo de York, se hizo del poder y fue alejado de él varias veces. Finalmente fue derrotado y muerto en la batalla de Wakefield, pero sus partidarios reconocieron como líder a su hijo Eduardo quien derrotó a los Lancaster en la batalla de Towton (1461), aunque recién diez años más tarde podría controlar definitivamente la situación.

La construcción del Estado moderno que se inició en el siglo XIII y se consolidaba a partir de mediados del XV, supuso una creciente centralización política y económica, una ampliación en las decisiones de la administración real y la consolidación de la monarquía. La organización de un gobierno centralizado se basó en la modificación de las estructuras feudales, así, las relaciones vasalláticas dieron lugar a la formación de bandos y clientelas e hicieron su aparición personajes ajenos al mundo feudal como los hombres de negocios o los banqueros. La articulación territorial de los Estados se realizó a través de una estructura administrativa centralizada, ejércitos permanentes, fronteras políticas y una organización judicial jerarquizada. Para la consolidación del poder monárquico fue fundamental el crecimiento y la

transformación de la administración de los reinos. Se afianzó la burocracia al servicio de los reyes, conformada por letrados y juristas que provenían generalmente de sectores sociales medios y que tenían cada vez más poder; no obstante, no desplazaron a la nobleza que siguió ejerciendo el poder jurisdiccional en sus tierras.

Desde el punto de vista ideológico, las monarquías se reforzaron de doctrinas que fortalecen la autoridad real atribuyéndose al rey una serie de virtudes —los llamados “espejos de príncipes” donde se trataba las bondades que debían tener—, la presentación de actividades de la corona como verdaderos actos de propaganda, la utilización del arte como factor de prestigio, la creciente complejidad de los símbolos del poder real como el protocolo. También en los últimos siglos del medievo se fue consolidando un sentimiento de lealtad dinástica que llevó a una mayor cohesión de las comunidades políticas y que junto con el uso de determinados símbolos, la identificación con una religión, una lengua, una historia común, actuaron como elementos de identificación de una colectividad con respecto a otra: comenzaban a definirse los Estados nacionales

Italia en la Baja Edad Media era un mosaico de entidades políticas independientes que aun cuando contaban con elementos culturales comunes como el idioma, no parecía factible un proyecto político común. El norte, liberado del yugo imperial, se había transformado en pequeños Estados. Entre ellos sobresalía Milán, que controlaba una amplia zona —Piacenza, Parma, Bologna, Verona, Pisa, Pavía—; Venecia que se ocupó de conformar un estado territorial que protegiese sus intereses comerciales y que durante la mayor parte del siglo XV se dedicó a frenar el avance turco por el Mediterráneo oriental; Génova, eterna rival comercial de Venecia, debió enfrentarse con la competencia aragonesa y con su inestabilidad política lo que mermó sus dominios territoriales pero no su independencia comercial; Florenia tuvo un siglo XIV y comienzos del XV muy agitados, no perdió su forma de gobierno republicana, aunque una de sus principales familias, los Médici, fue acumulando poder y en 1439 Cosme de Médici ya era señor de la ciudad. **En el centro estaban los Estados Pontificios que habían perdido poder durante la estancia de los papas en Aviñón. En 1421 los pontífices se instalarán nuevamente, pero “italianizado” su poder temporal, pues participarán activamente en los avatares políticos peninsulares.**

A comienzos del siglo XV los reinos de la península ibérica se distribuían de la forma siguiente: Castilla ocupaba toda la región cen-tral; Navarra, pequeña en extensión, subsistían en el norte, en la región pirenaica; al este Aragón, cuyos dominios se habían extendido por el mar Mediterráneo; al oeste el reino de Portugal, emancipado del vasa-llaje castellano. Al sureste de la península los musulmanes permanecían en Granada. Desde la llegada de la dinastía Trastámara al poder de Castilla (siglo XIV), el reino más extenso y poderoso, había intentado, al igual que en los otros Estados occidentales, estructurar y centralizar el poder real, aunque las permanentes sublevaciones de los nobles la obligaron a hacer concesiones. En 1469 se casaron la heredera del trono castellano, Isabel, con el de Aragón, Fernando, conocidos históricamente como Reyes Católicos, quienes si bien no unieron los reinos implementaron una política conjunta: lograr la unidad territorial, política y religiosa de España.

Las guerras civiles habían debilitado al pequeño reino de Navarra, lo que dio ocasión a Fernando el Católico para intervenir en las guerras intestinas. La política del reino favoreció a Francia cuando la reina Catalina se casó con el noble francés Juan de Labrit. Aprovechando las discordias entre Francia y España

y apoyándose en la bula papal que excomulgó a todos los aliados del monarca francés, el soberano católico ordenó al duque de Alba la ocupación del territorio navarro (1512). Con esta medida, la península quedó unificada, con excepción de Portugal que permaneció independiente.

En el caso de los portugueses el descubrimiento de Madeira, de las Azores, la llegada al Golfo de Guinea y finalmente, en 1498 el arribo de Vasco da Gama a la India, bordeando África. Por su parte, los españo-les iniciarían su expansión con la conquista de Canarias y culminaría con la llegada de Cristóbal Colón a América. En cuanto al Oriente, el Imperio bizantino había logrado sobrevivir al avance de los distintos pueblos a través de los siglos. Los turcos, vencidos por el Tamorlán, lograron recuperar sus provincias asiáticas y balcánicas. **En 1453 el sultán Mohamed II puso sitio a Constantinopla derrocando al emperador Constantino I, lo que causó una verdadera conmoción en Occidente, aunque la reacción efectiva fue escasa, salvo venecianos y genoveses quienes libraron duros combates contra los turcos intentando mantener sus plazas comerciales.**

Si bien las epidemias del siglo XIV, juntamente con las guerras ocasionaron un marcado descenso de la población europea que continuó en las primeras décadas del siglo XV, todo parece indicar que desde 1430 comenzó un período de crecimiento sostenido de la población en la mayor parte del territorio que equipara y superó los niveles poblacionales anteriores a la peste. En cuanto a las áreas rurales, como se ha señalado, el proceso de emigración rural es una de las características de la época, un proceso lento que sufrió una aceleración con los brotes de peste o con políticas públicas de reordenamiento de población. Se calcula que en Alemania un 25 % de los núcleos rurales habitados a comienzos del siglo XIV se hallaban abandonados a fines del XV y en Inglaterra ese porcentaje es de un 20%.

No obstante, no fue una época exenta de conflictos campesinos como por ejemplo las remesas catalanas y el movimiento Irmandiño en Galicia. En el primer caso, las remesas era el derecho mediante el cual el campesino se liberaba de ciertas cargas personales de carácter servil, peyorativamente llamadas malos usos, que se combinaban con derechos de bienes raíces. Los payeses de remensa en Aragón constituían entre un tercio y un cuarto de la población. Cuando las concesiones fueron demasiadas la nobleza intentó retractarse de esos beneficios lo que desencadenó en 1410 una negación de obediencia, con incendios de cosechas y de casas.

En cuanto a las ciudades, la estructura social tiene una tendencia común que está presente en el siglo anterior y que se mantendrá durante el XV, y es la polarización de la población en dos grupos: el patriarcado o la oligarquía urbana y el común. El control del primero de los grupos sobre el mundo urbano proviene, sobre todo, de su capacidad para ejercer el control de las actividades económicas y, por consiguiente, el control político.

Cuestiones económicas

Aunque no resulta sencillo determinar cuál es el momento en que la recesión económica dio lugar a la expansión, se cree que este hecho se produjo en los decenios centrales del siglo XV. Los cambios estructurales que se dieron en el terreno político e institucional tuvieron su correlato en el aspecto económico. La expansión tuvo como consecuencia la consolidación de grandes puertos —Sevilla, Lisboa, Londres— y de organizaciones de gran poder financiero —los Médici o los Fugger— cuyos intereses

tenían una dimensión que supera el ámbito de los nacientes Estado y en ocasiones entraron en conflicto con políticas de tipo proteccionista impuestas por las monarquía.

El mundo rural debió adaptarse a nuevas realidades como las crecientes demandas urbanas y el desarrollo comercial, por lo tanto, se recuperaron muchos campos de cultivo, aunque no es equiparable con los grandes procesos rotuladores del siglo XI, y en este caso la iniciativa no provino de los grupos campesinos sino los señores laicos y eclesiásticos y sobre todo de la burguesía urbana, con intereses en el mundo agrícola.

Sin duda fue la actividad comercial la que sobresalió en este siglo con el afianzamiento de instrumentos mercantiles novedosos, la creación de poderosas sociedades mercantiles, la aparición de barcos con mayor capacidad, el declive de antiguos centros comerciales como las ferias de Champagne, la aparición de nuevas potencias comerciales como Portugal, Castilla e Inglaterra lo que determinaría un cambio en el eje de las relaciones comerciales al Atlántico. En Inglaterra, sustentados en la producción lanera los reyes mismos se interesaron en sus mercaderes debido a que estos eran los que se encargaban del comercio de lana y los pellones, principales fuentes de impuestos aduaneros. Para mejorar las operaciones fomentaron la instalación de ciudades-mercados con lo cual los centros de distribución se convirtieron en poderosos centros al concentrarse en ellos todo lo que se podría exportar.

El Mediterráneo que durante la mayor parte de la Edad Media había sido el eje del comercio cede su lugar al Atlántico. La navegación había logrado mejoras importantes, en parte por la implementación de adelantos técnicos, como el perfeccionamiento de instrumental para la navegación de altura, construcción de barcos más adecuados como la carabela que contaba con dos mástiles y velas que permiten una maniobrabilidad ideal para explorar zonas costeras; la mejora en los mapas con la aplicación de la geometría euclidiana y la navegación sistemática. También contribuyó al proceso de exploración el interés que despertaba la actividad en los poderes políticos.

Cuestiones culturales

Durante el siglo XIV y el XV se desarrolló un movimiento que impregna la cultura: el Humanismo. Se despliega en los ámbitos aristocráticos y burgueses de los medios urbanos que no se sentían satisfechos con la cultura clerical y el método escolástico. Buscó inspiración y respuestas en la Antigüedad clásica y lo hizo con una nueva mentalidad no dada tanto a la especulación intelectual como a la observación, en el análisis de materiales, el valor del lenguaje y de la estética literaria. **Los humanistas promovieron un cambio en la concepción de la vida que ya no significaba un tránsito doloroso hacia la vida eterna sino que le otorgaba importancia a la vida placentera por sobre las cuestiones relativas a la vida eterna. El hombre se convirtió en el eje de una sociedad que consideraba que los bienes materiales eran buenos si habían sido adquiridos honestamente, elementos de prestigio que permitían hacer el bien. El teocentrismo había dejado un lugar al antropocentrismo.**

Los primeros humanistas no pertenecían al ámbito universitario, pero en el siglo XV ya estaban incorporados a las universidades. Las ideas predominantes ponía el hombre como centro de las preocupaciones y reflexiones, subrayando la importancia de lo humano tanto en la esfera individual e íntima (ejemplo las cuestiones amorosas) como en las públicas (ejemplo la supremacía de la monarquía laica). El movimiento surgió en las ciudades italianas, donde la Antigüedad estaba presente física e

intelectualmente, la cultura bizantina-griega se hacía presente en la figura de muchos intelectuales que buscaban refugio por la presión turca. Además, las cortes principescas y las autoridades ciudadanas protegían a los intelectuales. Florencia, Roma y Nápoles fueron las capitales humanistas.

El Humanismo fue la base ideológica del Quattrocento, proponiendo un ideal hacia el que se encaminaron los creadores de las diferentes tendencias y distintos centros. La idea y el concepto de Renacimiento fueron acuñados por los primeros humanistas. La noción de Renacimiento se formuló como la idea de una resurrección derivada de la periodización por ellos propuesta. Según esta concepción la Historia se dividía en dos grandes periodos totalmente diferentes: la Antigüedad y el tiempo que sucede a la caída del Imperio romano. Se realizó entonces una valoración entusiasta por el ideal y la belleza de las obras antiguas en contraposición con el carácter “bárbaro” de las realizaciones medievales. Los modelos de la Antigüedad sirvieron sobre todo como fundamento y referencia para el nuevo lenguaje artístico, a veces para imitarlo y otras muchas para superarlo. El estudio de la Antigüedad estimuló también el de la naturaleza, propiciando la investigación de las leyes y normas de los nuevos principios compositivos, como en el caso de las matemáticas y la geometría, se aplicarían a las relaciones artísticas. Las distintas artes experimentaron una radical transformación partiendo de una serie de planteamientos comunes: perspectiva, proporción, relación armónica de las partes y composición.

El arte del Renacimiento se hallaba también íntimamente ligado a los diferentes cambios de relación entre artista y cliente, al valor conferido a la obra de arte y a las nuevas funciones que desempeñaba. Durante el Renacimiento surgió un nuevo tipo de mecenas, que volcó su personalidad en los programas artísticos que promovía, se servía del arte para sus propios fines ya fueran políticos, económicos o de prestigio personal. Si en el Quattrocento Italiano recorrió en solitario la trayectoria creativa formulando un nuevo lenguaje, en el Cinquecento las formas del Renacimiento se extendieron al resto de los países europeos. Pero debe quedar claro que la nueva cultura artística surgida en Florencia no siguió un proceso en el que el centro creaba y otros imitaban. Lo que produjo fue un renacer cultural plural formado por un amplio abanico de tendencias.

Fin del resumen.

Bibliografía Consultada:

RODRÍGUEZ, Gerardo, BAHR, Cecilia y ZAPATERO, Mariana (dirs.). (2018), Historia Medieval: siglos III al XV, Mar del Plata, Grupo de Investigación y Estudios Medievales – Universidad Nacional de Mar del Plata.